

Contenido

Africa América Latina

Revista de SOCOPAZ, N.º 2, julio-septiembre de 1991

Carlos Tabo

La Unión Soviética y el Tercer Mundo: una introducción

Francisco Peña

La nueva política asiática de la U.R.S.S.

El conflicto del Golfo: relaciones internacionales
y estado-nación

José Carlos Lachaud

La U.R.S.S. y el África Subsahariana: una relación
inconsistente

Pablo Carvajal

La U.R.S.S. al Norte, Cuba al Sur

Patricia McFadden

Democracia ¿para quién?

Óscar Wladimir

Ante los cambios en Europa del Este: África entre
la espada y la pared

Omar de León Raveiro

Ecuador: aspectos de la evolución sociopolítica

Enrique Báñez y Alberto San Ginés

Luces y sombras del "milagro boliviano"

Marta Rincón y varios autores

Estudio comparativo de las ciudades de Caracas y Bogotá

Lola S. Luna

Desarrollo y cambios en la situación de las mujeres
latinoamericanas

I N D I C E

MONOGRAFICO

La Unión Soviética y el Tercer Mundo: una introducción	9	Carlos Taibo
La nueva política asiática de la U.R.S.S.	19	Francisco Peñas
La Unión Soviética y el Africa Subsahariana: una relación inconsistente	27	José Carlos Lechado
La U.R.S.S. al Norte, Cuba al Sur (Del modelo de relación)	35	Pablo Carbajosa
Democracia ¿para quién? ¿Quién saldrá beneficiado de los cambios en la Europa del Este?	43	Patricia McFadden
Ante los cambios en Europa Oriental: Africa entre la espada y la pared	49	Dani Wadada Nabudere
El conflicto del Golfo: relaciones internacionales y estado-nación	53	Francisco Peñas

NOTAS DE ACTUALIDAD

Ecuador: aspectos de la evolución sociopolítica. Características estructurales y problemas pendientes	71	Omar de León Naveiro
Luces y sombras del «milagro boliviano»	83	Enrique Ibáñez y Alberto San Ginés

AVANCES DE INVESTIGACION

Tejido social, pautas asociativas y división socioespacial de la ciudad. Estudio comparativo de Caracas y Bogotá	91	Marisa Ramos, Antonia Santos, Javier Garrido, Javier Conde y Andrés Gutiérrez
Desarrollo y cambios en la situación de las mujeres latinoamericanas (Siglo XX)	101	Lola G. Luna

NOTA A LOS LECTORES

Estimados lectores, les debemos una disculpa por el notable retraso que ha tenido la publicación de este tercer número de "Africa, América Latina. Cuadernos".

Los motivos son múltiples y casi todos de carácter interno, siendo evidentemente suficientes para aplazar casi cuatro meses la salida de este número. No podemos pedirles que justifiquen pero sí que comprendan que existen serias dificultades para publicar una revista de este tipo en momentos políticos nacionales e internacionales, como los actuales.

Esperamos que este primer desfase no haya producido una desilusión en el interés hacia estos materiales. En el futuro intentaremos mantener el objetivo que se estableció en 3 números anuales.

Muchas gracias.

Consejo de Redacción

La Unión Soviética y el Tercer Mundo: una introducción

Carlos Taibo*

La naturaleza de la política exterior de la Unión Soviética ha suscitado desde siempre las opiniones más encontradas. Mientras que para unos se ha tratado en todo momento de una política expansionista, para otros eran las tensiones internas y la necesidad de hacer frente a un omnipresente enemigo externo lo que guiaba los movimientos soviéticos. Si para unos los objetivos de la URSS eran poco menos que ilimitados y globales, para otros apenas acertaban a ocultar su modestia y contención. Mientras que para unos, en suma, la ideología constituía un elemento definitorio de los más fundamentales de sus rasgos, para otros eran intereses mucho más prosaicos, y entre ellos los económicos, los que daban cuenta de la mayor parte de las decisiones de las sucesivas direcciones soviéticas.

A interpretaciones tan dispares se agrega hoy la posibilidad de analizar con diferentes ojos, y con diferentes estados de ánimo, los términos de la política exterior soviética del presente. Aunque no es difícil identificar su rasgo más básico —un evidente repliegue sobre los problemas internos, a los cuales se supeditan todos los demás—, habría que convenir que las distintas áreas de despliegue de lo que se ha dado en llamar “nuevo pensamiento” permiten aproximaciones bien diversas. Así, las relaciones más recientes de la URSS con los estados capitalistas desarrollados exhiben por parte de la primera una notoria flexibilidad que ha permitido la afloración de lazos más estables y predecibles que los característicos de etapas pasadas. En su propósito de mejorar las relaciones con los Estados Unidos y con las restantes potencias capitalistas, la Unión Soviética ha alentado la vía del acuerdo y para ello ha realizado un sinnúmero de concesiones de las que las conversaciones en curso sobre control de armamentos, y el tratamiento de la crisis del golfo Pérsico en 1990-1991, son un buen reflejo.

Si el papel propiciador de la distensión asumido por la URSS en esas relaciones es innegable, no menos lo es el carácter concesivo de su política en lo relativo a los estados miembros de su bloque económico y militar. De la mano de una conciencia creciente de que los términos de la situación se han alterado irremisiblemente —una intervención militar que ratifique las limitaciones de soberanía está llamada a tener efectos irreparables—, la ambigüedad y la indefinición al respecto han abierto el camino a una política distinta. Bien que a regañadientes, la URSS ha acabado por aceptar el entronizamiento de gobiernos que, aunque menos fieles, muestran un mayor grado de legitimación popular, y ha buscado con vigor la firma de acuerdos interna-

* Profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Miembro del Centro de Estudios de Países del Este.

cionales que mitiguen los efectos de una situación no precisamente caracterizada por la estabilidad.

Si, a la luz de lo dicho en las líneas anteriores, bien podemos concluir que la Unión Soviética es el impulsor primero de la distensión entre las grandes potencias y estamos obligados a reconocer su voluntad de encarar con espíritu abierto los problemas de los estados miembros de sus bloques de otrora, no parece que nuestro juicio sobre sus relaciones de hoy con los países más pobres pueda ser, en cambio, complaciente. El Tercer Mundo ha perdido de manera manifiesta relieve en una política, la soviética, presta a reducir cargas económicas y a atenuar solidaridades ideológicas. Economización y desideologización han pasado a ser palabras clave para entender el entramado de relaciones que la URSS intenta impulsar en un Tercer Mundo en el que también ha quedado atrás de su parte cualquier perspectiva de aplicación de políticas agresivas y expansionistas. El realismo más crudo y la búsqueda de los beneficios más directos —no hace falta sino pensar en la actitud soviética ante las tensiones en el golfo Pérsico— apuntan de manera visible a una creciente integración de la URSS en las estructuras y las políticas desplegadas desde hace décadas por los países más ricos del planeta.

La perspectiva histórica

Es cualquier cosa menos fácil acometer una descripción de los términos de la relación histórica de la Unión Soviética con el Tercer Mundo (1). La precariedad extrema de las informaciones constituye, con mucho, la causa fundamental de la debilidad de nuestro conocimiento; pensemos, por ejemplo, que datos esenciales para la comprensión de esa relación, como los que hacen referencia a ayuda económica y exportaciones de armas, no son por el momento accesibles, con las consecuencias que es de suyo suponer.

Sean como sean las cosas, un intento de periodización histórica de la política desarrollada por la URSS en el Tercer Mundo con posterioridad a la segunda guerra mundial (2) nos invitaría a identificar una etapa inicial, concluida en 1955, en la cual a duras penas puede hablarse de un “diseño estratégico” en esa política. Entre 1945 y 1955 los únicos avatares que sirven a nuestro relato tienen por escenario países fronterizos con la URSS que han asistido al triunfo de movimientos de liberación nacional desplegados en clave “comunista”. Nos referimos, naturalmente, a Corea del Norte y a China. A partir de 1955, y como consecuencia de la aceleración del proceso descolonizador y de la aparición consiguiente de nuevos estados independientes, la Unión Soviética estrecha los lazos con unos pocos países del Tercer Mundo entre los que se hallan Indonesia, la India —la relación más estable de cuantas ha mantenido la URSS en el Tercer Mundo—, Irak, Siria, Egipto, Argelia y Ghana. El “mundo socialista” inaugura una política de apoyo y solidaridad que tiene su manifestación estelar en el proyecto de construcción de la presa de Asuán, en Egipto. Aunque puede hablarse ya de un intento implícito de “romper el cerco” que Occidente ha creado al concluir la segunda guerra mundial, en estos primeros años las relaciones con el Tercer Mundo tienen, en el caso de la URSS como en el de sus aliados de la Europa oriental, una importancia menor.

En la primera mitad de la década de los sesenta el panorama se altera de la mano del triunfo de la revolución cubana y de una política de sostenimiento, tan retórico como incondicional, de las reivindicaciones de los países más pobres, muy en particular tras la celebración, en 1964, de la primera reunión de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (CNUCED o UNCTAD). Entre ese año y 1976 las relaciones de la URSS con el Tercer Mundo experimentan un notorio auge, impulsado en particular por el proceso de liberación de las antiguas colonias portu-

guesas. Bien es verdad que en 1973 la URSS no puede evitar la huida del que durante mucho tiempo ha sido su principal pilar en el Tercer Mundo, el Egipto de Nasser, que acompaña en su cambio de bando, con unos años de retraso, a Indonesia.

El año 1976 configura otro momento clave, no en vano entonces toman cuerpo de forma evidente y por vez primera un buen número de las tendencias de las que luego nos vamos a ocupar. En ese año, con motivo de la IV Conferencia de la CNUCED, celebrada en Nairobi, la URSS inicia un progresivo distanciamiento con respecto a las posturas que reivindican un Nuevo Orden Económico Internacional (3). Al mismo tiempo, se ocupa de establecer claras diferencias entre los "estados socialistas", merecedores de ayuda y jerarquizados según complejos criterios, y los restantes países del Tercer Mundo. A partir de 1976 se inicia, en suma, un proceso de "económización" de relaciones que adquirirá pleno vigor en 1985, cuando hace su irrupción un "nuevo pensamiento".

El sistema resultante

Al margen de una perspectiva cronológica, y aun a riesgo de incurrir en peligrosas generalizaciones, es posible dar cuenta en sus rasgos más globales de la naturaleza de las relaciones de la Unión Soviética con un buen número de países del Tercer Mundo. Dejando de lado una sola excepción —la de Afganistán—, la política de la URSS en el sur del planeta se ha caracterizado por una relativa prudencia que ha conducido a "intervenciones" allí donde éstas apenas originaban problemas, allí donde la "parte rival" se hallaba en retirada o allí donde se encontraba de por medio una visible llamada de ayuda formulada por un país o un movimiento amigo. El compromiso militar de la URSS siempre ha sido moderado, hasta el punto de que —de nuevo con la excepción afgana— no han podido documentarse acciones de guerra en las que las fuerzas armadas soviéticas hayan hecho acto de presencia.

La escasa influencia en las decisiones adoptadas por los países o movimientos amigos es, con mucho, el rasgo más significativo de los lazos establecidos por la URSS en el Tercer Mundo. Los ejemplos al respecto son numerosos: pensemos, si no, en las defecciones de Egipto e Indonesia, en las sucesivas intervenciones de Siria en el Líbano, en los ataques asestados por Irak a Irán y a Kuwait, en la política independiente desplegada por el gobierno afgano con anterioridad a la intervención de 1979 o en la firma de un pacto de no agresión realizada por Mozambique y Suráfrica en 1984. La invasión de Camboya por Vietnam y el envío, relativamente unilateral, de tropas cubanas a Angola pueden ser otros tantos ejemplos de actuaciones independientes, poco respetuosas de los criterios e intereses defendidos por la URSS. La precariedad del sistema de bases del que históricamente ha podido disponer la Unión Soviética (4) es una ilustración más de la desconfianza que ésta ha suscitado en muchos gobiernos que los servicios de inteligencia occidentales han estimado eran poco menos que títeres de Moscú.

Por lo que a la economía respecta, en algunos casos se ha verificado lo que podríamos llamar una "traducción" mimética del sistema soviético —nacionalizaciones, planificación centralizada, desviación de recursos hacia la industria pesada...—, con muy escasa consideración de las condiciones locales. En otros, por el contrario, la URSS ha exhibido una actitud respetuosa hacia formas organizativas que bien poco tenían que ver con su modelo y menos aún con un proceso de instauración de un "sistema socialista". Sin que ninguna excepción merezca realmente la consideración de tal, los aliados de la URSS han importado muchos de los problemas característicos de la economía soviética, en forma de burocratización, ineficacia, despilfarro... Bien es cierto, cómo no, que este proceso se ha visto acelerado y consolidado por agresiones externas y cruentas guerras civiles. Ha tenido como escenario, por lo demás, paí-

ses que debían encarar gravísimos obstáculos derivados de la dependencia exterior, la debilidad de las estructuras estatales, la ausencia de fuentes internas de acumulación o la existencia de problemas nacionales irresueltos. Todo ello ha multiplicado las dificultades para competir con el mundo capitalista en el terreno comercial y para desarrollar, en suma, un sistema económico internacional con visos de futuro.

A estas consideraciones generales hay que agregar una de carácter más particular: la que nos invita a recordar que en sus relaciones con el Tercer Mundo la Unión Soviética ha procurado establecer ciertas jerarquías y privilegios. Así, Cuba, Vietnam y Mongolia, miembros todos ellos del Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAEM o COMECON), han disfrutado desde hace mucho de ventajas diversas. En un segundo estadio, unos pocos países —Afganistán, Angola, Etiopía, Mozambique y Yemen del Sur— le han sacado algún partido a su *status* de observadores en el seno del CAEM (5). Las facilidades de que han podido hacer uso, en un tercer escalafón, cierto número de “estados revolucionarios”, como Nicaragua o Laos, han sido sensiblemente menores. En los tres grados de esta jerarquía, la percepción soviética de la naturaleza de las relaciones desarrolladas no parece hacer, sin embargo, demasiados distinguos: en todos los casos los lazos han generado una poderosa rémora económica para la URSS que, como decíamos unas líneas antes, apenas ha extraído beneficios en el plano de la influencia política o de la presencia militar.

Un nuevo enfoque teórico

A partir de los primeros años setenta se hace notar en la Unión Soviética una nueva percepción de la naturaleza del Tercer Mundo y, con ella, la reivindicación, por aquel entonces soterrada, de un cambio en las relaciones que la URSS debe mantener con los países más pobres (6). El cuestionamiento de la política desplegada desde la segunda guerra mundial es, por consiguiente, bastante anterior —un decenio— al advenimiento al poder de una dirección reformista en la Unión Soviética.

El Tercer Mundo pierde visiblemente relieve en el nuevo enfoque teórico de las relaciones internacionales que toma asiento. Los textos oficiales le prestan una atención cada vez menor, y otro tanto sucede con las referencias a los movimientos revolucionarios y los estados radicales. Por doquier va ganando terreno la idea de que habitamos un mundo interdependiente en el que la resolución de los grandes problemas (desarrollo económico, ecología, urbanización...) reclama la adopción de un enfoque de cooperación; como consecuencia de éste, los bloques otrora enfrentados están llamados, si no a diluirse, sí al menos a mitigar sus tensiones (7). En todos los ámbitos se hace sentir un esfuerzo de mitigamiento de diferencias que se traduce, por ejemplo, en la reivindicación de una división internacional del trabajo sin adjetivos frente a las postulaciones tradicionales, que reclamaban una “división *socialista* internacional del trabajo”.

Los textos soviéticos exhiben, por otra parte, una menor confianza en las posibilidades de instauración de sistemas “socialistas” en el Tercer Mundo. Uno de los *leit-motive* de la reflexión de Karen Brutents, cabeza visible de muchas de estas teorizaciones, es el escepticismo ante la posibilidad de identificar instituciones socialistas genuinas en los estados más pobres. En paralelo, los estudiosos parecen atribuirle al capitalismo una menor responsabilidad en la gestación y consolidación de los problemas del Tercer Mundo, que en adelante se relacionan de manera más estrecha con fuentes locales de tensión y factores de cariz nacional o religioso. Los procesos de cambio en un buen número de antiguas colonias no son ya, como en el pasado, el reflejo de un irresistible ascenso socialista, y sí el producto de una mucho más neutra e “imparable transformación económica”.

Si en el pasado se había impuesto la reivindicación de un solo modelo de desarrollo —el “socialista”—, a partir de los años setenta se abre camino, en ocasiones de la

mano del recuperado concepto de “modo asiático de producción”, la postulación de modelos diversos. Iniciada ya una era de reformas, el programa del PCUS aprobado en 1986 asumirá explícitamente que no todos los estados en vías de desarrollo deben seguir el camino socialista, al tiempo que empleará el término “países liberados” en lo que parece una mención a un período clausurado. Los textos oficiales subrayan, por lo demás, la existencia de perspectivas de acción común —sobre la base de los principios de “igualdad” y “ventaja mutua”— con los estados del Tercer Mundo que discurren por la vía capitalista, al tiempo que postulan modelos económicos mixtos y “economías multiestructurales” en las que están llamados a desempeñar un papel de relieve, no sólo la propiedad privada y el mercado, sino, eventualmente, las propias corporaciones transnacionales (8).

La distinción entre un capitalismo “nacional”, benigno, y otro “dependiente”, adobado con todos los estigmas de las teorizaciones del pasado, permite afrontar lo que en un terreno más prosaico es, en último término, el objetivo de los cambios de percepción descritos. En su propósito de acometer un repliegue sobre sus problemas internos, la URSS pondrá en adelante el acento en su precaria situación económica, subrayará que la mejor ayuda que puede dispensar a los países pobres no es otra que la que se deriva de la modernización de su propia economía y sustituirá la solidaridad económica y militar del pasado —nunca excesiva— por muestras de “profunda simpatía”. En 1983 esta forma de ver las cosas se hace manifiesta por vez primera, no ya en los textos de los especialistas soviéticos, sino en los labios del secretario general del PCUS, Yuri Andrópov, quien señalaba: “Colaboraremos en el desarrollo económico de los estados progresistas en la medida de nuestras posibilidades. Pero en lo sustancial ese desarrollo, al igual que el progreso social de estos países, sólo pueden ser el resultado del trabajo de sus pueblos y de una política correcta por parte de sus líderes”. La misma perspectiva se hace sentir en junio de 1985 con ocasión de un discurso de Gorbachov ante el Comité Central del PCUS; el a la sazón secretario general de éste se apoya entonces en Lenin, quien, según su punto de vista, había sostenido que el socialismo debe ejercer influencia en el resto del mundo a través de sus logros económicos. El programa aprobado por el Congreso del PCUS celebrado en 1986 apunta, en suma, que “cada pueblo crea su base material y técnica para construir una nueva sociedad principalmente a través de sus propios esfuerzos”.

La era de Gorbachov (9)

Economización de relaciones. Como ya se ha apuntado con anterioridad, la primera consecuencia de los cambios en la política exterior soviética en lo que respecta al Tercer Mundo es una creciente economización de todas las relaciones que hunde sus raíces en los años postreros de la era brezhneviana. Desde entonces, y amparada en el escudo retórico configurado por los principios de “igualdad” y “ventaja mutua”, la URSS ha procedido a establecer, con carácter universal, un régimen de relaciones comerciales más duro. Los tipos de interés de los créditos concedidos no han dejado de crecer al tiempo que se reducían los períodos de gracia y de devolución, se multiplicaban las dificultades para desarrollar acuerdos de compensación o se apremiaba el pago en divisas fuertes. En los últimos años la URSS ha establecido, por otra parte, significativas restricciones al envío de bienes y materias primas de cotización internacional —muy en particular el petróleo— y ha mostrado algunas reticencias en lo que respecta a la adquisición de determinados productos —el azúcar cubano, por ejemplo— con precios superiores a los vigentes en los mercados mundiales (10).

El efecto final de medidas como las reseñadas es, naturalmente, una reducción en la ayuda de la URSS a los estados más pobres (11). En el pasado el volumen de esa ayuda ha sido objeto de estimaciones diversas. Así, mientras las fuentes oficiales so-

viéticas la evaluaban en un 1,3% del PIB, la OCDE estimaba que su monto total ascendía a un 0,09-0,16 de esa misma magnitud macroeconómica. Dada la penuria de información y la relativa complejidad del asunto —la asistencia técnica es sin duda, importante, las subvenciones y rebajas en los precios de productos importados y exportados ocasionan problemas adicionales, la ayuda militar es las más de las veces incalculable—, la valoración de los flujos es, como puede suponerse, difícil. Sean como sean las cosas, la ayuda soviética no ha estado exenta de trabas: orientada exclusivamente a empresas públicas, su foco principal de concentración parecen haber sido las actividades extractivas y de transporte, y no el sector industrial (esta circunstancia bien puede invitarnos a llegar a la conclusión de que la URSS ha buscado satisfacer ante todo sus propios intereses, y no los del país objeto de la cooperación). Otros factores, como las dificultades de adaptación a economías anteriormente dependientes de tecnología japonesa o norteamericana, la ausencia de mecanismos de ayuda no estatal —en la URSS no existe equivalente alguno a las ONG— y la desaceleración económica interna, han ejercido también a buen seguro, una presión obstructora. Otro aspecto de relieve, por último, es la extrema concentración de los flujos que nos ocupan, orientados visiblemente hacia los estados miembros del CAEM, los países vecinos y algunos productores de materias primas. En los primeros años ochenta el 85% de la ayuda económica soviética tenía por destinatario a tan solo seis países: Mongolia, Vietnam, Laos, Camboya, Afganistán y Cuba. La URSS, que no proporcionaba asistencia a estados políticamente no afines, tampoco participaba, por lo demás, en programas internacionales de ayuda.

Las características del nuevo régimen de relaciones económicas con el Tercer Mundo que la URSS está procediendo a instaurar son, en resumen, las siguientes:

(a) sin que pueda hablarse de un abandono abierto de los estados aliados, sí que hay que hacerlo de una reducción de los vínculos, acompañada por lo común de cierta presión para que los fondos de ayuda sean utilizados con un mayor criterio económico. Aun cuando los países más solventes en el pago, y los poseedores de materias primas y divisas fuertes, disfrutan de mayores privilegios, la jerarquía de relaciones a la que antes nos hemos referido parece conservar buena parte de su peso;

(b) las posibilidades de admisión de nuevos aliados comerciales en el seno de un moribundo CAEM están cerradas desde hace más de un decenio (en 1978 le fue denegada a Mozambique su solicitud de admisión en el citado organismo);

(c) la URSS busca de manera evidente la apertura a mercados “desideologizados”, y en particular a los que se ha dado en llamar “nuevos países industrializados”. Estos últimos ofrecen perspectivas muy halagüeñas para el comercio soviéticos: no son en modo alguno una carga económica, disponen de tecnologías, materias primas o divisas fuertes, y difícilmente pueden convertirse en fuente de conflicto con los Estados Unidos u otras potencias capitalistas. Los que en la jerga soviética antes eran “centros subimperialistas” no han dejado de mostrar también su interés por las posibilidades comerciales que se abren con las reformas en proceso de despliegue en la URSS (son, de hecho, los únicos países del “Tercer Mundo” que han acometido operaciones de inversión y de constitución de empresas mixtas al amparo de la nueva y liberal legislación).

(d) en el caso de la URSS es visible el alejamiento con respecto a los planteamientos que, impulsados por algunos miembros del “movimiento de no alineados”, reclaman la instauración de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Al margen de las declaraciones retóricas —como las que periódicamente se ocupan del problema de la deuda—, las discrepancias soviéticas no radican, como en el pasado, en el recelo suscitado por unas demandas que *también* tenían por destinatario a la URSS: en el momento presente hay que hablar de una progresiva aceptación de las posiciones defendidas por el Norte desarrollado en perjuicio del Sur subdesarrollado.

(e) en estrecha relación con lo anterior, la URSS se apresta a aceptar en muy diversos foros las reglas de juego características de los mercados internacionales.

Buena cuenta de ello dan sus reforzados vínculos con instancias de decisión económica (la OPEP, por ejemplo) y su evidente acercamiento al Fondo Monetario Internacional o el GATT.

Las exportaciones de armamento. Aun cuando las relaciones militares entre la URSS y un buen número de países del Tercer Mundo en modo alguno pueden reducirse a las exportaciones de armas por parte de la primera —pensemos en el arriendo de bases, el envío de asesores o la firma de pactos de defensa mutua—, habrá que convenir que aquellas tienen una importancia sustancial para vendedor y adquirentes. Pese a ello, es bueno que recordemos que en los últimos años no han faltado propuestas soviéticas, y alguna medida de carácter unilateral, que apuntan a una reducción de la presencia militar de la URSS en el Tercer Mundo.

De cualquier modo, en 1989 el primer exportador de armas del planeta era la Unión Soviética, que corría a cargo del 36,6% del volumen mundial de transacciones —a los Estados Unidos les correspondía un 33,8%—. En ese mismo año, su cuota de mercado en lo que respecta a las exportaciones que tenían por destinatario el Tercer Mundo era todavía mayor: un 51,8% (12). De acuerdo con una estimación, del orden de un 15% del total de las exportaciones soviéticas, y de un 50% de las dirigidas al Tercer Mundo, corresponde a armas, que, por efecto del descenso en los precios del petróleo operado años atrás, han pasado a adquirir un papel de primer orden. En la actualidad las armas proporcionan entre un 10 y un 15% de las divisas fuertes ingresadas por la economía soviética, frente al 3% registrado en los primeros años setenta.

También en lo que respecta a las exportaciones de armas se ha verificado en los últimos tiempos un ostensible endurecimiento en las condiciones de pago —del orden de un 80% de las transacciones se realizan en divisas fuertes—, acompañado por lo general de un apremio creciente para que este último se haga efectivo. No ha faltado tampoco una progresiva apertura a nuevos y “desideologizados” mercados, en los que eventualmente se colocarían dispositivos que incorporan tecnologías más avanzadas que las que se entregan a los propios aliados. El ejemplo de la India, que en 1988 arrendó un submarino soviético de propulsión nuclear, es uno entre otros. Kuwait, Jordania e Irán, países nada sospechosos de afinidades ideológicas con Moscú, han firmado en los últimos años importantes contratos de adquisición de armas, y no son pocos los estados del Tercer Mundo que se han hecho con misiles balísticos de fabricación soviética. En este mismo capítulo hay que incluir las frecuentes exhibiciones públicas del caza MIG-29 en certámenes celebrados en países como Francia y el Reino Unido. Hay que hablar, en resumen, de una extensión al comercio de armas del principio de economización de relaciones del que varias veces se ha hecho mención. A esta extensión no son ajenas, naturalmente, las dificultades que la URSS ha encontrado para garantizar el pago de las deudas contraídas por países como Libia o Siria.

Un nuevo marco político. El durante varios años ministro de Asuntos Exteriores soviético, Edvard Shevardnadze, ha recurrido en repetidas ocasiones a una misma fórmula para describir el régimen de vínculos interestatales que la URSS parece alentar en el momento presente: “Separar cuidadosamente las diferencias ideológicas de las relaciones entre estados”. Consecuencias inmediatas de esta toma de posición son la aceptación del principio de no ingerencia y el rechazo del empleo de la fuerza en las relaciones internacionales (“Estamos firmemente convencidos de que es inútil e inadmisible alentar la revolución desde el exterior, y mucho menos por medios militares”, en palabras de Mijaíl Gorbachov).

Uno de los primeros efectos de esta forma de encarar los problemas ha sido, sin duda, la presión que la URSS ha ejercido para acelerar la resolución de algunos conflictos regionales (13). Baste con citar al respecto los nombres de Afganistán, Camboya o el África Austral. Si por un lado la nueva actitud soviética refleja una conciencia creciente de que los instrumentos militares no proporcionan unas

relaciones estables y duraderas, por el otro no es difícil adivinar en los movimientos de la URSS un claro orden de prioridades, en el que la mejora de las relaciones con potencias rivales —los Estados Unidos, China— prima sobre la resolución de los elementos “locales” —por lo general los más profundos— de los conflictos. A la hora de encarar el sinfín de enfrentamientos que tienen por escenario el sur del continente africano, por poner un ejemplo, la URSS parece haber puesto todos los medios para tranquilizar a los Estados Unidos, de tal manera que su presión para acelerar la retirada del contingente cubano presente en Angola ha sido significativamente mayor que la ejercida para poner fin al problema de fondo que da cuenta de todas las tensiones del área: la política de *apartheid* desarrollada por el gobierno sudafricano.

Quizá por lo anterior, los acuerdos alcanzados presentan numerosas fracturas —partes marginadas, flecos sin completar, precariedad de los planes económicos de reconstrucción, ausencia de restricciones significativas al envío de armas...— que condicionan sus resultados. En un buen número de casos, y en particular en el de Afganistán (14), es más acertado hablar de “reconversión” de los conflictos que de una genuina “resolución”. Naturalmente que a la hora de dar cuenta de estas limitaciones hay que recordar que las mayores responsabilidades al respecto no recaen sobre la Unión Soviética, y sí sobre unos Estados Unidos empeñados en llevar adelante por medios diversos un designio expansionista.

En estrecha relación con los procesos de resolución de conflictos, en los últimos años la URSS se ha ocupado en reforzar ostensiblemente el papel de Naciones Unidas y de otros organismos internacionales, en lo que con frecuencia ha sido interpretado como el triunfo de un enfoque multilateral, opuesto al unilateralismo característico de tiempos pasados. Es obligado llamar la atención de nuevo, sin embargo, sobre la inevitable carga retórica de la mayoría de los movimientos soviéticos; así, la posición adoptada en relación con el conflicto del Golfo no hace sino poner de manifiesto la extrema debilidad de la URSS y su renuncia a adoptar actitudes contestatarias frente al “señor de la guerra” norteamericano. Al margen de lo anterior, y al tiempo que la Unión Soviética procura ampliar sus relaciones diplomáticas (y comerciales) con un buen número de países que antes estaban proscritos, el enfriamiento de los vínculos con “partidos de vanguardia”, movimientos de liberación nacional y otras formaciones de carácter radical es evidente. La búsqueda de una homologación internacional se pone de manifiesto, por lo demás, a través de medidas diversas, como el pago de las cuotas adeudadas a Naciones Unidas, la firma de acuerdos internacionales de represión del narcotráfico o la cooperación con la Agencia Internacional de Energía Atómica tras el accidente de la central nuclear de Chernóbil.

A manera de conclusión

Los cambios en la política de la URSS con respecto al Tercer Mundo, y en la propia percepción soviética de lo que este último significa, son tan rápidos que parece obligado renunciar a juicios definitivos y acometer una tarea de discernimiento de lo provisional y lo definitivo. Sean como sean las cosas, no parece precipitado afirmar que al concluir la década de 1980 la Unión Soviética está bien lejos de ser esa potencia agresiva y expansionista que la prensa y los servicios de desinformación occidentales han gustado de identificar. Vistas las cosas, sin embargo, desde otro punto de vista, hay que convenir que son muchos los datos que nos dan cuenta de una progresiva homologación y connivencia de la URSS con los países capitalistas desarrollados. Aunque la política soviética del momento actual

es probablemente más realista que la de tiempos pasados —unos tiempos que, dicho sea de paso, a duras penas se prestan a admiraciones—, también refleja de manera inequívoca un interés cada vez menor por los problemas y las miserias de los más pobres de los habitantes del planeta.

NOTAS

(1) La relación que nos ocupa ha sido objeto de numerosas monografías. Entre ellas pueden mencionarse las de Robert Cassen (dir.), *Soviet Interests in the Third World* (SAGE, Londres, 1985); Robert H. Donaldson (dir.), *The Soviet Union in the Third World: Successes and Failures* (Westview, Boulder, 1981); Edgar J. Feuchtwanger (dir.), *The Soviet Union and the Third World* (Macmillan, Londres, 1981); Roger E. Kanet (dir.) *The Soviet Union, Eastern Europe and the Third World* (Cambridge University Press, 1987); Andrzej Krobonski y Francis Fukuyama (dirs.), *The Soviet Union and the Third World* (Cornell University Press, Ithaca-Londres, 1987); Zaki Laïdi, *L'URSS vue du Tiers Monde* (Karthala, París, 1984); Rajan Menon, *Soviet Power and the Third World* (Yale University Press, New Haven-Londres, 1986), y Carol R. Saivetz y Sylvia Woodby, *Soviet-Third World Relations* (Westview, Boulder, 1985). Un estudio general de las teorizaciones soviéticas al respecto es el de Margot Light, *The Soviet Theory of International Relations* (Wheatsheaf, Brighton, 1988).

(2) V. al respecto, por ejemplo, las obras de Jonathan Steele, *The Limits of Soviet Power* (Penguin, Harmondsworth, 1985); Robin Edmonds, *Soviet Foreign Policy. The Brezhnev Years* (Oxford University Press, Oxford, 1983), y Peter J. Mooney, *The Soviet Superpower* (Heinemann, Londres, 1982).

(3) V. J. Pajestka y J. Kulig, "The Socialist Countries of Eastern Europe and the New International Economic Order", en *Trade and Development* (n.º 2, 1979), y Roy Allison, *The Soviet Union and the Strategy of Non-Alignmet in the Third World* (Cambridge University Press, 1988).

(4) V. al respecto, por ejemplo, "La presenza militare dell'Unione Sovietica nei Paesi del Terzo Mondo", en *Archivio Disarmo* (AM, n.º 2, 28 de febrero de 1985).

(5) V. los trabajos de Dominique Don, "Les relations économiques entre les pays socialistes européens et les pays à orientation socialiste observateurs au CAEM", en *Les relations Est-Sud dans l'économie mondiale* (Economica, París, 1986), págs. 147-170, y Anita Tiraspolsky, "Les relations économiques de l'URSS et l'Europe de l'Est avec les pays observateurs au CAEM", en *Le courrier des pays de l'Est* (n.º 314, enero de 1987), págs. 3-41.

(6) V. al respecto el libro de Elizabeth K. Valkenier, *The Soviet Union and the Third World: An Economic Bind* (Praeger, Nueva York, 1983). También Mark N. Katz, *The Soviets and Third World Marxism* (Cambridge University Press, Cambridge, 1990).

(7) Una exposición sintética de la naturaleza del "nuevo pensamiento" se encontrará en el texto de Stephen Shenfield, *The Nuclear Predicament* (Routledge & Kegan Paul, Londres, 1987). Pueden consultarse también los libros de Mijail Gorbachov, *Perestroika* (B, Barcelona, 1987), págs. 195-233, y Vadim Zagladin, *Reestructurar y humanizar las relaciones internacionales* (Nóvosti, Moscú, 1989).

(8) Semejante cambio de política no dejará de acarrear situaciones molestas. "Ahora les predicamos que devuelvan la tierra a los campesinos, que den libertad al pequeño comercio, que privaticen una parte de la economía, que soliciten créditos a Occidente. Y ellos nos contestan: pero, entonces, ¿por qué conquistamos el poder?", señalaba un experto soviético.

(9) Sobre los cambios más recientes pueden consultarse los textos de Edmé Domínguez, "The USSR and the Third World at the End of the 80s: New Policies and Orientations" (mimeo, Madrid, 1989); Adriano Guerra, "L'URSS e il Terzo mondo", en *La politica estera della perestrojka* (Riuniti, Roma, 1988), págs. 231-254; S. Neil MacFarlane, "The USSR and the Third World: Continuity and Change under Gorbachev", en *The Harriman Institute Forum* (vol. I, n.º 3, marzo de 1988); Mammo Muchie y Hans van Zon, "Soviet Foreign Policy under Gorbachev and Revolution in the Third World: An Ideological Retreat or Refinement", en *The New Detente* (Verso, Londres, 1990), págs. 183-206; Peter Shearman, "Gorbachev and the Third World: an Era of Reform?", en *Third World Quarterly* (vol. IX, n.º 4, octubre de 1987), págs. 1083-1117, y Elizabeth K. Valkenier, "New Soviet Thinking about the Third World", en *World Policy Journal* (vol. IV, n.º 4, otoño de 1987), págs. 651-674.

(10) En relación con todos estos problemas se leerán con provecho la ya mencionada recopilación de Marie Lavigne (dir.), *Les relations Est-Sud dans l'économie mondiale* (Economica, París, 1986), y los textos de Daniel Pineye, "Evolution dans les relations économiques Est-Sud", en *Le courrier des pays de l'Est* (n.º 292, febrero de 1985), págs. 3-38, y Brigitte H. Schulz y William W. Hansen, *The Soviet Bloc and the Third World: the Political Economy of Est-South Relations* (Westview, Boulder, 1989).

(11) Sobre la naturaleza, distribución y cuantía de la ayuda soviética puede consultarse el libro de Quintin V.S. Bach, *Soviet Economic Assistance to the Less Developed Countries. A Statistical Analysis* (Clarendon Press, Oxford, 1987). Una recopilación de textos soviéticos al respecto es el volumen *Colaboración de la URSS con los países en desarrollo* (Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1985).

(12) Según el *SIPRI Yearbook 1990* (Oxford University Press, Oxford, 1990), págs. 220-221. V. al respecto también los trabajos de Ulrich Albrecht, "Soviet arms exports", en *SIPRI Yearbook 1983* (Taylor & Francis, Nueva York-Londres, 1983), págs. 361-370; Michael Brzoska y Thomas Ohlson, *Arms Transfers to the Third World 1971-85* (SIPRI-Oxford University Press, Oxford-Nueva York, 1987); Laure Després, "Les ventes d'armes de l'URSS et des six pays socialistes européens aux pays en voie de développement", en *Les relations Est-Sud dans l'économie mondiale*, op. cit., págs. 58-74; Aaron Karp, "The trade in conventional weapons", en *SIPRI Yearbook 1988* (Oxford University Press, Oxford, 1988), págs. 175-264, y Mark N. Kramer, "Transferencias soviéticas de armas al Tercer Mundo", en *Problemas Internacionales* (septiembre-octubre de 1987), págs. 55-72. Un texto más general en sus intereses es el de Roger E. Kanet, "Soviet Military Assistance to the Third World", en el volumen *Communist Nations' Military Assistance* (Westview, Boulder, 1983), págs. 33-71.

(13) De la política desplegada por la URSS en lo que respecta a los conflictos bélicos en el Tercer Mundo se ocupan los textos de Hélène Carrère d'Encausse, *Ni paix ni guerre* (Flammarion, París, 1986); Galia Golan, *The Soviet Union and National Liberation Movements in the Third World* (Unwin Hyman, Boston, 1988); Bruce D. Porter, *The USSR in Third World Conflicts* (Cambridge University Press, Nueva York, 1984), e Irina Zorina, "La URSS, el Tercer Mundo y los conflictos regionales" (mimeo, Madrid, 1989).

(14) Particularmente sugerente al respecto del conflicto afgano es el libro de Jean-Christophe Victor, *La cité des murmures. L'enjeu afghan* (Jean-Claude Lattès, París, 1983). Una introducción a los problemas del país se encontrará en Bhabani Sen Gupta, *Afghanistan* (Frances Pinter, Londres, 1986).

La nueva política asiática de la URSS

Francisco Peñas *

Por razones de diversa índole, la atención de los corresponsales diplomáticos de los medios de comunicación se ha centrado en Europa, salvo cuando los acontecimientos obligaban a ocuparse de la Plaza de Tianamen o de las arenas del desierto árabe. De tal suerte que si se le preguntara a un avisado lector de las páginas de política internacional de los periódicos, cuáles han sido los principales componentes de la política exterior de Mijaíl Gorbachov, seguramente mencionaría muchos hechos ocurridos en Europa y quizás en Afganistán, pero pocos sobre Asia.

Bien es cierto, dicho sea en descargo del mencionado lector, que si uno quiere estar al tanto de los sucesos en el Asia lejana debe rastrear los medios de comunicación con lupa. Hay en todo esto un componente de *eurocentrismo* y de *occidentalismo* de los medios. Se podría reseñar también que los cambios en el *orden europeo* han sido más espectaculares, siempre coronados por esas cumbres repletas de presidentes y jefes de gobierno, de declaraciones oficiales y de *briefings* y comentarios *off-the-record* en los pasillos, que son tan del gusto de los corresponsales diplomáticos y componen tan buenas portadas.

Por el contrario, los cambios en el *orden asiático* han estado lejos de ser espectaculares, como no podía ser menos dada la complejidad de la situación. Los dirigentes soviéticos, por su parte han prestado más atención a su frente occidental que al oriental, primando su carácter de potencia europea sobre el de potencia asiática. Sin embargo, el hecho de que la diplomacia soviética no haya logrado en Oriente tan espectaculares resultados como en Occidente no se debe a que no haya sufrido los cambios y transformaciones que globalmente se conocen como "nueva mentalidad política". Estos cambios, esta nueva política soviética hacia Asia y en especial hacia la cuenca del Pacífico, han quedado reflejados, por lo menos, en tres importantes discursos del Secretario General del PCUS y Presidente de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, realizados respectivamente en Vladivostok (1986), en su comparencia ante la Asamblea General de las Naciones Unidas (1988) y en Kranoyarsk (1988) y la visita del presidente soviético a Japón en abril de 1991.

Herencias entrecruzadas

La prioridad secundaria dada por M. Gorbachov, E. Shevardnadze y A. Besmertnij a la acción exterior en el Extremo Oriente puede tener su explicación en el

* Profesor-tutor de Relaciones Internacionales en el centro de la UNED de Madrid.

sopesamiento de herencias de las que era preciso deshacerse, en las dificultades de la situación en la región, en la urgencia de los problemas y en las posibilidades de obtener resultados.

La herencia de los años de Brezhnev -"los años de estancamiento interno y expansion exterior" en palabras de la investigadora soviética Irina Zorina (1) no era otra que el enfrentamiento con la mayoría de los países del área, unos aliados caros y relativamente descontrolados, y el aislamiento respecto a las grandes transformaciones económicas que estaban desplazando el centro de gravedad de la economía mundial del Atlántico al Pacífico.

La *errónea* política exterior de la URSS en los años de Brezhnev se desarrolló en la única región del mundo donde se entrecruzaban el enfrentamiento clásico entre el *Este* y el *Oeste* y la carrera de armamentos tal y como se daban en Europa, con la proliferación de los conflictos regionales característicos del Tercer Mundo. El Sudeste Asiático ha sufrido los dos grandes *traumas*, que precedidos de la Segunda Guerra Mundial, han dado origen al orden mundial surgido en 1945: la división del mundo en bloques y la descolonización. En ningún sitio como en el Sudeste Asiático se entrecruzan estos fenómenos sobre la base de una cultura milenaria distinta a la occidental y la existencia de estados independientes previos a la colonización europea o a la conquista japonesa.

La expansión colonial y la Guerra Mundial han dejado sus huellas en la configuración de los estados asiáticos y en los conflictos que los enfrentan: la política zarista en la frontera con China donde todavía hoy se deja sentir en los conflictos entre la Unión Soviética y la República Popular; la ocupación soviética de las islas meridionales del archipiélago de las Kuriles al finalizar la Segunda Guerra Mundial, que ha impedido la firma de un tratado formal de paz soviético-nipón; la división de Corea en dos estados, fruto de la guerra civil que estalló tras la rendición de Japón, y de la correlación de fuerzas entre los vencedores de la contienda mundial; el establecimiento de un pequeño estado en Taiwan, anticomunista y firme aliado de los Estados Unidos; la configuración estatal de la península Indochina herencia de la colonización francesa, todavía no asentada y todavía lejos de la pacificación; más al Oeste, el conflicto entre la India y Pakistán que tanto gravita sobre el sistema de alianzas de la región y, finalmente, el miedo de todos los países del área, incluida la Unión Soviética, al renacimiento del militarismo japonés, tanto más peligroso si eventualmente se produjera, cuanto que crecería sobre la base de una de las economías más fuertes del mundo.

Asia ha sido protagonista también de las más fuertes explosiones revolucionarias que siguieron a la Revolución Rusa de 1917 y al consiguiente establecimiento de regímenes *socialistas*, en algunos casos como en Vietnam, tras décadas de hacer frente a la intervención imperialista. Estos países sufrieron como ningún otro la escisión del llamado *Movimiento Comunista Internacional* entre el Partido Comunista de la URSS y el Partido Comunista Chino, o lo que es lo mismo, entre la Unión Soviética y la República Popular China. Esta escisión no sólo obligó a los comunistas de la zona a tomar partido, sino que al convertirse en un conflicto geoestratégico, fomentó un sistema de alianzas -Vietnam contra China y aliado de la URSS, los países de la ASEAN aliados de la RPCh en el conflicto camboyano frente a Vietnam, etc...- y recrudeció las disputas territoriales y hegemónicas tradicionales.

Por último, Asia se convirtió en la segunda frontera física del enfrentamiento directo entre los bloques. El estrecho de Bering ha tenido el raro privilegio de separar físicamente el territorio soviético del territorio norteamericano. En el Mar de Bering y en todo el Pacífico Norte se han mirado cara a cara las fuerzas armadas de la URSS y la *U.S. Navy*. Además la guerra de Corea representó la cumbre de la *guerra fría* y desde entonces la militarización y la carrera de armamentos en la zona fue incesante.

El conjunto de motivos anteriormente expuesto ha dado origen a una

fragmentación del sistema de estados asiáticos que hace imposible una única vía de solución para los conflictos. Si a esto se añaden las grandes diferencias en el nivel de desarrollo —compárese Japón con Filipinas, por ejemplo— y la rápida transformación económica y social que está sufriendo la región, se podrá entender el porqué las “relaciones internacionales en el Extremo Oriente están sufriendo un cambio sustancial” (2).

Gorbachov y los dirigentes soviéticos siempre han entendido que la clave de la mejora de sus relaciones internacionales en el *frente europeo* estaba en alcanzar un clima adecuado en sus relaciones con los Estados Unidos. Pero en el Extremo Oriente ni ha habido, ni hay tal clave: la superación de la guerra fría no trae aparejadas unas mejores relaciones con Japón, ni la solución al conflicto camboyano, ni restablece la *unidad del movimiento comunista internacional*, si es que hoy hay alguien interesado en tal movimiento.

Como dice Gerald Segal: “Los desafíos futuros son diferentes de aquellos a los que hace frente Europa. El Sudeste Asiático sigue estando muy fragmentado políticamente. Aunque ... (se ha sugerido) una Conferencia de Seguridad y Cooperación en Asia, las disputas regionales son tan dispares que es inútil tratar a Asia, e incluso al área más restringida del Sudeste asiático, como una zona única de control de armamentos. El Sudeste asiático tiene un problema especial: un equilibrio de poder multipolar. Mientras EEUU y la URSS buscan controlar su relativa retirada, crece la preocupación sobre las intenciones de China y Japón” (3).

Herencia brezhneviana...

La acción de la URSS en Asia tuvo que combinar la política de enfrentamiento de bloques hacia EEUU y sus aliados, con una política hacia el Tercer Mundo asiático y hacia los movimientos de liberación nacional, y con una política dentro del *Movimiento Comunista Internacional* -es decir hacia China-, que degeneró en competencia y enfrentamiento geopolítico. Esta acción a principios de los ochenta estaba en franca bancarrota.

Como escribía Paul Dibb: “El principal objetivo soviético en tiempos de paz es cambiar la *correlación de fuerzas* a su favor en el Sudeste asiático y en el Pacífico. Le gustaría ver a EE.UU. excluido de las bases y de las alianzas en la región. A Japón apartado de su alienamiento con los EE.UU., a China como una potencia amiga que reconoce la preeminencia soviética en el *Movimiento Comunista Internacional*, a Vietnam y a Corea del Norte como aliados complacientes; le gustaría ver la extensión de la influencia soviética en el Pacífico Sur y la ruptura del ANZUS” (4).

La preocupación por la seguridad del territorio soviético —la debilidad del flanco siberiano (5)—, los enfrentamientos armados con la RPCh y la bien asentada presencia de las fuerzas armadas norteamericanas en el Pacífico llevaron a una escalada en la militarización del territorio soviético, tanto en lo que respecta a fuerzas convencionales, como a fuerzas nucleares -los famosos SS-20 desplegados en la frontera china que se incluyeron en el tratado INF de 1987-, tanto en fuerzas de tierra como en fuerzas navales (el Mar de Okhotsk es el fondeadero de gran parte de los submarinos nucleares de la URSS).

Este *build-up* soviético desarrollado en diferentes fases a lo largo de los años (6), tuvo efectos contraproducentes. En primer lugar, aumentó considerablemente la carga de los gastos militares sobre la economía soviética, tanto más cuanto estas fuerzas estaban lejos de las zonas europeas y desarrolladas de la Unión. En segundo lugar, no permitió el desarrollo siberiano, tanto porque grandes áreas de Siberia tenían acceso restringido, cuanto porque la militarización y el enfrentamiento impedían las inversiones japonesas. En tercer lugar, forjó la alianza chino-

norteamericana cercando por completo a la URSS. En cuarto lugar, solidificó la presencia estable de EEUU en el Pacífico Norte y sus alianzas en la región, y, por último, no dio la seguridad esperada: militarmente no se logró la “paridad aproximada” de la que hablaban los dirigentes soviéticos y en cambio, empeoró las relaciones con los países del área. Quizás cuando se escribía en las tesis para la XIX Conferencia del PCUS que “empeñándonos en lograr la paridad estratégica militar, no siempre se aprovecharon las oportunidades de garantizar la seguridad del Estado con medios políticos, a consecuencia de lo cual, nos dejamos involucrar en la carrera armamentista que no pudo menos de afectar al desarrollo socioeconómico del país y a su situación internacional” (7), los dirigentes soviéticos estaban pensando también en Asia.

La intervención soviética en Afganistán y el apoyo político-militar y financiero de la URSS a Vietnam y al Gobierno provietnamita de Hun Sen, acabaron de agriar las relaciones con China y los países de la ASEAN.

“En términos globales políticos e ideológicos, el Sudeste asiático debe ser considerado como un espectacular fracaso de la URSS. Su diplomacia en la región ha estado caracterizada por la dureza y la rigidez, lo cual no ha servido nada bien a sus propios intereses y ha generado la enemistad y hostilidad de la mayor parte de sus vecinos. En buena medida esto es fruto de la escalada militar. Hay una contradicción básica en la política soviética que persigue una expansión incesante del poder militar en la región mientras que al mismo tiempo alega buscar la mejora de las relaciones políticas. La invasión soviética de Afganistán, su alianza con Vietnam y el creciente despliegue de poder militar soviético en la región, le han alienado esta enorme, diversa y compleja parte del mundo. Cambiar este equilibrio de fuerzas no va a ser tarea fácil para los (nuevos) dirigentes soviéticos” (8).

...Y nueva mentalidad política

Esos nuevos dirigentes soviéticos fueron los primeros en entender que para lograr sus objetivos fundamentales -unas relaciones estables y predecibles (9), el acercamiento a China y a Japón, la reducción del armamento en la región y su inserción en la dinámica económica de la cuenca del Pacífico- tenían que basar su seguridad menos en la fuerza militar y más en unas relaciones políticas favorables y “deshacer los nudos de los conflictos regionales” (10).

Un corolario de la prioridad dada a las relaciones con ciertos países y a la necesidad de resolver los conflictos regionales fruto de esta *nueva mentalidad política*, que ha tenido gran trascendencia en la región, ha sido la política deliberada de cambiar el carácter de las relaciones que unían a la URSS con sus aliados. Corea, Vietnam o Camboya podían considerarse estados clientes de la URSS pero, sobre todo los dos primeros, tenían suficiente autonomía para desarrollar una política propia que podía llegar a poner en peligro los objetivos centrales de la Unión Soviética. Aparte de esto constituían, y todavía constituyen, una lacra económica (11). La nueva política hacia estos países puede resumirse en la consigna que preside el nuevo pensamiento soviético hacia sus antiguos clientes: hay que establecer *relaciones de beneficio mutuo* (12).

Es conocido el acercamiento a la República Popular China y la voluntad soviética de aceptar las tres condiciones que aquélla ponía a ese acercamiento: la retirada de Afganistán, la reducción de tropas en la frontera común y en Mongolia y la solución del problema camboyano. La retirada de Afganistán se produjo en la fecha prometida; se empezaron a retirar tropas soviéticas de Mongolia; y Gorbachov en su discurso ante la Asamblea General de Naciones Unidas (13), prometió la reducción en 200.000 hombres de las fuerzas soviéticas destacadas en la frontera con China.

Además se ha registrado un destacado acercamiento en las posturas sobre el problema camboyano, hasta tal punto que ambos países, junto con las otras tres potencias con derecho de veto en el Consejo de Seguridad, votaron recientemente una resolución sobre el plan australiano para Camboya (14). Este acercamiento ha sido considerado por los observadores como el paso fundamental, no sólo para cubrir la primera prioridad de la política soviética hacia Asia, sino también como el inicio de una ofensiva más amplia (15).

Conocida es también la reactivación de las relaciones con Corea del Sur. Independientemente de que se siga ayudando a Corea del Norte, la Unión Soviética tiene voluntad expresa de reconocer la existencia de Corea del Sur, aumentar las transacciones económicas en este país y vincularlo a los proyectos de desarrollo siberianos (16). De regreso a la URSS, después de su visita a Japón en abril de 1991, Gorbachov tuvo tiempo para acordar con su homólogo coreano Roh Tae Woo la negociación de un tratado de cooperación mutua, que se desarrollaría en los próximos cinco años y que previera multiplicar por diez el comercio entre los dos países y así auxiliar a la maltrecha economía soviética. El desarrollo de las relaciones comerciales es uno de los objetivos más queridos de los soviéticos. Su deseo es que el volumen del comercio, que en 1990 se situó en 900 millones de dólares, llegue hasta la cifra de diez mil millones para mediados de los noventa.

A pesar de las concesiones soviéticas -apoyo a la entrada de Corea del Sur en las Naciones Unidas y petición a Corea del Norte para que permita la inspección internacional de sus plantas nucleares- Corea del Sur se mostró escéptica sobre la idea gorbachoviana de una conferencia de seguridad asiática. Roh Tae Woo insistió en que la reunificación de la península era previa a cualquier conferencia global de seguridad (17).

La resolución de estos conflictos era una condición *sine qua non* para vincularse a la dinámica económica de la región. En 1989 el comercio soviético con el Pacífico sólo constituía el 6% de su comercio total, y de éste el 65% se realizaba con otros países socialistas (18). El país clave para lograr ese vínculo es Japón (19). Pero si el principal obstáculo político para la mejora de las relaciones es la reclamación japonesa de las islas de Iturup, Kunashir, Sokotan y Habomai, los dificultades para la colaboración en el desarrollo de Siberia son también de otra índole. Como señala Rajan Menon: "Los soviéticos han hecho varios esfuerzos para fomentar la inversión japonesa. Hasta ahora han tenido poco éxito. Aunque en 1987 se revisó el código de *inversiones conjuntas* para acomodarlo a las preocupaciones japonesas sobre impuestos e igualdad en los límites de las inversiones, todavía persisten problemas como la regulación de la repatriación de beneficios. Estas dificultades se vuelven aún más graves por culpa de los viejos obstáculos: la falta de infraestructura y mano de obra cualificada en Siberia y la continua disputa territorial entre Japón y la URSS sobre un grupo de islas en el extremo sur del archipiélago de las Kuriles" (20). Por otro lado, la resolución del problema camboyano o, por lo menos, la desvinculación de la URSS y el cese del supuesto apoyo a las guerrillas en los países de la ASEAN son las condiciones para mejorar las relaciones diplomáticas con éstos.

El objetivo de reducir el nivel de armamentos vinculados a la política de bloques está dando amplios resultados unilaterales que no son correspondidos por similares recortes en el despliegue estadounidense. La constante negativa de EE.UU. a negociar la reducción de fuerzas navales tiene su plasmación en el Pacífico, que siempre ha sido considerado en la disputa entre los diferentes servicios de las fuerzas armadas norteamericanas como *propiedad* de la Marina. La negativa tiene más que ver con el papel de control global que EEUU se asigna, que con la pugna *Este-Oeste*. Según Donald S. Zagoria: "Estados Unidos tiene interés en mantener una presencia naval robusta en el Pacífico para fortalecer su credibilidad ante sus aliados y ayudar (sic) a mantener la estabilidad regional" (21). El fantasma de la multipolaridad sin orden y del renacimiento del militarismo japonés planea sobre el Extremo Oriente.

Gorbachov visita Japón

La visita de Gorbachov a Japón en abril de 1991, a pesar de su magro resultado, pasará a la historia como la primera que realiza un jefe de estado soviético al archipiélago y como un paso más en el proceso de deshielo de las relaciones soviético-niponas. El presidente soviético llevaba la cartera llena de proyectos pero carecía de los recursos para negociar a fondo el gran contencioso que es la punta del iceberg que separa a los dos países. Sobre las islas Kuriles, Gorbachov estaba dispuesto a ofrecer una retirada parcial de las fuerzas soviéticas allí estacionadas —unos diez mil hombres y unos 40 aviones de combate—, realizar proyectos económicos conjuntos en las islas y la no necesidad de visa para los japoneses que las quisieran visitar (22). El ofrecimiento quedaba muy corto para las pretensiones japonesas.

Por otra parte, Gorbachov buscaba la ayuda económica y las inversiones japonesas y lograr asociar al primer ministro Kaifu a la idea de una conferencia de seguridad asiática.

Aunque el actual equipo dirigente de la URSS hubiera querido ofrecer mayores concesiones sobre el contencioso territorial, lo débil de su posición en la URSS lo hubiera impedido. En el tema de las Kuriles se ha encontrado con el impedimento de una extraña coalición de fuerzas: los militares, los conservadores y el presidente de la República Federativa Rusa, B. Yeltsin, que reclama estos territorios como parte de su jurisdicción. Por no mencionar que cualquier cesión de los territorios adquiridos como fruto de la Segunda Guerra Mundial, pueden sentar incómodos precedentes para lidiar con las repúblicas bálticas o Moldavia.

Kaifu es otro dirigente en apuros. Como miembro de la facción minoritaria del gobernante Partido Liberal, y primer ministro de transición está sujeto a las presiones de la cúpula liberal, que le exigían que arrancara a Gorbachov la declaración de que el mayor obstáculo para la normalización de las relaciones era el contencioso sobre la soberanía de las islas (23).

En lo que respecta a la conferencia de seguridad asiática, Japón está trabado por su falta de iniciativa en política exterior y por su subordinación a Washington, reafirmada después de la crisis del golfo.

Los resultados tangibles de la cumbre fueron escasos. Gorbachov se llevó una ayuda de emergencia alimentaria de cien millones de dólares y Kaifu una referencia indirecta a la declaración conjunta de 1956. Pero ambos estadistas salieron fortalecidos cara a sus audiencias domésticas: Gorbachov volvió a demostrar que es imprescindible para la política exterior soviética y Kaifu no tiene, por ahora, que preocuparse por su puesto (24). Este, claro está, ha sido un primer paso.

* * *

La plasmación de la *nueva mentalidad política* en Asia y en la cuenca del Pacífico no sigue pautas muy diferentes a la de otras zonas del mundo, simplemente, la situación es más compleja como señala Gerald Segal en el artículo citado.

En la cuenca del Pacífico, la URSS tiene poca capacidad de influir en las grandes transformaciones que se están produciendo o que se producirán previsiblemente en el futuro: la regionalización de la economía y la multipolaridad político-militar. Sin embargo ha influido por defecto: al dejar de ser el *gran enemigo*, ha destapado la botella del genio. El orden político impuesto por la hegemonía estadounidense en la región tiene cada vez menos razón de ser. Como la OTAN en Europa, la presencia masiva de los Estados Unidos en el área ha sido puesta en cuestión. Pero esa es otra historia.

NOTAS

- (1) Zorina, Irina, Academia de Ciencias de la URSS. *La URSS, el Tercer Mundo y los conflictos regionales. Nuevos enfoques de la política exterior soviética hacia el Tercer Mundo antes y después de Afganistán*. Ponencia presentada en la Conferencia Internacional sobre la Perestroika y la Política Exterior de la URSS, organizada por el CIDOB y la Fundación Pablo Iglesias, Madrid 22 al 25 de noviembre de 1989. Mecanografiada.
- (2) Zagoria, Donald S. Soviet Policy in East Asia: A new beginning?, en *Foreign Affairs*, Vol. 68, No. 1, 1989.
- (3) Segal, Gerald. *Arms cutbacks going ahead in east Asia too*, en el *International Herald Tribune*, 19 de noviembre de 1990.
- (4) Dibb, Paul. *Soviet Influence in Asia and the Pacific in the coming decade*, en O'Neill, Robert. *East Asia, the West and International Security*, Londres: MacMillan in association with the International Institute of Strategic Affairs, 1987.
- (5) Ver por ejemplo, Gelman, Harry. *The Soviet Union, east Asia and the west: the Kremlin's calculus of opportunities and risks*, en O'Neill, Robert (ed). *East Asia, the West and International Security*, Londres: MacMillan in association with the International Institute of Strategic Studies, 1987.
- (6) Gelman, Harry, obra citada.
- (7) Tesis X. En Tesis del CC del PCUS para la XIX Conferencia del partido. *Agencia de Prensa Novosti* (APN), junio de 1988.
- (8) Dibb, Paul, obra citada.
- (9) Esta es la clásica formulación de los dirigentes soviéticos. Ver, por ejemplo, Gorbachov, Mijaíl. Discurso ante los participantes en el foro "Por un mundo desnuclearizado, por la supervivencia de la humanidad", "Press release" de la Agencia de Prensa *Novosti*, Madrid, 16 de febrero de 1990.
- (10) Shevardnadze, Eduard. Deshacer los nudos de los conflictos regionales. Entrevista en *Pravda*. "Press release" de la Agencia de Prensa *Novosti*, Madrid, marzo de 1989.
- (11) Según M. Dobbs, la deuda de algunos países del Tercer Mundo a la URSS, sobre todo Vietnam, Cuba y Siria, asciende a unos 130 mil millones de dólares. Sobbs, Michael. Rusia and U.S. United on Irak, en *The Guardian Weekly*, 12 de agosto de 1990.
- (12) Para una explicación de este cambio ver, por ejemplo, Halliday, Fred. El Triunfo de Occidente. El fin de la Guerra Fria y su significación. En *Debats* 33, septiembre de 1990.
- (13) Gorbachov, Mijaíl. Discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. "Press release" de la Agencia de Prensa *Novosti*. Madrid, diciembre de 1988.
- (14) Ver *El País*, 26 de noviembre de 1990.
- (15) Ver, por ejemplo, Smith, Patrick L. The Chinese-Soviet impasse: efforts for Asia peace may suffer, en el *International Herald Tribune*, 16 de enero de 1990.
- (16) Bien desarrollado en Akino, Yutaka. *Gorbachev's new Asian policy*. Mecanografiado. Ponencia presentada en la Conferencia Internacional sobre la Perestroika y la Política Exterior de la URSS organizada por el CIDOB y la Fundación Pablo Iglesias. Madrid, 22 al 25 de noviembre de 1989.
- (17) Véase Sterngold, J. Gorbachev gains new ground in south Korea, en el *International Herald Tribune*, 22 de abril de 1991.
- (18) Ver Zagoria, Donald S. obra citada.
- (19) Sobre las relaciones soviético-japonesas y el problema de las cuatro islas meridionales del archipiélago de las Kuriles ver, por ejemplo, Prokhorov, Yevgeni y Shevchuk, Leonid. Japan's territorial claims to the URSS, en *International Affairs* (Moscú), Núm. 2, febrero de 1989, y Kakizawa, Koji. Towards new relations between Japan and the URSS, en *International Affairs* (Moscú), Núm. 3, marzo de 1990.
- (20) Menon, Rajan. *Soviet policy in east Asia, rethinking the concept of security*. Mecanografiado. Resumen de la ponencia presentada en la Conferencia Internacional sobre Perestroika y Política Exterior de la URSS organizada por el CIDOB y la Fundación Pablo Iglesias, Madrid 22 a 25 de noviembre de 1989.
- (21) Zagoria, Donald S., obra citada.
- (22) Ver *International Herald Tribune*, 19 de abril de 1991.
- (23) Esteruelas, B. Tokio-Moscú: primer paso en un largo camino, en *El País*, 21 de abril de 1991.
- (24) Ver *International Herald Tribune*, 22 de abril de 1991.

América

SALAMANCA • AÑO I • N.º 0

MORENA

IN TE GRAN DO



C. C. BETTA, A. DIAZ, A. TULLIO
J. GARCÍA, L. ACUNA, E. CALDERAL
A. FLORES, W. N. N. NOZZO

La Unión Soviética y el Africa Subsahariana: una relación inconsistente

José Carlos Lechado*

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, el continente africano ha experimentado notables transformaciones, entre las cuales figura, en un lugar no precisamente secundario, la de la penetración de la influencia soviética. Esta penetración ha sido desigual e inconstante en términos generales, y puede valorarse, a comienzos de los años noventa, como escasamente fructífera, teniendo en cuenta las oportunidades y ventajas que se le han presentado a la Unión Soviética para actuar en la región. Sin embargo, cabe señalar que, pese a la inconsistencia y el oportunismo de la política soviética en el Africa subsahariana, tal política ha proporcionado ciertos beneficios a la URSS en distintos momentos, y aun en la actualidad. En cambio, la relación con el Estado soviético no parece haber ayudado demasiado a las naciones africanas ni en su lucha por conseguir la cohesión interna tras la independencia, ni en la búsqueda de un no alineamiento capaz de desvincularlas de las antiguas metrópolis europeas y del neoimperialismo norteamericano, ni en el avance hacia el desarrollo económico y la instauración de un sistema social equilibrado.

Las relaciones entre la URSS y el Africa subsahariana hasta 1985

Antes de la década de 1950 la URSS no había tenido ningún tipo de relación con el Africa negra. Con su teoría de la construcción del socialismo en un solo país, Stalin favoreció el aislamiento de la URSS con respecto al mundo capitalista, en el que se incluía el conjunto del continente negro, sometido aún en su mayor parte a las potencias europeas. Después de la segunda guerra mundial, la decadencia del imperialismo europeo y la emergencia de la URSS como superpotencia enfrentada al mundo occidental dieron lugar a la aparición de nuevas expectativas políticas para las naciones africanas deseosas de acceder a la independencia.

A lo largo de todo el período que analizamos, la URSS ha contado con importantes ventajas en la competición mundial entablada con los Estados Unidos en las sucesivas guerras frías. En primer lugar, los soviéticos apoyaron claramente el proceso general de descolonización, llegando a sustentar a movimientos de liberación, no sólo de orientación socialista, sino también de carácter puramente nacionalista e incluso dictatorial, siempre que se definieran como antiimperialistas (baste recordar el apoyo

* Historiador. Colaborador del Centro de Estudios de Países del Este.

militar a los gobiernos de Macías Nguema en Guinea Ecuatorial o Idi Amin en Uganda). Además, la URSS ofreció un modelo creíble de organización social no capitalista y de desarrollo económico rápido que podía resultar atractivo para las naciones africanas que afrontaban el reto de la descolonización y la modernización de sus sociedades.

Pese a estas ventajas de partida, es evidente que la URSS nunca se volcó hasta las últimas consecuencias en su expansión en África. El continente negro no se incluyó nunca en las prioridades estratégicas globales de la URSS, cuyo grado de compromiso se limitó a mantener una presencia más o menos permanente, pero sin forzar las tensiones con los países aliados de Occidente de forma que pudiera provocarse una confrontación abierta entre los bloques. La actitud soviética ha sido, en general, pragmática y oportunista, en el sentido de que ha procurado la obtención de ganancias coyunturales e inmediatas cuando se han presentado las oportunidades. Pese a ello, es posible indicar una serie de objetivos generales en la política africana de la URSS; a saber: el reforzamiento de sus posiciones en la zona del Próximo Oriente, incluyendo en esta región Egipto y el Cuerno de África; el acceso al mar Rojo desde el Mediterráneo y la comunicación con la flota del océano Índico, para lo cual también son importantes los países del Cuerno de África; la realización de operaciones comerciales, mediante la concesión de créditos y la venta de armas u otros productos a cambio de materias primas, según un modelo claramente neocolonial; la lucha contra la extensión de los movimientos maoístas, desde 1958; y la expansión de la influencia política en el África meridional, de cara a controlar las importantes rutas del océano Índico y el Atlántico sur.

A finales de la década de 1950 y en los primeros años de la de 1960, en los comienzos del proceso de descolonización, Jrushov volcó su apoyo sobre los gobiernos radicales o socializantes de Guinea (1959), Ghana (1960) y Malí (1960), al tiempo que se ofrecía ayuda a los movimientos de liberación de otros países. La URSS estaba interesada sobre todo en obtener una ruta aérea segura hacia Cuba, cruzando el Sahara y contando con escalas en Bamako (Malí) y Conakry (Guinea); esta última ciudad serviría además como puerto principal para la flota soviética del Atlántico occidental. Como justificación ideológica de esta primera penetración se lanzó la teoría del "contra-imperialismo", que propugnaba el apoyo a los estados y movimientos antiimperialistas en virtud de métodos de vinculación económica y política similares a los empleados por las potencias capitalistas.

A lo largo de los años sesenta, Guinea, Ghana y Malí se apartaron de la esfera de influencia soviética (en 1961, 1966 y 1968, respectivamente). Los dirigentes e ideólogos soviéticos de los primeros años de la época de Brezhnev cuestionaron entonces la importancia del Tercer Mundo para los intereses estratégicos soviéticos, y de hecho la URSS redujo los recursos destinados a los países subdesarrollados. El esfuerzo soviético en África se centró en el apoyo a países importantes, desde el punto de vista económico y político, independientemente de su orientación ideológica. Ese fue el caso, por ejemplo, de Nigeria, a cuyo gobierno la URSS ofreció apoyo diplomático y militar en la guerra de Biafra (1967-1970). Sin embargo, los soviéticos aprovecharon, aunque de forma más bien efímera, la aparición de nuevos regímenes de orientación radical o socialista, como fueron el Congo (1968-1980), Sudán (1969-1971), Somalia (1969-1977) y nuevamente Guinea (1971-1977). El interés por Sudán y Somalia se derivaba de su situación en el Cuerno de África, lo que permitió a la URSS, por vez primera, contar con facilidades portuarias en el mar Rojo. En Somalia, además, los soviéticos consiguieron apartar la amenaza de la penetración china, ya que aquel país había recurrido a Pekín antes de solicitar la ayuda soviética.

Sin embargo, el compromiso soviético con estos países nunca llegó a ser muy intenso, y de hecho la causa "comunista" apenas arraigó en los reducidos grupos políticos que ocuparon transitoriamente el poder y que al cabo terminaron perdiendo la confianza en la URSS. En los primeros años de la década de los setenta, ante el retro-

ceso de la influencia soviética en África (incluyendo el Egipto de Nasser, vinculado a la zona geopolítica de Oriente Medio), las potencias occidentales llegaron a creer que los objetivos políticos y económicos de la URSS en el continente se habían moderado y habían adquirido un carácter más pragmático y realista. Una serie de acontecimientos modificó la situación desde mediados de la década.

La experiencia de la política en el Tercer Mundo indicó a los teóricos del marxismo oficial soviético la necesidad de replantear la definición de los países en vías de desarrollo sobre los que se podía actuar. Así, apareció el concepto de "estados de orientación socialista", aplicado a gobiernos que aún no eran socialistas pero que habían establecido las bases para realizar la transición. A mediados de los años setenta eran once los países del África negra considerados como estados de orientación socialista: Angola, Benin, Cabo Verde, Congo, Etiopía, Guinea, Guinea-Bissau, Madagascar, Mozambique, São Tomé y Príncipe, y Tanzania. El apoyo a una vía de desarrollo no capitalista en estos países debía ser el núcleo de la política soviética en el continente, objetivo que, como veremos, no se cumplió en ningún caso.

La independencia de las colonias portuguesas de Angola y Mozambique en 1975 marcó el inicio del nuevo período de expansión de la influencia soviética en África. Al principio, la URSS se limitó a aprovechar las oportunidades que se le brindaban, en un momento en que podía percibirse una menor agresividad en la proyección militar y económica de los Estados Unidos en el Tercer Mundo, y como medio para contrarrestar la ofensiva del maoísmo como modelo revolucionario. La parte meridional del continente y el Cuerno de África fueron los puntos centrales y más constantes del interés soviético. De hecho, a mediados de la década de 1980 casi la mitad de los países considerados como posibles objetivos de la política soviética (Cabo Verde, Guinea, Guinea-Bissau, Madagascar y São Tomé y Príncipe), habían mitigado su "orientación socialista", y sólo tres, Angola, Mozambique y Etiopía, habían establecido gobiernos de tendencia marxista o, más bien, prosoviética.

En términos generales, la implicación soviética en el sur de África fue, entre 1975 y 1985, constante pero sin llegar a las últimas consecuencias. En Angola, la URSS mantuvo desde 1961 unas relaciones intermitentes con el MPLA (Movimiento Popular para la Liberación de Angola), frente al FLNA (Frente Nacional de Liberación de Angola) y UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola), apoyados por los Estados Unidos y Sudáfrica. Tras la independencia, en 1975, la iniciativa de apoyo al gobierno del MPLA partió más bien de Cuba, que aportó un importante contingente de tropas a las fuerzas gubernamentales. La ayuda soviética se materializó en forma de asesores militares y de considerables partidas de armamento; la URSS no llegó a trasladar, sin embargo, tropas, ni tampoco disfrutó de bases aéreas o navales permanentes. El objetivo soviético en Angola pareció limitarse a mantener una influencia en el gobierno, proporcionar apoyo logístico a las fuerzas cubanas y preservar el acceso a puertos y aeropuertos. Sin embargo, esta moderada actuación, complementada con el apoyo de la URSS al gobierno del FRELIMO (Frente para la Liberación de Mozambique), al Congreso Nacional Africano (ANC, African National Congress) en Sudáfrica y la SWAPO (Southwest Africa People's Organization) en Namibia, provocó una importante reacción en el gobierno norteamericano, cuya primera medida consistió en fortalecer sus vínculos con el gobierno racista de Pretoria e incrementar las ayudas al FLNA y a UNITA.

En Mozambique, la implicación soviética fue menor, y el gobierno del FRELIMO supo mantener un mayor grado de no alineamiento que el del gobierno angoleño, sobre todo a medida que se comprobó, a partir de 1980, que la ayuda soviética era poco decidida en la lucha contra la RENAMO (Resistencia Nacional de Mozambique), financiada por Sudáfrica.

En el Cuerno de África se hicieron sentir con una nitidez mucho mayor los intereses soviéticos. La decisión de apoyar a Etiopía en 1977 frente a Somalia, cuyo gobierno había sido un importante aliado de la URSS hasta ese momento, constituyó un

giro radical justificado por un solo motivo: el reforzamiento de los objetivos estratégicos de la URSS en el mar Rojo. Aunque la flota soviética contaba con facilidades portuarias en Somalia, este país no poseía ningún puerto profundo, como los de Massaba y Assab en Etiopía. El apoyo militar al gobierno de este último país en la lucha contra Somalia y frente a las guerrillas de Ogadén, Tigré y Eritrea fue muy intenso, y se vio complementado, como en Angola, con la aportación de tropas cubanas. El despliegue naval soviético en el mar Rojo y el golfo de Adén fue espectacular, y en los primeros años de la década de 1980 la URSS construyó una importante instalación naval en las islas Dahlak, destinada al mantenimiento y abastecimiento del escuadrón del océano Índico.

La llegada de Ronald Reagan a la presidencia de los Estados Unidos en 1981 inició una etapa de contraofensiva —sus primeras manifestaciones se habían hecho notar ya en tiempos de Carter— por parte de este país que pronto puso en evidencia la debilidad de la Unión Soviética en el mantenimiento de su influencia sobre los regímenes radicales del Tercer Mundo. Estos, enfrentados a los movimientos guerrilleros anticomunistas que propugnaba la doctrina Reagan, sufrieron un progresivo debilitamiento, especialmente en el aspecto económico, no paliado por un adecuado respaldo de la URSS. De este modo, a mediados de la década de 1980 se podía apreciar una tendencia generalizada hacia el acercamiento diplomático y económico a Occidente, tanto por parte de los gobiernos africanos de orientación socialista, como por los estados no socialistas que habían mantenido buenas relaciones con la URSS.

Angola inició contactos con el gobierno norteamericano en 1983, y en abril de 1984 firmó el acuerdo de Lusaka con Sudáfrica en lo que constituyó un primer intento de búsqueda negociada de una solución a los conflictos entre ambos países y al contencioso de Namibia. Por su parte, en los años ochenta, Mozambique inició un giro aún más intenso en busca de ayudas occidentales. Además de ingresar en el Banco Mundial y adherirse a los acuerdos de Lomé, el gobierno mozambiqueño recibió ayudas económicas muy importantes de los Estados Unidos desde 1983; a partir del año siguiente otorgó su apoyo a la política de Reagan en África. Ante la insuficiente ayuda soviética, el FRELIMO se vio obligado a firmar con Sudáfrica el Acuerdo de Knomati, en 1984: Mozambique dejaba de apoyar al ANC, que había mantenido bases en su territorio, a cambio de que Pretoria renunciara a financiar a la RENAMO (cosa que no hizo el gobierno sudafricano).

En Etiopía, la combinación de sequía y desorganización de la economía agraria a causa de la guerra y de la política gubernamental provocó una situación dramática de escasez de alimentos y hambre a partir de 1982. Pese a ser el más prosoviético de los gobiernos africanos, el gabinete de Mengistu Mariam se vio obligado a aceptar importantes donaciones estadounidenses de alimentos desde 1983.

Como vemos, a mediados de los años ochenta, el balance de la penetración soviética en el África negra presentaba un resultado más bien negativo. La URSS, amenazada por graves problemas económicos internos, sólo había conseguido mantener un nivel considerable de influencia en tres de los países más pobres del continente, desgarrados además por cruentas guerras civiles. El modelo soviético de desarrollo económico no había funcionado, en parte por las limitaciones de recursos (y de intereses) de la URSS y el COMECON, y en parte por la estrechez de unos planteamientos teóricos que aplicaban dogmáticamente los principios de planificación centralizada, colectivización forzosa y militarización sobre unas sociedades que apenas habían superado la herencia del colonialismo y que mantenían aún muchas características tribales.

Aspectos económicos

La política económica de la URSS en el África negra ha estado vinculada a los intereses políticos de extensión de influencia en el continente, y a criterios puramente

comerciales, en competencia con las potencias capitalistas. Ciertamente, el comercio soviético con los países africanos ha sido muy modesto en comparación con el que han mantenido los países capitalistas (el 70% del comercio africano se realiza con Europa) (1).

Pese a los planteamientos de la teoría oficial soviética, según los cuales la miseria de África tiene su origen en la herencia colonial y en las prácticas neocoloniales de los Estados Unidos y las antiguas metrópolis, lo cierto es que la URSS ha mantenido un tipo de comercio que ha contribuido a reforzar la especialización en la producción de materias primas. Así pues, la política comercial soviética ha reproducido el modelo colonial, pero con una capacidad mucho menor que la de las potencias occidentales a la hora de exportar productos industriales de calidad, exceptuadas las armas.

En el capítulo de las importaciones, la URSS adquiere principalmente materias primas alimentarias y minerales en el África subsahariana. En lo que respecta a los productos alimenticios, éstos representan el 80% del total de importaciones, y se obtienen de cualquiera de los países africanos, según los precios de cada momento. El cacao es el principal producto objeto de comercio, seguido del café y diversos frutos tropicales. Los proveedores han sido, alternativamente, Ghana, Nigeria, Costa de Marfil y Camerún (Ghana y Nigeria hasta 1975, predominio de Nigeria en 1974-1975, Ghana de nuevo entre 1976 y 1980, junto con Camerún de 1976 a 1977, y Costa de Marfil desde 1982). (2)

Los minerales constituyen el 15% de las importaciones soviéticas en África. La bauxita del Congo, en primer lugar, seguida de los metales no féreos de Mozambique y de diversos minerales del Congo y Malí, han sido hasta la década de 1980 los principales focos de atracción para la URSS. A diferencia de lo que sucede con las importaciones de materias primas alimentarias, que se han correspondido con relaciones estrictamente comerciales, la compra de minerales se ha vinculado al pago de las ayudas por parte de los países proveedores. Así, la compra de bauxita a Guinea se realizó mediante un crédito destinado a financiar las instalaciones de extracción y transporte del mineral. En general, las importaciones soviéticas se basan en las necesidades de materias primas que tiene la URSS, lo cual ha contribuido a reforzar la especialización colonial en los países africanos productores.

Las exportaciones soviéticas están compuestas principalmente por maquinaria, equipos y armamento, aunque también es importante la venta de ciertos productos alimenticios, sobre todo pescado, que se entrega en virtud de acuerdos de pesca en las aguas territoriales de diversos países africanos. Estas exportaciones se hallan determinadas generalmente por los excedentes de la planificación económica soviética, por lo que se hallan sujetas a notables fluctuaciones. La venta de armas constituye un caso especial, por cuanto su producción en la URSS goza de ciertos privilegios con respecto a la de otros sectores industriales, de tal manera que el producto es competitivo en el mercado internacional. De hecho, la URSS recibe importantes ingresos por concepto de exportación de armas a diversos países de todo el mundo, y con frecuencia vincula esa exportación con los programas de ayuda. En este sentido, la superproducción de armas ha desempeñado un papel primordial en la penetración soviética en África, siempre en el marco de la competición con los Estados Unidos. Ambas superpotencias han inundado de armas el continente, y han proporcionado instrucción militar a gobiernos y a movimientos guerrilleros, lo cual ha contribuido a multiplicar el nivel de conflictividad bélica, originando devastaciones y desorganización económica. En el caso de la URSS, la venta de armas constituyó las dos terceras partes de la ayuda al desarrollo destinada a países africanos en la década de 1970 y comienzos de la de 1980. (3)

La cooperación económica, vinculada siempre a la política de exportación, ha conocido varias fases en la historia de las relaciones afrosoviéticas. En la época de Jrushov, de 1959 a 1965, aproximadamente, la URSS realizó un gran esfuerzo en la con-

cesión de créditos (el 45% del total en el período comprendido entre 1951 y 1981)(4). Ghana, Guinea, Malí, Congo, Etiopía, Kenia, Uganda, Sierra Leona, Somalia y Senegal fueron los principales destinatarios de estos créditos, que pretendían lograr la sustitución de las antiguas metrópolis por la URSS en la cooperación económica. Los créditos se concedían a cualquier gobierno que los pidiera, y solían vincularse a proyectos de pretendido prestigio, como la construcción de grandes hoteles y hospitales.

Entre 1965 y 1975 los créditos disminuyeron en volumen y se limitaron a ciertos países. La ayuda a los países africanos se realizó sobre bases más pragmáticas, y los proyectos de cooperación se orientaron principalmente a la explotación minera (sobre todo en Guinea, pero también en Mozambique, Angola, Cabo Verde, Kenia, Burundi y otros países).

Entre 1975 y 1980 la mayor parte de la ayuda soviética se dirigió a países de orientación socialista o a otros estados que, como Guinea hasta 1977 o Malí después de esa fecha, se mostraron dispuestos a proporcionar a los soviéticos acceso a puertos y aeropuertos. A lo largo de los años ochenta, la URSS intentó buscar nuevas formas de cooperación, participando incluso en proyectos occidentales, como la construcción de un oleoducto en Nigeria y la instalación de industrias textiles en Etiopía. (5)

Otras formas subsidiarias de cooperación han sido la asistencia económica a los países de orientación socialista, sobre todo Angola, y la formación de cuadros técnicos y políticos mediante la concesión de becas de estudio a numerosos jóvenes de diversos países africanos; este hecho ha sido presentado como compensación por el escaso volumen relativo de los créditos soviéticos.

En comparación con los países occidentales, la ayuda económica soviética ha sido mínima. Desde 1959 a 1988, la URSS aportó menos de 5.000 millones de dólares en concepto de ayuda, mientras que Occidente otorgó 100.000 millones (6). Sin embargo, lo importante no es tanto el volumen de la ayuda, sino su fracaso. Ciertamente es que la ayuda occidental tampoco ha contribuido, muy al contrario, a paliar la situación de pobreza y dependencia económica del continente, agravada en la década de 1980; con todo, en el caso de los países de orientación prosoviética, el desarrollo se ha visto frenado, además, por el mantenimiento de gobiernos burocráticos corrompidos que han puesto en práctica desastrosos sistemas de planificación económica centralizada y han mantenido gravosas guerras —unas veces por libre elección, otras por efecto de agresiones externas— gracias al abundante armamento proporcionado por la URSS.

Por sus condiciones específicas, muchos países del África negra han presentado y aún presentan posibilidades de creación de sistemas de carácter socialista y democrático. La vía hacia un desarrollo económico que, ni capitalista ni burocrático, se base en fórmulas creativas de cooperación laboral y control social de los medios de producción, es todavía posible, en África y en otras zonas del mundo. La penetración soviética no ha constituido un modelo nuevo de desarrollo frente al del neocolonialismo, sino el mismo modelo, con peculiaridades, sólo que mucho menos eficaz.

Cambios y perspectivas en la era de Gorbachov

A partir de 1985, los objetivos generales de la política soviética en el África negra y en el conjunto del mundo subdesarrollado, planteados en la época final de Brezhnev, han experimentado un nítido retroceso, en coincidencia con la desvalorización progresiva que afectó al continente en su posición internacional, tanto en el aspecto económico como en el político. Varios procesos económicos de escala mundial han contribuido a esta desvalorización: la caída de los precios del petróleo y el descenso paralelo de los de las materias primas tropicales, la aceleración de los procedimientos de sustitución tecnológica de las materias primas minerales, la desviación del co-

mercio internacional en beneficio de Asia, el crecimiento de la deuda y la lentitud con que se han puesto en práctica las reformas económicas en muchos países africanos han contribuido a marginar al continente de los flujos principales de la economía mundial.

En este contexto, la dirección gorbachoviana ha desarrollado con respecto a las relaciones URSS-Africa, una nueva teoría cuyos puntos fundamentales son: el mantenimiento de la influencia en la época precedente, el abandono de políticas de confrontación y la búsqueda de soluciones negociadas a los conflictos, la conciencia de la incapacidad para impulsar el desarrollo en países africanos, y la ampliación de relaciones comerciales, especialmente con los estados más importantes desde el punto de vista geopolítico.

Las primeras posiciones críticas con respecto a la política soviética en el Tercer Mundo aparecieron en la URSS en los últimos tiempos de Brezhnev. No sólo se empezó a considerar la incapacidad de los países subdesarrollados para construir el socialismo, sino que se apuntó la idea de reforzar los vínculos con los países más importantes del Tercer Mundo, aunque pertenecieran a la esfera de influencia capitalista. Estos planteamientos tuvieron eco en el XXVII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado en 1986, en el que se presentó una nueva orientación, más política y económica que militar, en las relaciones con el Tercer Mundo. El tipo de vinculación mantenido con la India se presentó como un modelo imitable, y la práctica política del gobierno de Gorbachov confirmó en gran medida la nueva teoría soviética. Veamos los ejemplos más significativos.

En Sudán, la URSS se mostró reacia a ofrecer un apoyo abierto al régimen surgido tras el golpe de Estado de 1985. El primer ministro sudanés, Sakek al-Mahdí, ni siquiera fue recibido por Gorbachov cuando acudió a Moscú en agosto de 1986. Los problemas económicos y sociales del país africano eran demasiado graves como para comprometerse en su ayuda. Con respecto a Zimbabwe, el gobierno soviético propició la mejora de las relaciones y la puesta en práctica de proyectos de cooperación; en este caso, la URSS estaba interesada en la posición geopolítica del país, cuyo presidente, Robert Mugabe, lo era también del Movimiento de Países No Alineados.

Las relaciones han mejorado asimismo con otros estados no socialistas del Africa negra, entre los que figuran Liberia, Nigeria (país de gran importancia económica y política) y Tanzania. Además, la URSS mantiene relaciones amistosas con Benín, Botswana, Burundi, Cabo Verde, Congo, Ghana, Guinea-Bissau, Madagascar, Malí, São Tomé y Príncipe, Seychelles, Sierra Leona, Uganda y Zambia. Aunque la venta de armas es un importante vínculo económico de la URSS con la mayoría de estos países, el grueso de aquellas (dos tercios del total) se envían a dos de los tres estados que constituyen la esfera de influencia soviética en el continente: Angola y Etiopía (7).

El gobierno de Gorbachov ha intentado mantener el control sobre los países de orientación socialista (Angola, Mozambique y Etiopía), aunque cuando también ha fomentado su apertura hacia la ayuda económica occidental y hacia la adopción de prácticas políticas más moderadas tanto en la política interior como exterior. Así, Angola ha continuado recibiendo grandes cantidades de armas soviéticas, y después de 1985 la URSS ha ayudado al gobierno angoleño a desplegar dos ofensivas contra UNITA en el sur del país. Sin embargo, el gobierno soviético ha fomentado también, desde 1988, la apertura de negociaciones entre Angola, Cuba, Sudafrica y los Estados Unidos. Estas negociaciones han abocado en la retirada de las fuerzas cubanas y en la independencia de Namibia, efectuada en 1990. En noviembre del año anterior, las tropas sudafricanas se habían retirado del país, donde habían permanecido desde 1915.

En Mozambique, la evolución hacia el no alineamiento y el acercamiento a Occidente (incluyendo importantes ayudas económicas) no han impedido, sin embargo, el mantenimiento de unos fuertes vínculos con la URSS, aunque tales vínculos se limitan cada vez más al campo de la asistencia militar.

Etiopía sigue siendo el principal y más adicto aliado de la URSS en África. Es el único país del continente en el que se ha establecido un sistema socialista de corte soviético, y el único que mantiene fuerzas soviéticas y cubanas en su territorio. No obstante, también en este caso el gobierno de Gorbachov ha propiciado los contactos entre el gobierno y la guerrilla eritrea desde septiembre de 1989, y parece ser que ha intentando presionar sobre el gobierno de Mengistu para que modere sus posiciones radicales. El propio Mengistu, ante la escasez de las ayudas económicas soviéticas, ha aceptado la donación de alimentos procedentes de los Estados Unidos y ha afirmado en alguna ocasión su deseo de mejorar las relaciones con este último país. (8)

Con respecto a Sudáfrica y el ANC, Gorbachov ha preferido fomentar la negociación frente a la lucha armada. La URSS ha seguido suministrando armas al ANC, pero, paradójicamente, ha mostrado su oposición a los actos terroristas. Parece como si ahora se apoyara la lucha armada no ya para promover una revolución negra en Sudáfrica, sino para presionar sobre el gobierno de minoría blanca de manera que éste acepte el compromiso de respetar los derechos de todas las partes, según el modelo de Zimbabwe.

La desaparición de la URSS como modelo económico y político para los estados subdesarrollados y como fuente de apoyo militar a los movimientos de liberación plantea una perspectiva incierta para los pueblos de África y, en general, del Tercer Mundo. ¿Es que sólo existe ya la vía hacia el capitalismo (es decir, hacia la dependencia neocolonial)? Aunque el modelo soviético ya no sirve, ni siquiera en la propia URSS, las situaciones de explotación y opresión en el Tercer Mundo no van a desaparecer, como tampoco se van a acabar las luchas sociales. Por primera vez se presenta la posibilidad de que surjan movimientos políticos autónomos, y de que los pueblos africanos encuentren en sus propias raíces los fundamentos de unos sistemas sociales capaces de desarrollar los valores de independencia económica, democracia política e igualdad social.

NOTAS

- (1) Alejandro V. Lorca, "La URSS en el Tercer Mundo. El caso de África" en *ICE* (abril de 1989), pág. 92.
- (2) Marie Lavigne, *Les Relations Est-Sud* (Economica, París, 1986), pág. 265.
- (3) Lorca, *op. cit.*, pág. 93.
- (4) Marie Lavigne, *op. cit.*, pág. 267.
- (5) Lorca, *op. cit.*, pág. 92.
- (6) *GIST* (Harriet Culley, marzo 1988).
- (7) *The Defense Monitor* (Center for Defense Information, Washington, D.C., 1986) pág. 15.
- (8) *GIST*, *op. cit.*

La URSS al Norte, Cuba al Sur (Del modelo de relación)

Pablo Carbajosa

Dependencia e independencia, acaso en este orden, son los términos menos casuales, por inalienables, de la historia cubana del último siglo, desde antes de la liberación del opresivo, a más de ineficaz, yugo hispano-colonial. Desde entonces, y en cada uno de los dos tránsitos políticos siguientes —el 98 y la República, primero, y la Revolución, después— que acarrearón un cambio de régimen lo suficientemente substancial, la independencia política del país no hizo sino fortalecerse, y ésta es una declaración lo bastante explícita sobre el actual estado de cosas en la isla como para distraerse de su posible veracidad histórica. La razón no es otra, por dar vuelta a la moneda, que el extraño, a la vez que clásico cariz de sus relaciones de dependencia, relaciones que siempre han terminado por ir más allá de sí mismas, más estrechas que estrictas, unas veces, no menos estrictas otras, pero siempre paradójicas, cuando no de excepción, incluso para el común latinoamericano. No es tan sólo que Cuba haya vivido en el lapso de unos sesenta años bajo la sucesiva supervisión de las dos potencias de las que Tocqueville había profetizado estaban destinadas a dominar el mundo (y sólo una política de orden mundial como la inaugurada por la guerra fría fue capaz de contrarrestar el fatalismo geográfico más que evidente). Con un retraso notorio sobre las otras colonias de la Corona española, tras una larguísima guerra, Cuba accedió a la independencia con una distinguida ventaja político-intelectual, por poco que le valiera en su momento. Presa privilegiada, junto a Méjico, del anexionismo decimonónico norteamericano (del que Puerto Rico sería un ejemplo incompleto pero muy ilustrativo) y testigo cercano de la emergencia de su poder imperial, Cuba disponía de una base teórica, sin descuidar la acción (al fin y al cabo, Martí había muerto en combate) nacional y antiimperialista, cuando no protosocialista, que podía aplicarse sin solución de continuidad a los Estados Unidos, mucho antes de Sandino y de Mariátegui.

Y, sin embargo, si algo ha continuado, desde el “protectorado” norteamericano hasta el “primer Estado socialista” de las Américas, es, su dependencia casi exclusiva de una gran potencia como garante último de su status quo, de su identificación ideológica, incluso de la “extroversión” (1) de su economía. Es esto lo que está próximo a terminar. En el mundo contemporáneo, la palabra es *interdependencia global*. Lejos de coincidir con la ansiada diversificación de socios comerciales deseada desde hace tiempo por los cubanos, interdependencia quiere decir sometimiento a la mortífera competencia del mercado mundial —en la que hasta la maltrecha economía norteamericana va perdiendo pie—, reestructuración interna distante años luz de cualquier viso igualitarista y remisión al limbo nebuloso

del pasado de toda prioridad ideológica y algunas de las geopolíticas, tanto más si caen en el campo de la potencia con mucho peor librada en la guerra fría. Se entiende, por lo mismo, que algo toca a su fin. Pero no menos importante es el hecho, como bien mostró la intervención en Panamá, de que aunque los EE.UU. deseen restaurar su hegemonía político-militar en la mayor de las Antillas, nadie podría restaurar el carácter de la dependencia económica, ni siquiera en los habituales términos de extorsión, con la seguridad que, conllevaba, por ejemplo, para la sacarocracia cubana. Por no poder, no podría ésta ni aspirar a una mínima restitución de las cuotas azucareras habida cuenta, sin ir más lejos, del estado de los mercados agrícolas norteamericanos.

Pero, puesto que hablamos de un final, ¿qué es lo que termina aquí? Disponiendo de un cómodo período cronológico para hablar de relaciones cubano-soviéticas efectivas (2) (30 años, a fechar desde la visita de Anastas Mikoyan a La Habana en febrero de 1960, o del encuentro entre Jrushev y Fidel Castro en las Naciones Unidas, en septiembre del mismo año) hay dos razones principales para tratarlas con cierta novedad. Ambas son consecuencia del precario final de la guerra fría y del lastimoso estado actual de la Unión Soviética. La primera es que ésta ha comenzado a llevar una deliberada voluntad de encontrar la forma de entendimiento. La segunda, que ese final permitirá a los historiadores reconsiderar dos acontecimientos capitales. Los dos bastarían para caracterizar la importancia de Cuba bastante más allá de la cuestión no de su baladí pervivencia o su régimen: por Cuba se produjo la mayor alarma nuclear conocida, y fue Cuba la que intervino, vicaria y comprometidamente en un tercer continente, África, como aliada militar de la URSS.

En lo que sigue no pretendemos más que algunos apuntes tan breves como generales sobre la historia y el destino de esta relación.

Un tercio de siglo

30 años de relaciones significan entre otras cosas, como poco más de 30 años de revolución, que un tercio de la historia de la Cuba independiente ha transcurrido ya bajo el socialismo y al amparo del régimen soviético. Ninguna otra revolución triunfante, ningún otro modelo de independencia nacional ha sobrevivido entretanto en América Latina. El amargo recordatorio de las elecciones nicaragüenses, por imposible que sea la comparación, no deja de traerlo a la mente, en especial en función de las variadas formas de agresión. De las tres principales empleadas contra Cuba —intervención abierta, intervención encubierta y bloqueo comercial, la última y mayor de las cuales aún no ha cesado— sólo la primera fue afrontada prácticamente en solitario por los revolucionarios. Y aún así, la desastrada invasión de Bahía de Cochinos prometía ser la penúltima. Sólo con una crisis nuclear de envergadura de por medio llegaron a obtenerse garantías suficientes de no agresión directa. Ello constituyó uno de los pocos beneficios marginales obtenidos por los soviéticos. Beneficio marginal al cabo, pues mientras les imponía a los ojos de la opinión procastrista el mantenimiento del régimen, no dejaba de señalar de forma hiriente, los límites de su estrategia atómica.

A la altura de 1962, tempranamente en el curso de la revolución, las reglas fundamentales del juego entre aliados y contendientes ya se habían fijado. Permitirían, por ejemplo, que el contingente militar norteamericano en Cuba durante todo el período de la revolución fuera superior al de los soviéticos, paradoja menor que recibe el nombre de base de Guantánamo. Permitirían sobre todo la paradoja mayor de una Cuba socialista en el Caribe o, lo que era lo mismo, de una relación de dependencia entre Cuba y la URSS en la que el socio menor disponía de una libertad de movimientos mucho más considerable. En palabras de Jonathan Steele, una lección de la crisis de los misiles para Moscú "fue que la relación entre patrón y cliente en los

asuntos internacionales son enormemente complicadas. Un país poderoso no puede simplemente ordenar a un aliado más débil que haga su voluntad, en particular cuando el aliado más débil decide tomar una línea militante en lo internacional. La necesidad de proclamar que la alianza se basa en un acuerdo entre iguales, a pesar de todas las evidencias en contrario, puede hacer necesario que el socio más importante tenga que tolerar los antojos del más débil" (3). Las consecuencias estaban claras. En cita de Valkenier: "Dada la tendencia a contemplar las relaciones EEUU-URSS como un enfriamiento con un empate a cero, en el que cualquier logro de una de las partes es juzgado como una pérdida para la otra, Washington nunca se ha tomado a la ligera la identificación de Moscú con el radicalismo del Tercer Mundo. Por el contrario, ha visto en esta identificación un serio obstáculo a la mejora de relaciones" (4). Estas interpretaciones son ampliamente conocidas. Nos interesa en cambio recalcar un aspecto lateral mucho más espinoso: la necesidad de establecer de forma decisiva el comportamiento de Fidel Castro y la dirección cubana durante la crisis, ante la aparición cada vez más frecuente de documentos (5) que indican su intención de alentar un ataque o respuesta nuclear, lo que le colocaría cerca de algunos insensatos pronunciamientos de la época provenientes del lado socialista (6).

En lo que respecta a la peripecia africana, no ha debido pasar desapercibido a los respectivos dirigentes el hecho de que las tropas soviéticas se hayan retirado derrotadas de Afganistán, mientras las cubanas han resultado bastante mejor libradas en el duelo con Sudáfrica y las guerrillas pronorteamericanas, cualquiera que sea la significación que esto tenga. La legitimación o deslegitimación que se ha transmitido de los soldados a la población civil ha resultado sin duda más crucial que la pérdida o ganancia estratégica, en ambos casos todavía por decidir. La correspondencia del esfuerzo militar y humano de Cuba en el sur de Africa —llegó a encontrarse presente, en cantidades muy variables, en 17 países del continente (7)— con su interés político en los regímenes amigos de la zona ha terminado por contrastar abruptamente con el de los soviéticos, tanto más cuanto que no se ha alterado en lo esencial (con la excepción de Namibia) el mapa político de la región. Para los cubanos, eso puede considerarse un éxito desde la óptica de la defensa de los países a los que se ayudaba con la intervención. Pero al retratar fehacientemente el atemperamiento del interés soviético, en una zona alejada para ellos de otros centros reales de la política mundial (como, por ejemplo, Oriente Medio) también describe la soledad de las esperanzas cubanas depositadas en algunos de los lugares más castigados del continente más pobre y aislado de la Tierra (8).

Los réditos de una relación

Volviendo atrás en el tiempo, no nos sorprende comprobar que la mayor parte del lapso temporal de la Cuba revolucionaria transcurriera bajo la égida de Brezhnev, única era de la política soviética que el país americano ha vivido completa. Si la época, primera para Cuba y final para la URSS, de Jruschev y la por ahora inacabada de Gorbachov han venido a durar cerca de un lustro, los años de Brezhnev, cerca de una veintena, fueron suficientes para encarrilar a Cuba en las organizaciones y parámetros del bloque socialista. No es extraño que el cambio de paradigma para la dirigencia soviética ha tenido un chivo expiatorio bien que real, a quien imputar los males que han hecho reclamar la reestructuración. La etapa de "veleidades" internacionalistas, tal como se veían desde Moscú, consistente en "triangular" la tirantez con la URSS haciendo entrar en juego a China, como si no fuera bastante cuña triangular la que suponía Cuba para los proyectos de distensión con los EEUU., terminó algo después de la invasión de Checoslovaquia. Lo importante es que data de entonces la invocación de Fidel Castro a la doctrina de la "soberanía limitada" como renovación de las garantías soviéticas sobre la isla. Por suerte para el Kremlin, éstas no han tenido que ser puestas a prueba de nuevo. Recuérdese que las críticas a la invasión se habían centrado en el método empleado y en que la apli-

cación en la defensa del socialismo debía hacerse extensiva al Vietnam (donde hubo ocasión de apreciar la doble moral soviética a la hora de buscar la distensión con los EEUU). Hasta el reciente entierro del credo brezhneviano, 1968 fue la expresión más elocuente de que la dependencia de la URSS significaba para Cuba, la independencia de los EEUU.. Por contraposición, sólo unos meses antes del mismo año, en la primavera, y con motivo de la firma del protocolo comercial con la URSS, Fidel Castro se manifestaba de una forma que sólo veinte años más tarde encontraría merecido eco, hablando de la dependencia económica como de un arma que proporcionaba por sí misma la tentación de usarla(9).

Que no cambiara la naturaleza del intercambio, aunque lo hiciera su magnitud. Esa era la base de la concertación. El carácter excepcional de la trama de sus relaciones no debía empañar la apariencia más que estable de la revolución y su principal alianza (y a la espera de cambios políticos, de Cuba siempre se ha minusvalorado la estabilidad). Entre todas las naciones del Tercer Mundo (que Cuba aspiraba paradójicamente a liderar en lo posible por medio de los no alineados) no la había más concordante con los designios, que no con los dictados, de la Unión Soviética.

Este proceso, inexorablemente dirigido a compartir las ventajas de la organización común o similar del Estado, el Partido y el Ejército, tenía otra añadida para la URSS. La eficiencia cubana en el campo sanitario y educativo y de la alimentación, la politización intensiva de la población y el éxito en la formación de cuadros técnicos, científicos y militares daba a entender que los dispendios soviéticos no iban siempre a caer en saco roto en el Tercer Mundo. Sin el despotismo otrora ejercido por los norteamericanos al regir el país, la autonomía cubana llegaba en algunos casos a ser involuntariamente impelida por los EE.UU., al impedir un despliegue militar soviético considerable como medida preventiva de una coyuntura crítica como la del 62. La consecuencia de situaciones de este tenor era doble. Por un lado, ha resultado tradicionalmente difícil estimar cuál ha sido el poder real ejercido por la URSS, más allá de los límites medianamente conocidos y de las convenciones políticas. Por otra, convertía a Cuba, que había sido en principio una pura baza estratégica, en otra de orden propagandístico. Anulado en buena medida ese valor estratégico y sin compensaciones de orden económico que aliviaran esa pérdida, sino todo lo contrario, quedó establecido uno de los límites de la relación bilateral por el que ésta amenaza hoy con resquebrajarse.

Moscú nunca animó los movimientos de rebasamiento de los sistemas, lo cual hubiera sido en su caso absurdo. El cambio en las lealtades de muchos países en vías de desarrollo, igual que la defección final de los llamados países del Este, han tenido lugar con una Cuba que se afirmaba en su solidez ideológica cuyo origen estaba tanto en un nacionalismo reforzado como en la sincera creencia en las virtudes del socialismo. Con la disminución de su influencia entre los no alineados, la URSS comenzó a cancelar casi todos sus análisis anteriores. A partir de entonces, y en plenos años 80, Cuba se vio en el trance de defender las concepciones tercermundistas en el caso de la deuda, en tanto su ligazón económica con la URSS, todavía muy afianzada pero cada vez más polémica, no se podía blandir como modelo alternativo. Si Cuba tenía que atenerse al carácter particular de la relación económica para explicar sus ventajas y desajustes, la URSS pronto empezaría a apuntar algo que con el tiempo ha de cobrar una importancia cabal: que no debe esperarse, en un plazo aún por definir, que la relación de la economía cubana con la soviética sea verdaderamente tan diferente de la que ésta última mantiene con la economía mundial, lección que los cubanos han tratado de aprender por las buenas (al apostar por la diversificación de proveedores y clientes) pero que a causa de la ferocidad del orden internacional les lleva de vuelta al lugar de partida.

Retórica... ¿e ideología?

La descomposición del llamado "campo socialista", y de la propia URSS, ha acelerado en la prensa internacional y buena parte de los análisis menos rigurosos una

confusión, hace mucho presente, entre los elementos políticos, ya fueran descriptivos o meramente orientativos, y los restos de saldo del mismo marxismo como lenguaje "oficial" de los regímenes socialistas. Bien es verdad que la confusión había sido alentada hasta la perversión por las necesidades de encubrimiento de la realidad pura y simple, pero la desaparición de un público intelectual familiarizado con su terminología, y la culpabilización voluntarista en Occidente de la ideología por encima de los resultados de la realidad, entre otros factores, la han llevado al absurdo. Aquí nos interesa un tercer motivo aclaratorio de las oposiciones dialécticas entre Cuba y la URSS. Para que la perestroika no apareciera como el pragmatismo de matices frecuentemente oportunistas que estaba cerca de ser, fue necesario engalanarla con una construcción intelectual en el que, por ejemplo, la definición del concepto terminaba por convertirse en la historia de los intentos por definirlo. Añádase a ello que los receptores del mensaje eran en gran medida los interesados interlocutores del otro bloque, prestos a interferir con la aplicación de sus propias categorías. En esta tesitura, Cuba podía tan pronto convertirse en "guardián de la ortodoxia", residuo stalinista, o feudo "conservador" como en elemento "heterodoxo", mero opositor de las reformas e incluso "último bastión del Socialismo". Como sea que una recta comprensión de las formas retóricas es esencial para el entendimiento de lo sucedido en los dos o tres últimos años, incluimos una hipótesis explicativa de los mismos.

En principio, ningún rasgo personal de Fidel Castro, retratos aparte, es más conocido que el de su explosivo verbalismo. Si la naturaleza ciertamente personal del régimen es irrefutable en muchos aspectos, su capacidad manera firme por su entrelazamiento con la elaborada figura de Martí y otros caudillos cubanos, así como de sus discursos y escritos. Es hora ya de dejar de hacer jugar al castrismo un papel relevante en el marxismo teórico que nunca tuvo. La variante política representada por la revolución desde los años 60 tenía entidad propia, como para hacer que el marxismo-leninismo del régimen procediera más de los intentos de institucionalizarlo o ponerlo de acuerdo con su sintonía internacional que de ajustarse a planes trazados de antemano.

En consecuencia, las actuales consignas promovidas por la dirección cubana en estos tiempos de penuria, aun cuando mencionan al socialismo o al marxismo-leninismo, siguen siendo variaciones o versiones semiliterales, como sabe cualquier persona familiarizada con la historia, de hitos de la independencia. No es que las referencias ideológicas sean falaces; antes al contrario, dan idea del grado de radicalismo que se conserva, valga la paradoja. La apelación al internacionalismo, además, no podía por menos que explicarse en razón de una clave distinta a la utilizada con los cubanos, que lógicamente no tenía el mismo valor fuera de la isla. Es curioso comprobar, sin embargo, cómo ambas se han alternado en la relación con los soviéticos, para sugerir el cumplimiento de sus deberes de solidaridad mientras se daba idea de los límites a su presencia.

Así pues, resulta arriesgado atribuir sumariamente a Cuba una posición doctrinal por referencia a la cercanía o lejanía de un cierto patrón. Siendo como es cierto que la retórica política actúa de encubridora o impulsora de estrategias bien precisas, "la estridente oposición de Fidel Castro a la reforma tal vez sólo pueda comprenderse en el contexto más amplio de la historia cubana, y de las lecciones que los nacionalistas radicales como Fidel extraen de ella. Al igual que el rechazo de Maceo a aceptar cualquier cosa por debajo de la plena independencia, la postura de Fidel es más que simple intransigencia" (10).

La visita de Gorbachov a Cuba en la primavera de 1989 reveló precisamente el doble uso de la retórica cubana. La alternancia entre la visión particularista de la revolución sobre sí misma y la universalidad de sus presupuestos tuvo que enfrentarse a la retórica gorbachoviana de interdependencia y reforma. Por ende, mientras que la receptividad en todo el mundo al discurso de la "perestroika" la hacía estar en el can-

delero, las concepciones de Fidel Castro han perdido a buena parte de sus oyentes fuera de Cuba. De ahí que, de forma sorprendente para alguien que cree estar en su terreno, Castro eligiera el discurso de la diferencia, proclamando modestamente el derecho de Cuba a proseguir con el socialismo. En ello hay algo de acomodamiento a fin de salvar lo esencial. “Si un país socialista quiere construir el capitalismo, no podemos intervenir” afirmó, “igual que exigimos que nadie se inmiscuya en la decisión soberana de construir el socialismo por parte de cualquier país capitalista o semicapitalista, del mundo desarrollado o del mundo no desarrollado” (11). Si el país de la primera premisa es la URSS, es difícil que vaya a sostener lo segundo, por mucho que se trate de Cuba. Sería tanto como afirmar, como se hace a veces en fuentes cubanas, que la “rectificación” y la “perestroika” tienen la misma parentela ideológica. Que Castro dijera, sin embargo, “cualquier país capitalista o semicapitalista” implica que no se estaba refiriendo a Cuba, y es que el compromiso de la URSS con ésta no podrá dejarse al libre albedrío ideológico. Y, yendo más allá de la analogía, tampoco al de sistemas *diferentes*, pues, abandonando del todo la retórica, si la guerra fría ha terminado y la URSS se encamina al mercado, ¿cuáles son los intereses comunes entre Cuba y la URSS?

Una conclusión aún no llevada a efecto

En la extraña consumación de la segunda guerra fría, los destinos paralelos del más poderoso y el más débil corren ahora el riesgo de emparejarse sólo por la incertidumbre sobre su futuro. Desde muy pronto quedó claro para la revolución cubana que su porvenir estaba ligado a la bonanza del mundo socialista, y que su integración en lo que de hecho venía a ser un subsistema de la economía mundial era la única forma de insertarse con ventaja en la economía y el sistema de relaciones internacionales. Mientras tanto —y esa ha sido tal vez la matriz ideológica más fervorosa de Cuba—, se quedaba a la espera de la irrupción de un nuevo mundo representado por los tradicionalmente desheredados, los países no alineados, del Tercer Mundo, los antiimperialistas, anticolonialistas y progresistas por su experiencia histórica, pero también por una elección moral.

La paradoja, históricamente por completo inesperada, estriba en que la URSS, el factor mayor de la relación, no sólo ha abandonado su compromiso ideológico, sino que se encuentra en un estado colindante con el caos y la desintegración. Por tanto, lo que resulta para Cuba muchísimo más grave, la persistencia de relaciones privilegiadas ya no depende únicamente de la intencionalidad o falta de intenciones de la dirección soviética, sino de su escasa fiabilidad como suministrador y socio comercial, y todavía peor, de un acusado declive, totalmente incierto en un próximo futuro, de su condición de garantía política, como superpotencia, de la continuidad del socialismo en la isla. ¿Cómo no suponer tal cosa en un hemisferio hostil como el americano?. Si se hace recuento de los “mundos” que se han venido abajo en los últimos quince años, el más cercano en el tiempo por su terminación es el de la comunidad socialista europea. El segundo, el grupo de países basado en las concepciones y la operatividad política de los no alineados. El tercero en discordia, también en el Tercer Mundo, Latinoamérica, que ha quedado destruido por partida doble: las opciones revolucionarias y/o nacionalistas lo fueron durante los años 80 por medio de una combinación de aceso continuado, intervenciones sumarias y tácticas de baja intensidad. Nótese además que las acciones en Granada, Nicaragua y Panamá, pero también en El Salvador, Honduras y Guatemala, con Reagan y Bush en la Casa Blanca, han sucedido *todas ellas*, en el área geográfica más inmediata a Cuba. La crisis de la deuda ha finiquitado asimismo la posibilidad de encontrar regímenes democrático-burgueses en América Latina con los que concertar una política de intereses. El apoyo diplomático y político cubano, en el caso tal vez más extremo ideológicamente hablando,

estaba bien dispuesto incluso para aquellos países de régimen militar enfrentados por las circunstancias con los EE.UU. y otras potencias del Norte. Tal cosa se hizo evidente cuando los militares argentinos recuperaron las Malvinas por la fuerza de las armas. La contundente derrota consiguiente evitó proseguir un camino a todas luces embarazoso y curiosamente similar al de algunos avatares seguidos por los soviéticos en otras partes del mundo.

¿Debemos decir por tanto que la subsistencia del régimen no depende ya de la URSS? Parece claro al menos que el compromiso defensivo que respaldaba la disuasión nuclear no tiene ya la misma validez cuando los países socialistas fronterizos con la URSS han abandonado su condición de tales. Tampoco cabe duda de que los obstáculos para el derrocamiento del régimen de La Habana por parte de los EE.UU. están en la capacidad de autodefensa de la isla. Pero la supervivencia económica sigue tan ligada a las actividades de la Unión Soviética, que acaso haya que temer más, como señalábamos antes, su incapacidad de gestión que un abandono deliberado de sus compromisos.

Estabilidad y dependencia

Una relación tan estabilizada, pese a todo, como la mantenida entre Cuba y la URSS durante los últimos 30 años no puede desestabilizarse fácilmente, salvo por causas de fuerza mayor, que al presente, ¿existen entre los dos países? Las formas de desavenencia, más allá del celo ideológico, se rigen por la esperanza de integración por parte de la URSS en un orden en el que Cuba no tendría ninguna oportunidad. La autonomía política de la que han gozado los cubanos, la moderada intervención de la URSS en el curso interno de la revolución, pagada con creces en la afinidad ideológica, contrapuestas a la dependencia de materias primas y tecnología, constituyen la base de sustentación de la relación bilateral. El imponderable que la guiaba era que Cuba no podía ni debía caer. La tozudez de esta situación, hasta hace bien poco, era lo que hacía que muchas especulaciones sobre divergencias, que iban por delante de los hechos, terminaran por *no* confirmarse. Precisamente, sólo una variación de ese imponderable podría llevar a la modificación del socialismo en la isla. Ese es el dilema al que se enfrentan en Moscú, si es que representa un dilema. La supervivencia del modelo entraña la del modo de relación. Como empieza a saberse bien en la propia URSS, la transformación de ciertas relaciones es el paso anterior al cambio de sistema. Y en ese caso, ¿cómo habría de sentirse la Unión Soviética obligada a proseguir la tutela de Cuba cuando la imagen de la revolución cubana no goza ya, además, del predicamento que tenía?

Como consecuencia de esa revolución, Cuba cambió una superpotencia por otra, un asfixiante patrón de dependencia por otro considerablemente menos gravoso. La revolución, claro está, fue previa al establecimiento de relaciones plenas de cooperación con la URSS. Es dudoso que el camino se desande ahora a la inversa. No obstante, la relación ha tenido mucho de triangular, al desempeñar los EE.UU. el papel de "parte ausente". Es cosa frecuentemente observada en los últimos tiempos que los EE.UU. no disponen siquiera de una política de recambio en sus posiciones frente a Cuba. Por el contrario, las declaraciones más recientes del Presidente Bush sobre el particular hacen entrar en juego a la URSS, colocándola en una disyuntiva hartamente incómoda, tal y como se explicitó en la cumbre de los siete grandes en Huston: la URSS no debe esperar ayuda económica occidental en tanto siga suministrando la suya propia a Cuba. La reparación de la *pax monroviiana* (12) continúa siendo el objetivo final de la política de Washington en la zona. La novedad estriba en forzar a la URSS a reparar el orden anterior a 1959. Como afirma Janette Habel: "dado que la región no representa, según Bush, ningún interés estratégico —a diferencia de los EE.UU.—,

ésta debe respetar las zonas de influencia definidas en otro tiempo por la doctrina Monroe" (13).

En estas circunstancias, y sea lo que fuere de los lazos con la URSS, lo previsible es presumir que la relación, ahora intensa por vía negativa o por ausencia, con los EE.UU. empiece a tomar cuerpo carnal a corto o medio plazo. Si esto se hará antes o después de profundas transformaciones internas es algo que no puede decirse. Y para entonces, es seguro que no dejará de aparecérsenos el modelo de relaciones con la URSS como más justo o benéfico para la distribución de los recursos dentro de la isla. Es verdad que esa virtud distributiva corresponde, en primer lugar, al gobierno cubano. Es verdad que los límites del poder soviético han tenido efectos ambiguos o encontrados sobre la dependencia e independencia de Cuba. Dependencia es hoy para Cuba el *terminus ad quem*, el límite desde el cual pensar lo impensable de su posición; independencia, el *terminus a quo*, límite hasta el cual deben ir todas las aspiraciones y visiones políticas cubanas. Y conforme se acerca el centenario de 1898, casi un siglo después de la inicial independencia, los Estados Unidos siguen como entonces amenazadoramente en el horizonte.

NOTAS

(1) El término es aplicado a Cuba por E. Palazuelos en "Características estructurales del funcionamiento de la economía cubana", *Información Comercial Española*, n.º 638, octubre de 1986. Un tratamiento más reciente del mismo autor se encuentra en "Crecimiento y problemas en la economía cubana", boletín económico del ICE, n.º 2.128, abril, 1988.

(2) El nuevo régimen había sido formalmente reconocido en enero de 1959 mediante una carta enviada por el mariscal Voroshilov, entonces presidente de la URSS, al nuevo presidente cubano, Manuel Urrutia.

(3) J. Steele, *World Power. Soviet Foreign Policy under Brezhnev and Andropov*. Michael Joseph, Londres, pág. 211.

(4) E.K. Valkenier, "El nuevo pensamiento soviético sobre el Tercer Mundo", en "Viejos y nuevos pensamientos: la política exterior de la Unión Soviética", monográfico de *Papeles para la Paz*, n.º 35, pág. 140.

(5) El último de ellos en *Le Monde*, 23 de noviembre de 1990.

(6) Verbigracia, los de Mao Zedong y Werner Hoffmann, antiguo ministro de Defensa de la fenecida RDA, como recuerda M. Sacristán en "Los partidos marxistas y el movimiento por la paz", *Mientras Tanto*, n.º 23, mayo 1985.

(7) P.S. Falk, "Cuba in Africa", *Foreign Affairs*, vol. 65, n.º 5, verano 1987, pp. 1077-1096.

(8) A veces, so capa de leninismo, como pretende Andrei Kozirev en "¿Por qué no funciona la política exterior soviética?" en el antecitado (4) monográfico, pp.208-212, aguijoneando posiciones que bien pudieran ser las de Cuba: "En ocasiones se utilizó un primitivo sistema para identificar beligerancia con antiimperialismo, y la ultraprogresista fraseología de algunos individuos y movimientos en los países en desarrollo con sus prácticas socioeconómicas, que estaban lejos, no sólo de las transformaciones socialistas, sino también de las transformaciones democráticas en cuanto tales, tanto en la esfera económica como en la política. En algunos casos rechazamos, en teoría, el concepto de una división en esferas de influencia, pero lo seguimos en la práctica, apoyando Estados que considerábamos nuestros puntos fuertes en la lucha global contra el otro sistema".

(9) Steele, op. cit. pág. 215.

(10) M. Pérez-Stabli, "In pursuit of Cuba libre", en "Cuba: facing change", *NACLA Report on the Americas*, vol. XXIV n.º2, agosto 1990, pág. 33. Otros artículos pertinentes del mismo número son: M. Benjamin, "Things fall apart" pp. 13-22, y "Soul Searching", pp.23-31; A. Zimbalist, "Does the economy work", pp. 17-19; D. Evenson, "Channeling dissent", pp. 26-28.

(11) *Granma*, 16 de abril, 1989, recogido por J. Habel, "Cuba. Las relaciones con la URSS", edición castellana de *Inprecor*, n.º 72, octubre 1989, pág. 19.

(12) "La revolución cubana introdujo una dimensión nueva a la historia latinoamericana: (...) puso término, como justamente señala Richard Morse, a la *pax monroviense*, bajo cuya égida la hegemonía de los Estados Unidos no era siquiera discutida. "Tulio Halperin Donghi, "Historia contemporánea de América Latina", Alianza Editorial, Madrid, 1975, pág. 459.

(13) Habel, *Ibidem*, pág. 20.

Democracia ¿para quién? ¿quién saldrá beneficiado de los cambios en la Europa del Este?

Patricia McFadden*

En los últimos ocho meses más o menos se nos ha bombardeado, especialmente por la propaganda de los Estados Unidos, con las pretensiones de que lo que está ocurriendo en tantos países del Este europeo es una "democratización de los regímenes totalitarios"; los Estados Unidos en particular están llevándose todo el mérito de dichos acontecimientos trascendentales. Escuchando a alguno de los "nuevos líderes" proclamar el inicio de la democracia "a la americana" en Alemania Oriental, y su elogio al régimen de los Estados Unidos por enseñar al mundo lo que es realmente la democracia (sic), yo me he sentido precipitada a un estado mental a menudo confuso y depresivo, situación que pienso comparto con muchos progresistas de todo el Tercer Mundo. Yo sigo interrogándome: "¿qué diablos está pasando? ¿cómo hemos podido perder de la noche a la mañana las conquistas que tanto nos costó lograr?" Tras indagar entre aquellos colegas que todavía no han renunciado al socialismo como alternativa viable y necesaria (cuando tantos "socialistas comprometidos" han cambiado de opinión durante el último medio año con respecto a su relevancia y pertinencia) comencé a entender algunas cosas con un poco más de claridad.

Ha sido duro aceptar lo que en realidad significaba Ceausescu, y aunque yo dejé de defender a Rumanía tras regresar de una visita a Constanza (en el mar Muerto) en 1984, creo que lo que más amargo resulta de tragar es la enorme ola de arrogancia y rectitud autosuficiente de los imperialistas, que reivindican la Europa del Este y otros países que nosotros (como progresistas) entendimos estaban en la senda del desarrollo socialista. Y estar en Estados Unidos en este momento pone las cosas aún más difíciles, a despecho de cuáles sean las razones científicas e históricas que han llevado al actual estado de cosas. Ahora la valiente Nicaragua, a pesar de toda la lucha que desplegó tanto en el aspecto militar como en términos de "hacer bien las cosas" en lo relativo a la aplicación del poder popular, ha sido derrotada en las urnas. Un candidato moderado, "provisional", apoyado por la Contra, una mujer, ha "ganado" las elecciones. Pero ¿qué elecciones fueron esas, y quién creó las condiciones para que el ala derecha tomara el poder en Nicaragua, tras diez años de lucha valiente e incomparable en Centroamérica?. Volveré sobre esta cuestión más adelante.

La realidad

Me parece que lo más importante que los progresistas pueden hacer ahora es lo

* Artículo extraído de la revista SAPEM, Harare, mayo de 1990. Traducción de María de Andrés.

siguiente: en primer lugar tenemos que admitir que muchos de nosotros sabíamos bien poco, si es que sabíamos algo, sobre lo que estaba sucediendo en realidad en aquellos países de la Europa del Este que describíamos como "socialistas". Leíamos los folletos, discutíamos y defendíamos el socialismo en base a nuestros propios deseos y nuestra necesidad de alternativa a la dominación capitalista e imperialista, así como en base a lo que entendíamos estaba ocurriendo en aquellos países. Tan sólo hay que referirse a los debates de Dar es Salaam en los años setenta para darse cuenta de hasta qué punto la "creencia" en el socialismo ha dado forma a la perspectiva y al crecimiento ideológico de muchos progresistas africanos. Digo "creencia" porque mucho de lo que nosotros pensábamos que era, no lo era en realidad. Una cosa es comprender y aceptar la ley del valor y las leyes científicas del movimiento, y otra distinta discutir contra las tendencias y acontecimientos que se manifiestan con claridad en la Unión Soviética, Hungría, Polonia y la República Democrática Alemana (RDA). De esta forma nos vemos en una situación apurada, fuera de la cual hay un camino, pero sólo a través de un razonamiento crítico de muchas de las experiencias ideológicas y personales de las últimas tres décadas.

Con frecuencia me pregunto si esos jóvenes de las calles de Alemania Oriental, Polonia, Hungría y Checoslovaquia saben realmente dónde se están metiendo cuando dicen que quieren las "libertades" del Oeste. Lo que me dice, en realidad, es que, o bien no conocen la historia de la explotación y colonización del Tercer Mundo, y por lo tanto no saben cómo Estados Unidos y otras naciones imperialistas llegaron a lo que llaman democracia, o bien saben de qué se trata y les trae sin cuidado, y están simplemente expresando sus intereses y aspiraciones como miembros de una clase pequeñoburguesa frustrada por no poder realizarse por completo bajo el presente/anterior sistema social.

Sospecho que se trata de este último caso, y cuanto antes aceptemos que muy poca gente blanca de esos países conoce nuestra historia o incluso se preocupa de lo que nos ocurre, antes podremos enfrentarnos a los nuevos desafíos de los 90. El hecho es que la mayoría de los europeos orientales son exactamente iguales a los millones de blancos de cualquier parte que todavía piensan que somos "salvajes", además de una "carga" que han tenido que soportar a través de la "ayuda solidaria" que sus gobiernos nos han repartido en las últimas tres décadas. Por supuesto, a nivel oficial todavía se refieren a nosotros como "camaradas", pero eso pronto será una reliquia del viejo orden según la *perestroika* vaya cambiando el lenguaje e incluso el significado de las soluciones en esos países.

En el pasado, cuando oía hablar de incidentes en los que estudiantes africanos eran atacados en Hungría, Polonia y la URSS, por ejemplo, por relacionarse con mujeres y hombres blancos —lo último es muy poco frecuente—, yo tendía a descartar tal información por considerar que se trataba de hechos aislados, reflejo de elementos regresivos que no representaban la actitud general hacia los visitantes negros de esas sociedades. Y cuando leía acerca de los lazos comerciales de Polonia con el régimen racista de Sudáfrica, e incluso me encontraba con húngaros y polacos trabajando en Sudáfrica en contravención a las resoluciones de la ONU con respecto al comercio y otros vínculos, tendía a considerar tal comportamiento como "individual". Obviamente, no se trataba tan sólo de actitudes individuales, sino que en realidad eran reflejo de dinámicas sociales, económicas y de clase más profundas que muchos de nosotros nos negábamos a aceptar y encarar. Ahora, se puede leer en las noticias que Hungría y Polonia se han aliado con los *boers* y que, con todo descaro, han establecido relaciones diplomáticas y comerciales con Sudáfrica, y reestablecido los lazos con Israel. Evidentemente están impacientes por poner sus codiciosas manos en el botín que nuestros países representan. Lo cual me lleva a una segunda, importante y amarga píldora que tendremos que tragar. Y es la cuestión de cómo esos elementos pequeño-burgueses que han sido "sujetados" durante cuarenta años en algunos de esos países, se verán a sí mismos a nuestras espaldas.

La burguesía internacional

Lo cierto y verdad es que la burguesía internacional controla las mayores fuentes de riqueza e influencia en el mundo hoy en día, y están impacientes por acceder a los mercados de los países "socialistas", como solución parcial a los problemas de superproducción y crisis fiscal de las economías occidentales. De esta forma, si los pequeño-burgueses de la Europa del Este piensan que el suyo será un paseo fácil acumulando excedentes de los arraigados pastos de las multinacionales norteamericanas, inglesas y alemanas occidentales, entonces es que están soñando todavía. Los Estados Unidos han llevado a cabo un trabajo muy duro durante los últimos y excepcionales cuarenta años para apoyar la subversión en la URSS, Polonia, etc., para favorecer los intereses de los Estados Unidos primero, y por encima de todo. Y personajes como Walesa están descubriendo ya que el viejo papá no va a dar "libertad" para nada.

Pero el asunto está en que hay muy poco espacio para que esa pequeña burguesía emergente en la Europa del Este logre acumular y realizarse a sí misma como clase dentro de esos países. Y ahí es donde entra el Tercer Mundo, especialmente África, que ha sido la fuente tradicional de parte de la mano de obra más barata y de los mayores beneficios de la historia del capitalismo. ¿Cómo vamos a evitar que esos "hambrientos" húngaros, polacos, checos, etc., se sumen a la ya insoportable carga del "subdesarrollo"? Obviamente, la pequeña burguesía africana no sólo ha fallado a la hora de controlar las actividades de las compañías multinacionales durante los pasados 30 años de independencia; en la mayoría de los casos ha ayudado a las multinacionales a saquear el continente para así poder realizarse como clase; me refiero a la pequeña burguesía africana. Ahora oigo hablar de "libertad" para Europa del Este y para mí eso significa explotación adicional y extracción de valor de los productores del Tercer Mundo. Teniendo en cuenta que Estados Unidos y otros países imperialistas dificultan al máximo la irrupción en sus mercados de los que llegaron tarde —incluso la de Japón, que ha sido su aliado desde el final de la segunda guerra imperialista—, parece razonable que ocurra lo mismo con esos "poloks" y otros llegados con posterioridad. Por ahí no se va a ninguna parte.

Así que nos toca a nosotros, según lo veo yo, a pesar del hecho de que nunca hayamos tomado parte en el juego. Pero tendremos que afrontar la posibilidad muy real de que no sólo sean los imperialistas "tradicionales" quienes intenten seguir "chupándonos" las fuerzas. Tendremos nuevos enemigos que acostumbraban ser "camaradas". Esto quedó establecido con claridad por el hijo del difunto Andrea Gromiko cuando visitó la universidad de Dar es Salaam en 1987. Durante un discurso que entonces sonó a herejía, pero que ahora es simplemente el nuevo lenguaje de la *avant-garde* de la URSS, dejó bien claro que el tiempo de las donaciones y de la ayuda solidaria había concluido. En la década de los 90 la URSS propondría empresas conjuntas con los gobiernos africanos, y el beneficio sería el principal objetivo de tales empresas.

Esto, a primera vista, suena del todo normal. Desde luego ninguna empresa comercial puede sobrevivir sin obtener beneficios; pero la cuestión es: ¿a quién beneficia? No me hice ilusiones al respecto entonces, ni tampoco concibo falsas esperanzas ahora; el señor Gromiko no estaba hablando de ganancias para los pobres campesinos y trabajadores de Tanzania. Ni para las mujeres. Estaba hablando de coger un pedazo del pastel, porque éste es el único modo en que la *glasnost* podría llevar a la URSS al éxito económico para satisfacer así las expectativas de su pequeña burguesía.

Hace poco vi un programa sobre Cuba (la clase dominante de los Estados Unidos está ya disponiendo un gobierno de transición para una Cuba "libre") en el cual los trabajadores cubanos criticaban abiertamente la política soviética de la *glasnost* y la *perestroika* y mostraban la forma en que esas políticas están socavando la viabilidad

de la Cuba socialista y las relaciones entre ambos países. Por ejemplo, durante los últimos treinta años, los soviéticos han proporcionado a Cuba carrocerías de autobús a cambio de productos para la agricultura; pero últimamente las fábricas que manufacturaban las carrocerías de autobús se han negado a aceptar una moneda distinta al dólar. Es de común conocimiento que Cuba encontrará dificultades para pagar las mercancías fabricadas por los soviéticos en moneda de Estados Unidos, especialmente si tenemos en cuenta que el embargo comercial y el acoso internacional a Cuba por parte de los imperialistas ha debilitado a esa sociedad. Entonces, ¿por qué los “camaradas” insisten en exigir moneda imperialista? Apostaría a que ni siquiera el propio Bush pudo imaginarse que los intereses de la política exterior de los Estados Unidos pudieran ser tan bien apoyados por las nuevas políticas de los soviéticos hacia sus amigos.

La pequeña burguesía

El papel que los soviéticos han jugado y están jugando en Sudáfrica es un asunto que concierne a los progresistas del continente, pero es aún peor la sospechosa presión con que los soviéticos han informado haber puesto al gobierno de Angola a “morder el polvo”, permitiendo que el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial intervinieran en el Banco Central de Luanda. No estoy diciendo que todo el mundo en la Unión Soviética se haya convertido en enemigo de la noche a la mañana, ya que esto abundaría en contra del tipo de análisis de clase que necesitamos hacer en relación a la sociedad soviética. Como mi compañero decía el otro día, sencillamente no conocemos a la pequeña burguesía de los países socialistas; ni a la de África en lo que a eso respecta. Y el error fundamental que cometimos durante todos esos años de apoyo y defensa de cualquier cosa que los soviéticos u otras naciones socialistas hicieran, fue dar por sentado que las clases parásitas de allí estaban “marchitándose”, o que eran tan insignificantes que no merecían un cuidadoso análisis de cerca.

La pequeña burguesía, como clase cuyos intereses son opuestos a los de los trabajadores (obreros y campesinos), fue conceptualizada sólo en lo referente a las esferas de influencia de la dominación imperialista, de las que África es una parte. Está claro que estábamos equivocados; y cuando escucho a los jóvenes de sexo masculino (la pequeña burguesía soviética no es sino una pequeña burguesía más, a pesar de la amplia intervención de las mujeres en la economía oficial soviética), con edades comprendidas entre los 27 y los 45 años, hablar de lo maravilloso que sería estar en Estados Unidos, me alegro de ver cómo la sociedad soviética se desplaza tan firmemente hacia la “democracia”, y sé que esto no es un fenómeno surgido de la noche a la mañana. Agazapada tras la retórica del socialismo y la emancipación para todo, se esconde una clase que se ha demostrado a sí misma que es tan despiadada y carente de escrúpulos como cualquier clase dominante que la historia reciente haya conocido. Sólo se necesita echar un vistazo a unos pocos países africanos que dan a entender que son socialistas: la velocidad con que la pequeña burguesía usurpa las estructuras del estado y pone en marcha leyes y estrategias políticas contra el pueblo es asombrosa.

Reformulación

¿Qué significa la “caída del comunismo” —como a la prensa y al régimen de Estados Unidos le gusta llamar a nuestras recientes derrotas y retrocesos— para nosotros, los progresistas? Necesitamos considerar esto de forma global, así como desde nuestra posición de africanos que rechazan el argumento de que a lo más que podemos aspirar (¿a corto plazo?) es a la democracia liberal (la frase que tan bien suena a los

oídos del capitalismo, desde luego). Según lo veo yo, del análisis anterior pueden extraerse dos lecciones.

En primer lugar tendremos que volver a formular nuestras tácticas y estrategias de lucha, sacando partido a las lecciones del pasado. Pero también y casi más importante, debemos situar nuestros propios recursos y nuestra fuerza teniendo en cuenta métodos más efectivos de lucha contra la continuada dominación de nuestras sociedades por parte de los regímenes africanos controlados y apoyados por los imperialistas. La nueva política soviética de alentar "resoluciones pacíficas en cuestiones políticas" en África (y el Tercer Mundo) es, en mi opinión, una forma de decir dos cosas. Una, que únicamente podemos esperar formas de ayuda cualificada —y censurada— por parte de nuestros anteriores aliados, y que incluso esto será considerado en un contexto más amplio que tenga en cuenta en qué forma afectaría tal ayuda a su relación con los países imperialistas; y, dos, que tendremos que depender de nosotros mismos más que en ningún otro momento: y eso será algo francamente bueno.

En segundo lugar, que éste es un momento decisivo en la historia de las luchas ant imperialistas, y aunque parezca que para nosotros, en cuanto progresistas, es la hora más oscura del siglo, visto dialécticamente, y tras la ira que acompaña a la decepción, debemos aceptar el desafío reclamando el espacio que hemos creado en el transcurso de este siglo. El ejemplo de Nicaragua es el más instructivo aquí, porque ninguna otra nación en Centroamérica ha luchado tan valiente y tan soberbiamente para salvaguardar los derechos de la clase obrera. En África, la lucha angoleña conlleva lecciones similares para nosotros. Tras haber quedado claro que los imperialistas de Estados Unidos, a través del uso de cualquier arma concebible (cañones, terror, subversión y urnas electorales) habían ganado la partida, Ortega y los demás sandinistas decidieron utilizar la nueva situación lo mejor que pudieron en función de los intereses del pueblo. Se han convertido en la oposición oficial, y las estructuras que fueron fundadas entre y por la gente durante los pasados diez años, servirán ahora de foco para fortalecer la revolución... para el futuro.

Para mí, como feminista progresista, una de las herencias más importantes de las luchas de los setenta y los ochenta es que hemos comenzado a cambiar el significado del socialismo, pasando de ser una ideología masculina, inspirada por los hombres y enfocada a los hombres, que aspiraba a la "dictadura masculina del proletariado", a convertirse en una ideología que ha sido obligada a aceptar y reconocer el papel crucial que las mujeres han jugado siempre en nuestro pasado, pero, lo que es aún más importante, en la construcción de un tipo de sociedad diferente para el futuro. La no discriminación en cuanto al género, y una perspectiva ideológica anclada en la realización de la democracia en su más amplio y profundo sentido, son las armas que llevaremos con nosotros a los noventa y al siglo XXI.

No puedo decir con certeza qué va a ocurrirles a los europeos del Este. Teniendo en cuenta nuestra vieja experiencia de siglos de democracia capitalista, se puede asegurar, no obstante, que la masa de trabajadores va a aprender una lección muy difícil y amarga. Y cuanto antes comiencen a movilizarse y a oponer resistencia a las maquinaciones de la pequeña burguesía, mayores serán las posibilidades de que puedan asegurar para el futuro parte de los beneficios logrados en los últimos 40-70 años de realizaciones socialistas. Pero hubiera sido preferible que no se hubieran engañado con respecto a los "vientos de libertad" que se dice están soplando por sus países; porque, con toda certeza, no son para ellos.

Ante los cambios en Europa Oriental: Africa entre la espada y la pared

Dani Wadada Nabudere *

Los rápidos cambios políticos que están teniendo lugar en los hasta ahora países socialistas, conllevan también una transformación radical en las relaciones económicas. Casi todos ellos buscan lazos con los países capitalistas del Oeste en forma de empresas conjuntas y/o inversiones directas. Tales cambios dan a entender de manera radical nuevas formas de acuerdos económicos entre Africa y Europa del Este, así como con la URSS.

Sin embargo, los cambios que se han perfilado en los recientes acontecimientos no son nuevos. Lo que es nuevo es la determinación de provocar una ruptura más radical con el pasado. Los intentos de introducir "reformas" en el sistema socialista de planificación se remontan a la era de Jrushov, que comenzó en 1956. Fueron impulsados con una nueva determinación con Brézhnev y ahora con Gorbachov. El empuje de Gorbachov ha tenido éxito a la hora de desmontar el sistema de planificación central en el resto de lo que era el mundo socialista, aun cuando en la propia URSS los ataques están siendo desviados por los "conservadores".

Lo que es significativo en relación con estas reformas, justo desde su comienzo al principio de los años sesenta, ha sido el intento de introducir el móvil del beneficio en la producción. Al principio se referían a él como "costes del capital", en forma de un porcentaje de interés en dinero. Al mismo tiempo, un mayor control del fondo de salarios se convirtió en requisito previo para las reformas, junto con un cambio en el sistema de precios. En 1975, los reformadores eran tan osados como para abogar por que se volviesen a introducir "relaciones mercantiles" entre el Estado y los sectores colectivos de la economía, así como dentro del propio sector estatal.

Pero había resistencia a esos cambios en algunos cuarteles de la burocracia, y también desde la estructura de la propia economía. Como resultado se hicieron notar contrarreformas y nuevas "reformas", que incrementaron la burocratización de la economía. La experiencia de estas reformas hasta 1979-80 fue que la gradual introducción de influencias capitalistas en el sistema de planificación central era incompatible con el sistema socialista de planificación de la URSS. De acuerdo con esta lectura quedaba probada la solidez del sistema socialista de planificación que había sido introducido con Stalin, aun cuando en Hungría fueran mayores los intentos de introducir elementos capitalistas en la economía.

Comercio exterior

Estos elementos capitalistas fueron, no obstante, intensos en el campo de las relacio-

* Artículo extraído de la revista SAPEM, Harare, febrero de 1990. Traducción de María de Andrés

nes económicas con el exterior. Brézhnev había establecido que “la actividad económica exterior debe estar basada cada vez más en una combinación de producción y funciones comerciales, de modo que reaccione con rapidez a los requerimientos y posibilidades del mercado mundial, con el fin de utilizarlos «al máximo» en beneficio de nuestro desarrollo económico”. Para obtener esos “máximos” beneficios del mercado mundial capitalista, los precios en los mercados exteriores, tanto soviéticos como del Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAEM o COMECON) se ajustaban a los del mercado mundial. De esta forma se esperaba que el sector económico exterior ayudara a adaptar la economía interna a las condiciones de la economía mundial. Esto no ocurrió.

Con Gorbachov el proceso de “apertura” ha acelerado de forma paralela la reforma interna. Pero incluso en esto las relaciones económicas plantean todavía resistencia. De nuevo, como antes, se contempla el sector externo como dinamizador del interno. En el caso de Polonia se le ve susceptible de atraer enormes sumas de capital extranjero para transformar la economía interior. En Hungría, parece ser también ésta la aproximación y, en el caso de Alemania Oriental, se esperan grandes sumas procedentes de Alemania Occidental.

Relaciones con Africa

Históricamente, las relaciones entre los países del CAEM y Africa han seguido la senda que reflejaban las reformas de la economía interna. Las relaciones han experimentado un giro desde la “ayuda” al comercio, la inversión y la producción conjunta (tripartita). El *primer* intento tomó la forma de acuerdos *comerciales*. Estos eran en un principio contratos de intercambio. La fijación de los precios, no obstante, se demostró problemática y, en algunos casos, bastante negativa. Enseguida se decidió determinarlos según los “precios del mercado mundial”. Esto fue de nuevo imposible: el rublo soviético y otras monedas del CAEM no eran convertibles y, por lo tanto, no resultaban comparables en términos reales con las de Africa, que dependían de las principales monedas occidentales. El resultado fue que muchos países se quejaron de que los precios soviéticos estaban *por encima* de los del mercado mundial y, por tanto, el proceso se saldaba con la obtención por la URSS de un superávit mayor.

El *segundo* paso tenía que ver con los acuerdos de cooperación científica y técnica. Se suponía que éstos “transferían tecnología” en mejores condiciones que las habituales en el caso de los países capitalistas. Al principio se decía que la transferencia era “gratis”, sin cargo alguno. Pero cuando los países del CAEM intensificaron sus propios convenios con Occidente, se les requirió para que cobrasen la transferencia de dicha tecnología. Esta evolución transformó por completo lo que había de lógico en los lazos económicos con los países del Tercer Mundo.

El *tercer* escalón en las relaciones en el terreno económico con los países africanos fue el acuerdo de *cooperación industrial* en virtud del cual los estados del CAEM comenzaron a utilizar la experiencia institucional obtenida mediante sus conexiones con Occidente: la *empresa conjunta*. Esto permitió que las inversiones soviéticas y del CAEM comenzaran a producir resultados en los países africanos. Esta última actividad llevó a relaciones incluso más “cálidas” en una *cuarta* etapa, la de los acuerdos de producción *tripartita*, con arreglo a los cuales se verificaba un acuerdo de producción conjunta entre los estados del Tercer Mundo, las compañías occidentales y las empresas del CAEM, mediante disposiciones “a tres bandas”. El CAEM y los “socios” del Oeste proporcionaban el dinero-capital y el equipamiento, mientras que el Tercer Mundo aportaba la tierra y el trabajo. Cada parte ganaba un beneficio en un porcentaje acordado.

Estos anticipados acuerdos muestran con claridad que los países del CAEM se habían desplazado un buen trecho hacia la adopción de técnicas capitalistas occidentales en sus vinculaciones económicas con Africa.

La nueva política

Con Gorbachov y el nuevo régimen estas técnicas son ahora reconocidas como las más "naturales". La Unión Soviética aboga por la interdependencia de la economía mundial, y la integración de la URSS en la "división internacional del trabajo" se aprecia como un objetivo inmediato. Hungría es miembro del Fondo Monetario Internacional (FMI) y Polonia está en vías de serlo. La URSS ha solicitado su incorporación al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) y al FMI. El resto de los estados hasta ahora socialistas han seguido o siguen su ejemplo.

Las relaciones de estos países con Africa son, por lo tanto, claramente pronosticables. En asuntos de deuda, la URSS ha recomendado a los estados africanos que no den pasos "irresponsables" con respecto a la liquidación de la deuda. La Unión Soviética ha adoptado su propio "programa para la reducción de la deuda". En un artículo del doctor Serguei Shatalov publicado por *Nóvosti* y reproducido en *The Sunday Mail* el 28 de mayo de 1989 (SAPEM, mayo de 1989), se afirmaba que la Unión Soviética apoyaba las políticas de ajuste del FMI y del Banco Mundial "orientadas hacia el crecimiento".

La URSS quiere que los mercados internacionales existentes funcionen de forma eficiente, y por lo tanto desea adquirir los productos primarios a través de los más importantes mercados de mercancías. Los acuerdos comerciales bilaterales, en consecuencia, quedarán reducidos al mínimo. Los bancos soviéticos y el CAEM tienen ya a estas alturas una valiosa experiencia en mercados internacionales de dinero. Hungría ha abierto una Bolsa en Budapest y la URSS tiene en marcha alguna otra. Estos progresos se unirán pronto al esfuerzo para conseguir que las monedas del CAEM sean convertibles. Esto reforzará adicionalmente la esperada entrada soviética en los mercados mundiales. Los países occidentales han creado ya un fondo especial que permita que la moneda polaca, el zloty, sea convertible.

En un momento en el que Africa apenas alcanza a sobrevivir bajo las condiciones del mercado mundial, la entrada del CAEM en las estructuras de éste tendrá el efecto inmediato de poner en un aprieto a Africa y a otros estados del Tercer Mundo. Los que antes fueron "aliados naturales" de la liberación se verán estimulados así a "dar la puntilla" a los mercados de la arrinconada Africa.

Podemos esperar, por tanto, un impacto completamente negativo en el desarrollo de Africa. El régimen segregacionista de Suráfrica ya está llevando a cabo amplios contratos económicos con los países del CAEM. Se han intercambiado delegaciones comerciales y se fomentan contactos de alto nivel. Ultimamente se dice que Suráfrica ha estado reclutando técnicos de Alemania Oriental y Polonia para trabajar en su industria. Una delegación polaca fue recientemente obligada a aterrizar en Zambia porque sobrevolaba sin autorización, para desconcierto de todos los implicados. Se ha informado de que el ministro surafricano de Asuntos Exteriores, Pik Botha, visitó Hungría para reclutar trabajadores cualificados de ese país. *The Herald*, en su edición del 4 de enero de 1990, ha señalado también que Suráfrica se las ha arreglado para atraer a quinientos inmigrantes de la República Democrática Alemana y "muchos más procedentes de Polonia".

De lo anterior se infiere que Africa tiene que buscar amigos en cualquier otra parte, si es que queda alguno disponible en los noventa. De lo contrario, las alternativas están bastante claras: o estancarse en el pantano de la explotación y la dominación neoimperialista, o continuar la lucha hasta su conclusión. No hay vías intermedias. Tampoco las economías occidentales ofrecen soluciones a la crisis, como ya hemos visto.

El conflicto del Golfo: relaciones internacionales y estado-nación

Francisco Peñas*

En la madrugada del 3 de agosto las tropas iraquíes entraban en Kuwait y en pocas horas, tras doblegar la resistencia de las escasas fuerzas armadas del emirato, ocupaban todas las posiciones estratégicas. Horas después se proclamaba un *Gobierno Provisional Revolucionario kuwaití*, que días más tarde desaparecería para dar paso a la anexión pura y simple. La crisis en el Arco de la Crisis (1) estaba servida.

La Liga Árabe reunida urgentemente no fue capaz de controlar la situación. Su incapacidad no sólo provenía de su división sino de que los elementos centrales de la crisis escapaban a su control. La maquinaria militar estadounidense estaba en marcha y, en pocas semanas, era capaz de situar decenas de miles de efectivos y miles de toneladas de sofisticado material militar en la zona, imponiendo un bloqueo naval y estableciendo un amplio frente en el desierto saudí.

Salvo excepciones, la mayoría de los estados condenaron la invasión iraquí. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas hizo públicas sucesivas resoluciones condenando la invasión, decretando el embargo comercial y finalmente, el 25 de agosto, legitimando muy matizadamente el uso de la fuerza para hacerlo respetar.

Este es un mundo extraño. Es una aldea y un planeta. Cualquier acontecimiento en alguna parte remota puede influir en nuestra vida cotidiana, pero nuestro conocimiento de ese suceso (y no digamos nuestro control sobre él o sobre sus consecuencias) son nulos. Hay un enorme flujo de información pero no es una información verificable. Tampoco disponemos de la capacidad de jerarquizar la información conforme a nuestros criterios: lo importante es lo que aparece como tal en los medios, por lo menos a grandes rasgos. El flujo de información es rápido y carecemos, en el día a día, de la capacidad de distinguir entre tendencias profundas y tendencias coyunturales.

Existe lo que está en los medios y es importante aquello que es destacado por ellos. En la primavera pasada y a principios del verano, el panorama de la política internacional estaba dominado por los cambios en el Este, la perspectiva de la reunificación alemana, el porvenir de la OTAN y el renuente ajuste norteamericano a esa nueva situación. Hoy la crisis en el Golfo Pérsico domina el panorama informativo y, lo mismo que hace tres meses se anunciaba el nacimiento de un nuevo orden mundial pacífico dominado por vulgares contradicciones comerciales, hoy se toca a arrebato para defender el *status quo*. La Intifada vuelve a existir en la medida que la masacre de Jerusalén le abre un hueco informativo.

* Profesor-tutor de Relaciones Internacionales en el centro de la UNED de Madrid.

Pero la actuación de ese *orden informativo global*, uno de los componentes de ese orden mundial surgido en el año 1945 del que habla A. Giddens (2), genera un complejo proceso de creación de opinión pública entre ciudadanos, élites y gobiernos de tal manera que hoy un conflicto —el del Golfo Pérsico— polariza las relaciones internacionales. Sería quizá oportuno recordar aquí algunas tendencias profundas que subyacen a los acontecimientos internacionales y que sólo de vez en cuando son capaces de manifestarse claramente a través de ese desbordante flujo de información diaria: la estructuración de un nuevo orden europeo fruto de la crisis de los países del Este, la adaptación de EE.UU. a la pérdida de su papel en Europa, la regionalización de la economía internacional y los problemas del ajuste estadounidense (3), los cambios en la relación de poder en el sistema de estados, la importancia creciente de las potencias regionales, la diversificación y sofisticación de las fuentes de armamento, etc.

Este artículo consta de dos partes. En la primera se intenta analizar los elementos constitutivos del conflicto y las razones de las reacciones originales de los protagonistas. En la segunda, se trata de enumerar los objetivos y límites de los principales actores, cara a ver el posible desenlace. Estas líneas se acabaron de redactar a mediados de octubre y la evaluación de los datos corresponde a esas fechas, qué nos deparará el futuro, es algo que desconocemos.

PRIMERA PARTE

El Arco de la Crisis

De los cuatro elementos centrales —la anexión por la fuerza de Kuwait, la internacionalización de la crisis, la reacción de EE.UU. y finalmente la reacción de la *sociedad internacional*—, el despliegue militar estadounidense y la guerra que puede provocar se han convertido en los más importantes desde el punto de vista político, pero si se quiere entender la crisis no se puede hacer una reducción de ésta a los parámetros *petróleo y reacción de Estados Unidos*.

No hay un solo elemento del orden mundial que nos ha tocado vivir que no esté presente en la volátil situación que hoy nos ocupa. La situación está inscrita en un sistema internacional de estados jerárquico y desigual, que ha logrado extender los principios políticos generados en Occidente a todo el planeta, aunque previamente hubiera determinado fronteras, formas de organización política y papeles específicos a cada uno de sus elementos. Sobre la crisis gravita un orden militar internacional constituido hasta hace poco en dos bloques y hoy dominado por una sola superpotencia, con problemas para seguir siéndolo, y que ha alimentado el fuego de la guerra con el carburante proporcionado por el mercado mundial de armamento. La crisis escapa al ámbito local sobre todo, aunque no sólo, por la función que la zona cumple en el mercado capitalista mundial suministrando la principal fuente energética (4). La situación geoestratégica de la región —vértice de tres continentes, Asia, África y Europa, nudo de comunicaciones, unión del Mediterráneo y el Índico y frontera sur de los dos bloques—; sus reservas de petróleo —dos tercios de las reservas mundiales—; la inestabilidad de los estados que la conforman, apresados entre su debilidad, la idea de una nación árabe y con el problema “interno” del enfrentamiento con dos estados *extraños*, en gran parte fruto del orden de posguerra —Israel e Irán—; su imbricación en el llamado conflicto de Oriente Medio que ha dado lugar a tres guerras abiertas en medio siglo y a una encubierta pero igual de sangrienta —la Intifada—; todo ello sobre el fondo de un orden mundial cambiante que ha pasado del enfrentamiento entre dos bloques, con indudables repercusiones en la región, a

la inestabilidad producida por la nueva estructuración internacional que está surgiendo; todo este conjunto de elementos ha llevado a considerar desde siempre a la zona que se extiende desde Egipto a Afganistán como el **Arco de la Crisis**.

La actual crisis en el Golfo y la herencia colonial

Desde las costas saharianas hasta las islas Kuriles, los conflictos que se han dado en llamar regionales —en contraposición a los locales o internacionales— y que enfrentan a los diferentes estados entre sí, se encadenan frontera a frontera.

Pero es precisamente en el **Arco de la Crisis** donde cobran especial intensidad. Si hubiera que hacer un inventario de los factores que desde 1945 han dado origen a estos conflictos, un repaso a la situación de esta región nos daría todas las claves (5).

Para empezar, los estados de la región del Golfo adquieren su identidad como tales en un proceso de descolonización. Los territorios de lo que hoy son Irak, Kuwait, Jordania o el Estado de Israel, formaban parte del imperio Otomano hasta su derrota y desmembramiento después de la Primera Guerra Mundial. Como en todo imperio, existía una amalgama de pueblos, creencias religiosas y etnias no organizadas en entidades políticas independientes, sino sometidas al poder imperial.

Franceses y británicos se hicieron cargo de estos inmensos territorios bajo la complaciente mirada de la Sociedad de Naciones, que puso a su cargo la administración y la tutela de los desechos del imperio otomano. En los años que transcurren entre la caída del imperio otomano y el final de la Segunda Guerra Mundial se empiezan a exportar a la región las ideas occidentales de organización política, y es la misma colonización la que siembra al germen de las ideas nacionalistas: la necesidad del estado-nación como forma de organización política capaz de garantizar la supervivencia de la *comunidad*. Los británicos más proclives que sus colegas franceses al *indirect rule* (gobierno indirecto) empiezan a organizar entidades políticas a su imagen y semejanza: monarquías encabezadas por los jefes de los clanes y tribus. También en los años treinta se inicia la explotación de los pozos petroleros, de manera que los británicos no sólo están ya interesados en la tutela de los nuevos territorios por razones políticas imperiales, sino por algo mucho más material que el prestigio de la corona británica: el petróleo. Las divisiones fronterizas entre los nuevos estados o las colonias que luego se harán independientes, corresponden tanto a los intereses de las familias locales dominantes, como de los colonizadores o de las compañías occidentales que empiezan a explotar el crudo de la región. Sobre la base de una cierta comunidad *nacional* árabe se imponen desde fuera unos estados-naciones que, ni responden al sentimiento anterior, ni en sí son homogéneos. Irak accedió a la independencia en los años treinta como monarquía encabezada por una familia hachemita —de la misma rama que la familia reinante en Jordania—, pero las tropas británicas no se retiraron de su territorio hasta finales de la Segunda Guerra Mundial. Kuwait accedió a la independencia en 1961 (6). Tan artificial es la no incorporación de Kuwait a Irak, como la creación del mismo Irak, con una población de unos dos millones de kurdos y dividido en dos comunidades que representan dos ramas diferentes del Islam: chií-tas y sunitas. En cuanto Irak se deshizo del tutelaje británico empezó a reivindicar aquello que consideraba suyo: Kuwait por un lado, y el Chat-El-Arab, por otro.

Como decía un diplomático egipcio, "Egipto es el único estado-nación del Oriente Medio, el resto son tribus con banderas" (7) y cuando Sadam Husein declara que "no hay fronteras entre los países árabes", está haciendo una apelación al sentimiento panárabe y al mismo tiempo aludiendo a una realidad.

Para otro comentarista, citado en el mismo artículo, los Estados del Golfo eran "pozos de petróleo con banderas". Lo arbitrario de las fronteras no impide que la mayoría de los países del *Tercer Mundo* haya preferido conformarse con la configura-

ción artificial que heredaron de los gobernantes coloniales, que lanzarse a redibujar el mapa político con consecuencias imprevisibles y seguramente fatales para los nuevos y débiles estados. Esta postura quedó reflejada en la doctrina de sus organizaciones regionales, y muy explícitamente en la de la Organización de Unidad Africana (OUA) (8).

Pero cuando se accede al sistema mundial de estados, la única posibilidad de supervivencia es precisamente la construcción de un estado-nación a partir de la realidad que se hereda y pasando por encima de las diversidades: el objetivo no es encontrar una justa relación entre pueblos, naciones y estados, sino sobrevivir.

Cuando se accede la independencia se accede a un mundo dominado por el sistema capitalista mundial y la *modernización* es otra de las condiciones de la supervivencia. Y si un estado surge en una región tan conflictiva como la que nos ocupa, dominada por otros estados que son los agentes de las grandes potencias en la región —Israel e Irán— y se encuentra envuelto de lleno en la confrontación entre los bloques antagónicos, no hay manera de escapar y es necesario armarse, pues la fuerza es otra de las condiciones de la supervivencia. No es de extrañar, dadas estas condiciones internacionales y la debilidad misma de los nuevos estados, que sean las fuerzas armadas las que al final se encarguen de construir el estado y la nación, y que el autoritarismo y las dictaduras se arrojen en sentimientos nacionalistas o religiosos. En este sentido, Mubarak de Egipto, Assad de Siria o Hussein de Irak, no son muy diferentes ni se enfrentan a problemas muy distintos.

La crisis actual como continuación de la guerra con Irán

En un periódico americano (9), Sadam Husein aparecía como un esforzado corredor de relevos, recogiendo el testigo de la mano de Jomeini. El testigo era un cartucho de dinamita con la mecha encendida.

Este chiste ilustra descarnadamente lo que antes Jomeini y ahora Sadam Husein significan para el orden mundial: desafíos y rupturas.

Primero fue el régimen revolucionario de Teherán el que desafió las convenciones diplomáticas, tomando como rehén al personal de la embajada americana y predicando la guerra contra el *satán* estadounidense. Mientras Irán había estado gobernado por el Sha —que llegó al poder ayudado por la CIA y las compañías petroleras—, había jugado el papel de gendarme estadounidense en la zona. La llamada *doctrina Nixon*, elaborada en vísperas de la derrota de Vietnam, pretendía la defensa de los intereses occidentales mediante el fortalecimiento de poderes locales que ejercieran así, labores de gendarmes en sus áreas (10). La revolución iraní fue un duro golpe para los intereses estadounidenses, más aun, cuando en maños del régimen revolucionario, quedaron ingentes cantidades de sofisticado material militar con el que EE.UU. había provisto al Sha.

Cuando después de algunos incidentes fronterizos, Irak desencadenó su guerra de conquista contra Irán, lo hizo según algunos comentaristas, con el apoyo y la información de las agencias de inteligencia norteamericanas (11). Irak mantuvo la larga contienda gracias a la ayuda y créditos de los países árabes y especialmente, de los ricos emiratos productores de petróleo —Kuwait entre ellos—, y gracias a las armas que le vendían los países occidentales y la URSS. Cuando intentó asfixiar la economía iraní impidiendo sus exportaciones de petróleo a través del Golfo Pérsico, acabó provocando la internacionalización del conflicto y la presencia en la zona de navíos de guerra estadounidenses, franceses, británicos, etc. En 1988 el frente organizado era un frente antiiraní; sólo los israelíes, más preocupados por su tradicional enfrentamiento con los árabes que por otras consideraciones, miraban con temor cómo los países occidentales y sus aliados en el Golfo y en la Península Arábiga alimentaban el poder iraquí.

La guerra entre Irán e Irak y la crisis del Golfo tuvieron repercusiones muy positivas para Estados Unidos. Como observaban con preocupación los soviéticos, la inestabilidad en la zona beneficiaba a Estados Unidos, pues le ofrecía excusas para su presencia. Esa era la gran lección que de la crisis de Oriente Medio había sacado la diplomacia soviética, y mientras éstos temían que alguno de los contendientes saliera derrotado, los norteamericanos no querían que ninguno de ellos saliera vencedor.

Por de pronto, la guerra de los petroleros proporcionó a Estados Unidos la excusa para la permanencia de su flota en la zona, relegó el problema palestino a un cuarto o quinto lugar y propició el fortalecimiento de las posturas más conservadoras en la Liga Árabe, incluyendo la vuelta a ésta de Egipto, que había sido expulsado por firmar la paz por separado con Israel; y finalmente, aplacó los ímpetus *revolucionarios* iraníes.

Sadam Husein heredó de la guerra con Irak un ejército de casi un millón de hombres, grandes deudas con Kuwait y los países del Golfo, una economía destrozada que no podía levantar con los precios del petróleo vigentes a finales de julio y un contencioso no resuelto con Irán.

EE.UU. heredó de la guerra la experiencia de su flota en la zona del Golfo, un mundo árabe mucho más conservador y dispuesto a facilitarle la intervención si fuera necesaria, y el olvido de la cuestión palestina, olvido que sólo la Intifada pudo romper.

... Y al fondo Palestina e Israel

La invasión de Kuwait por Irak trastoca las alianzas tradicionales de la zona. Desde 1948 el gran enemigo de los estados árabes ha sido Israel. La constitución del Estado de Israel en territorios que los árabes consideraban como propios y la expulsión de decenas de miles de sus habitantes al finalizar la Segunda Guerra Mundial, fue el gran revulsivo del mundo árabe.

La existencia del Estado de Israel y la diáspora palestina a la que dio lugar, estaban en la base del nacionalismo árabe de los años cincuenta. Eran elementos muy importantes tanto del naserismo como de la ideología del Partido Baas. La existencia del Estado de Israel es un constante recordatorio de la impotencia de los estados árabes para remediar por la fuerza o por vía diplomática una injusticia histórica.

En la medida en que el Estado de Israel era un protegido de los Estados Unidos, los estados árabes buscaron fuentes de ayuda militar y apoyo diplomático en la gran potencia que se enfrentaba a los EE.UU.: la URSS. Este es el origen de la presencia e influencia de la Unión Soviética en el área.

Las guerras árabe-israelíes de 1948, 1967 y 1973 fueron forjando el sentimiento de que, fueran cuales fueran las posiciones internacionales de cada uno de los estados árabes, éstos estarían unidos si se trataba de enfrentarse al enemigo común. Incluso firmes aliados de los Estados Unidos como Arabia Saudita y los estados del Golfo, no dudaron en decretar el embargo de petróleo de 1973, como arma para influir en el conflicto que enfrentaba a los árabes con Israel.

Esta alianza frente al enemigo común se mantenía aunque fuera más de palabra que de hecho. Incluso Egipto que firmó, con el patrocinio de los estadounidenses, la paz con Israel por separado, no puede renunciar a defender la necesidad de solución del problema palestino. Siria fue aliado de Irán en la guerra que le enfrentó a Irak, que a su vez armaba al ejército de Michael Aoun para impedir la hegemonía total de Siria sobre el Líbano. Pero hasta ahora ninguna de las divisiones entre los estados árabes ha logrado que la existencia del Estado de Israel y la necesidad de solución al tema palestino dejen de ser los grandes temas pendientes del mundo árabe.

Irak es el único estado de la región capaz de hacer frente a Israel y constituye para el mundo árabe la única fuerza disuasoria sobre aquél.

La Liga Árabe, convocada los primeros días de la crisis, quedó dividida entre aquéllos para los que el enemigo más temible era Irak, y aquéllos para los que Israel seguía siendo el enemigo principal. Por supuesto, en la toma de postura influyeron otras consideraciones, como rivalidades de hegemonía en el área —Siria—, alianzas con los EE.UU. —Marruecos—, o simplemente miedo a que la violación con éxito del derecho a la independencia y a la soberanía kuwaití se convirtiera en un precedente para el futuro.

Jordania, situada entre Irak e Israel y cuya debilidad le hace vulnerable a las presiones de ambos, difícilmente hubiera tenido otra salida. La OLP, cuyas relaciones con Irak nunca fueron buenas y que fue la gran perdedora del conflicto con Irán, tampoco podía hacer otra cosa que intentar la mediación sin condenar a Irak. Las divisiones entre los estados árabes siempre han tenido al pueblo palestino y a la OLP como sus primeras y principales víctimas.

Por otra parte Israel, de acuerdo con los Estados Unidos, se mantenía en segundo plano para no obstaculizar el alineamiento de los países árabes con aquéllos. Incluso se llegó a anular la visita que el ministro israelí de Asuntos Exteriores, David Levy, tenía prevista a Washington. Pero la gran preocupación de Israel es Jordania. Teme las presiones populares sobre la debilitada monarquía de Husein. Teme que Irak pueda pedir la entrada en Jordania para provocar a Israel convirtiendo así el conflicto en una guerra árabe-israelí. Por otra parte, el gobierno israelí presiona a Washington para que llegue hasta el final y arrase a Irak. Su argumento es muy simple: "si se llega a una solución negociada que deje intacto el poder de Sadam Husein, los americanos se retirarían (lo que es dudoso) pero nosotros tendríamos que hacer frente a Irak"

Es posible que Irak contemple esa posibilidad que temen los israelíes. Su oferta de una conferencia internacional donde se negocie la retirada de todos los territorios ocupados —Kuwait, Gaza y Cisjordania y Líbano— apunta en esa dirección. Sus llamamientos al mundo árabe a que se levante contra la presencia estadounidense y contra los emires *lacayos* del imperialismo, y a los musulmanes a la *guerra santa*, recogen sentimientos ampliamente difundidos en la región.

En un orden internacional cambiante

Las relaciones internacionales desde el año 45 han estado determinadas por la existencia de un enfrentamiento Este-Oeste. La existencia de dos bloques político-militares ha gravitado sobre todos los conflictos regionales producidos (12) e, independientemente de su origen regional, ha influido en su gestación y en su resolución.

El Arco de la Crisis ha sido la piedra de toque de las relaciones Este-Oeste fuera del frente central europeo. Esta influencia de las grandes potencias en los conflictos ha tenido un doble efecto: por un lado, proporcionaban el material militar, la ayuda económica y el apoyo internacional con los que se dirimían los conflictos; pero, por otro lado, han garantizado un efecto moderador, pues ninguna de las grandes potencias estaba dispuesta a arriesgar un conflicto generalizado.

Estados Unidos y la URSS impidieron que sus respectivos aliados llegaran hasta el final en las guerras de Oriente Medio. Se podía intentar cambiar la correlación de fuerzas pero no hasta el punto de poner en peligro los intereses vitales de la otra gran potencia, es decir, la existencia del Estado de Israel o la de Egipto, por ejemplo.

La nueva política exterior de la Unión Soviética está haciendo dejación del tradicional papel de gran potencia. Antes de la formulación de la *nueva mentalidad política*, la influencia de la URSS en la región había decrecido. Por un lado, Egipto había

cambiado de *patrón* y se había volcado hacia una alianza con los Estados Unidos; por otro, la URSS ejercía un control cada vez menor sobre sus otros dos principales aliados: Siria e Irak. Ni la intervención siria en Líbano, ni la ofensiva iraquí sobre territorio de Irán le fueron consultados y, como ya hemos mencionado antes, según la experiencia de la URSS, la inestabilidad favorecía la presencia y la influencia de los Estados Unidos.

A principios de los ochenta se produce un giro en la política exterior soviética en el área: de las relaciones privilegiadas y casi exclusivas con los estados *radicales*, se cambia al intento de mantener relaciones con todos los estados y muy especialmente con los del Golfo y la Península Arábiga. Se llega incluso a iniciar contactos informales con Israel, con vistas a la reanudación de las relaciones diplomáticas rotas en 1967.

En la anterior crisis del Golfo los primeros petroleros kuwaitíes que cambiaron de bandera para protegerse de los ataques iraníes, enarbolaron bandera soviética. El interés que tienen para la URSS las relaciones diplomáticas con estos países, contrasta con el poco beneficio que saca de su *tradicional amistad* con países como Siria, Irak o Yemen. Esta es una de las razones que pueden explicar la postura soviética en la crisis.

Lo nuevo de la coyuntura internacional en la que se produce esta nueva crisis en el Golfo, es la existencia de una sola gran potencia con intereses y capacidades globales. La desaparición del bloque del Este y la nueva política exterior soviética hacen que las crisis regionales no estén ya vinculadas a un enfrentamiento global Este-Oeste. Desaparece por tanto el efecto moderador y el peligro de escalada.

En otro orden de cosas, pero con influencia en el desarrollo de la crisis, la desaparición del enfrentamiento Este-Oeste ha traído inestabilidad al sistema internacional: el mundo de la guerra fría era un mundo predecible al borde del abismo; el mundo de después no tiene pautas ni cauces fijados.

Por otro lado, asoman nuevas contradicciones que van a influir en el comportamiento de los actores internacionales: se agudizan las contradicciones Norte-Sur y entre los antiguos aliados *occidentales*. El mundo ahora no es un mundo de bloques, no es un mundo donde todo, en última instancia, era arrastrado por el enfrentamiento Este-Oeste. Las alianzas y los alineamientos ahora son cambiantes, dependiendo de los temas en disputa: quien hoy es un aliado en este tema, mañana puede ser un adversario en otro foro. Las fidelidades no están garantizadas, las hegemonías no vienen impuestas por la situación. Estados Unidos no tiene un papel dirigente establecido, tiene que ganárselo.

Petróleo y orden mundial

Las razones que subyacen a la rápida, masiva y unilateral reacción de los Estados Unidos son múltiples. En primer lugar, con el control iraquí de Kuwait y la amenaza de control sobre Arabia Saudí, los Estados Unidos veían caer en manos enemigas gran parte de las reservas mundiales de petróleo. Veían peligrar "su independencia económica", basada en la energía barata. En segundo lugar, Estados Unidos no podía abandonar a su aliados —Kuwait, Arabia Saudí, y los emiratos del Golfo—, sino a riesgo de poner en peligro su prestigio y fomentar la desconfianza en su poder. Y en tercer lugar, Estados Unidos tenía que reaccionar para estar a la altura de su función como garante del orden mundial —el sistema internacional de estados tal y como lo conocemos y el mercado capitalista mundial—. Si no hubiera intervenido EE.UU., presenciando la puesta en cuestión de la OTAN y de su intervención en los asuntos europeos, y la transformación de Japón y Alemania como entes independientes y duros competidores, hubiera visto asimismo, cómo se cuestionaba su papel hegemó-

nico y de garante del orden mundial. Claro que EE.UU. prefiere que la intervención no sea en solitario sino arropado por los países europeos y árabes y con el respaldo de las Naciones Unidas, pero como decía el secretario de Estado Baker “alguien tenía que hacer de policía de tráfico” y sólo EE.UU. tiene capacidad para una intervención masiva.

Como comentaba un responsable diplomático europeo: “Las realidades están otra vez en primer plano... Las realidades son el poder y el liderazgo norteamericano. Tal y como está construido el mundo hoy por hoy no hay recambios para ellas” (13).

Este es el sentido de la polémica que en estos días protagonizan en la prensa estadounidense Brzezinski, antiguo asesor de seguridad del Presidente Carter, y Kissinger (14). El primero sostiene que lo que está en juego es la soberanía de Arabia Saudí y los precios mundiales del petróleo que ésta puede garantizar. A estos objetivos *limitados*, corresponden medidas de fuerza limitadas. Es decir, negociar desde una posición de fuerza con Irak y garantizar la independencia de los productores de petróleo. La restitución de la soberanía a Kuwait debe ser cosa de la *comunidad internacional*. El segundo cree que lo que está en juego, no es sólo el petróleo sino el orden mundial, y que es necesario que EE.UU. en una intervención masiva derrote a Irak y restituya la soberanía a Kuwait. Sostiene Kissinger que si EE.UU. no quiere ver peligrar sus alianzas ni enfrentarse a *males mayores* en el futuro, es necesario que rápida y contundentemente derroque a Sadam Husein.

El primero y los que argumentan como él, ven los peligros de una guerra prolongada y creen que una política imperial de objetivos ilimitados es perjudicial para los intereses nacionales de los EE.UU. El segundo ve el peligro de un futuro incierto: florecimiento de las contradicciones Norte-Sur, repercusiones para el porvenir de Israel, etc. Argumenta que debe quedar claro ante todo el mundo que Sadam Husein ha salido derrotado de su aventura y así, no sólo alejar las nubes del firmamento de Israel, sino dar una lección de cara a otras posibles intenciones de subvertir el *orden mundial*.

Otro argumento en contra de la negociación es la debilidad del frente anti-iraquí forjado alrededor de los Estados Unidos, al mismo tiempo apoyo y traba para la acción estadounidense. Apoyo, en la medida en que su acción es legitimada por la *comunidad internacional*, y traba porque, si EE.UU. no hubiera contado con este arropamiento, hubiera confiado exclusivamente en sus propias fuerzas, sin verse obligado a que en sus cálculos entrara la necesidad de mantener unido ese frente. Parece que este cálculo entró en la decisión de los dirigentes soviéticos de apoyar la resolución 665 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que autoriza el uso de la fuerza, “proporcionada a la circunstancias”, para imponer el embargo.

Precisamente EE.UU. teme que si se inician negociaciones, esa casi unanimidad anti-iraquí se rompa: bien por países como Japón más dependientes del petróleo, bien por los países árabes cuya situación es muy difícil.

SEGUNDA PARTE.—LÍMITES AL USO DE LA FUERZA

El desafío iraquí al orden mundial

Con la invasión iraquí de Kuwait, éste ha trastocado el sistema internacional de estados, al menos en dos aspectos. En primer lugar ha violado las convenciones que regían las relaciones formales entre los estados, el consenso alcanzado, es decir, el derecho internacional. La invasión y apropiación de Kuwait viola al menos tres

principios del derecho: el de la soberanía, el derecho a la no intervención y el que prohíbe el recurso a la fuerza contra la independencia e integridad territorial de los estados. Como explica Antonio Remiro (15), “estos principios no sólo están enunciados —o necesariamente implícitos— en la misma Carta (de Naciones Unidas) y confirmados por importantes declaraciones adoptadas por la Asamblea General, como la 2625 (XXV), de 24 de octubre de 1970, y la 3314 (XXIX), de 14 de diciembre de 1974, sino que recientemente la Corte Internacional de Justicia tuvo ocasión, en una sentencia del 27 de junio de 1986 (Nicaragua contra Estados Unidos) de declarar su valor normativo fundamental a título consuetudinario”. Añadiríamos nosotros que los impulsores fundamentales de estas resoluciones de la Asamblea General —por no mencionar el demandante en la sentencia de la Corte Internacional que se cita—, fueron los nuevos y débiles estados poscoloniales amenazados por las potencias y por lo artificial de su formación.

En segundo lugar, Irak ha intentado cambiar el reparto de poder en el sistema de estados en una región del mundo muy sensible y potencialmente explosiva. Este trastocamiento brusco de la jerarquía regional de poder es inaceptable para el resto de los estados de la zona, para las potencias regionales —Israel— y para las potencias industrializadas.

Con la invasión, Irak ha creado un maremoto en las turbulentas aguas de la economía internacional, segando uno de los pilares de su funcionamiento —el flujo barato y seguro de petróleo— y acelerando la crisis económica latente.

El desafío de Irak es grande y no son de extrañar las respuestas de los estados. Oriente Medio y la zona del Golfo Pérsico no volverán a ser lo mismo, sea cual sea el desenlace final del conflicto. Y por añadidura, el mundo tampoco; y hablaremos de antes y después de la unidad alemana pero también de antes y después de la invasión iraquí de Kuwait.

Pero Sadam Husein, que no es Hitler y mucho menos Napoleón, no encabeza lo que Henry Kissinger (16) denominó una *potencia revolucionaria* (17). Sadam Husein no quería acabar con el orden mundial existente, sólo mejorar su posición en él. No sería muy aventurado suponer que ahora está sorprendido por la reacción mundial que la invasión ha provocado y por la *demonización* de su persona y de su régimen (18).

Que la respuesta haya sido en gran medida protagonizada e impulsada por EE.UU., no quiere decir que afecte sólo a este país y que los demás son comparsas, sino que sólo los Estados Unidos tenían la capacidad de reaccionar militarmente, y que sólo EE.UU. se jugaba el estar a la altura de su papel en las relaciones internacionales.

Los límites de Irak

Aunque ya hemos hablado en otra ocasión de ello, quizá no estaría de más volver a repetir aquí el inventario de los motivos de Irak. En el origen está la bajada de los precios del petróleo por la sobreproducción kuwaití y suadí. Las islas de Bubayan y Warda que proporcionarían a Irak una salida al mar y la bolsa de petróleo de Rumalia, que Irak compartía con Kuwait, son reivindicaciones históricas de Irak. Sadam Husein también pretendía la cancelación de la deuda que desde la guerra con Irán mantenía con Kuwait. Posiblemente quería mejorar su posición frente a sus vecinos y alzarse con el liderazgo regional. Y por último, no se debe despreciar el peso y la inercia de un ejército de un millón de hombres sin nada que hacer.

Es muy posible que su intención originaria no fuera la anexión pura y dura de Kuwait, sino el control sobre las islas y la bolsa de Rumalia y la hegemonía regional. En una reveladora entrevista Husein de Jordania —una de las principales víctimas políti-

cas del conflicto— explica cómo Irak, ante la reacción mundial, fue subiendo la apuesta (19): invadió todo el territorio de Kuwait para estar en mejor posición militar y, cara a unas futuras negociaciones, pasó de la constitución de un *Gobierno Provisional fantasma*, a la anexión y ahora hace llamamientos a las masas árabes para que defiendan los santos lugares frente a los infieles.

Posiblemente hoy baraje una gradación de objetivos que pueden ir desde la victoria absoluta que para Irak sería quedarse con Kuwait, hasta la propia supervivencia de su régimen. Podría negociar la retirada de Kuwait a cambio de las islas y del petróleo de Rumalia, podría negociar la retirada airosa de todo Kuwait, podría negociar cualquier salida que le permitiera salvar la cara ante los países árabes, las propias élites iraquíes y su propio pueblo, pero como dice el rey Husein en la entrevista citada “Si es una cuestión de humillación y rendición, no funcionará. La capitulación es inaceptable”. Por poca historia que sepa Sadam Husein, estará al tanto de que la derrota es fatal para las dictaduras. Los ejemplos griego y argentino avalan esta tesis (20).

Objetivos de EE.UU.

Como en el Congreso de Viena de 1815, parece que Estados Unidos no sólo se plantea como objetivo volver al *status quo ante* fronterizo, sino restaurar la legitimidad dinástica.

Ya hemos mencionado más arriba la polémica en la prensa estadounidense que en los primeros días del conflicto enfrentó a dos distinguidos miembros del *establishment* de la política exterior, Kissinger y Brzezinski. El segundo abogaba por unos objetivos limitados y razonables para el despliegue militar estadounidense. El primero, por una acción rápida de objetivos amplios.

Parece que, dentro de la confusión, ha predominado la postura que defendía el primero. Siguiendo con el paralelismo del Congreso de Viena, tan querido a Kissinger, el dúo Bush-Baker tendría que ejercer de Metternich y no sólo restaurar las fronteras de Kuwait, sino el orden trastocado por Irak, eliminando la fuente misma del desorden. Sadam Husein sería Napoleón y correría la misma suerte —el destierro y la muerte— iese sí, sin su gloria!

La coalición que lidera EE.UU. tiene como bandera la retirada iraquí de Kuwait, pero los Estados Unidos barajan otros objetivos. Unos tan ambiciosos como la instauración de un *nuevo orden* en Oriente Medio o un *nuevo orden internacional*, y otros más modestos como acabar con la capacidad iraquí de dotarse de armas de destrucción masiva o instaurar en Irak un *procónsul* (21).

Como escribe irónicamente el comentarista norteamericano William Pfaff, “A uno le gustaría pensar que un menú tan extenso de objetivos de guerra es el producto de una campaña estadounidense de desinformación destinada a desestabilizar y desmoralizar a Sadam Husein. Pero uno sospecha que la verdad es que el gobierno americano no sabe todavía cuáles son sus objetivos y si éstos son alcanzables” (22).

Parece claro, sin embargo, que aunque la línea diplomática de Estados Unidos es no negociar nada que no pase por la retirada total y unilateral de Irak de **todo** Kuwait, sus objetivos irían más allá: Sadam Husein debería, según los planificadores de Washington, salir derrotado, si no eliminado, del conflicto. “Altos funcionarios (del departamento de Estado) han comentado que Sadam Husein, no sólo tiene que ser derrotado, sino que tiene que aparecerlo ante los ojos de los árabes” (23). En primer lugar, porque no es admisible la persistencia de un Irak que amenace a los estados productores de petróleo de la península arábiga y del golfo Pérsico; en segundo lugar, porque no se puede dejar al aliado israelí con la papeleta de tenerse que enfrentar con un Irak fortalecido en el futuro; y, en tercer, lugar, porque es necesario en los tiempos que corren, cuando las medianas potencias del Tercer Mundo se están ar-

mando hasta los dientes, dar un escarmiento y dejar claro que nadie puede engrandecerse a costa del orden mundial.

Los estados árabes aliados de Estados Unidos son los que más presionan para que desencadene las operaciones militares y que éstas sean fulminantes y definitivas. Piensan que si no se acaba con Sadam Husein, éste se volverá invencible. Como se comentaba en la revista *THE ECONOMIST*, "la presente ruptura de la comunidad árabe es más profunda que las precedentes. Se basa en el miedo a que un país árabe, Irak, se vuelva tan desproporcionadamente poderoso que su líder pueda empezar a pensar en barrer la estructura existente de estados y unir a los árabes detrás suyo" (24).

Los bienintencionados —e interesados— intentos de Primakov, enviado de Gorbachov a la zona, de abrir la posibilidad de una solución negociada chocan necesariamente con la negativa rotunda del secretario de Estado, Baker.

Límites al uso de la fuerza

Ya en 1980, Stanley Hoffmann hablaba de los cambios en las relaciones internacionales que ponían límites al uso de la fuerza. Hablaba de **difusión**, entendiéndolo por ello tanto la ampliación del número de actores —estados—, como la ampliación del número de temas que estos estados tenían que abordar; de **diversificación**, cuando el poder no es ya igual a fuerza militar; y de **heterogeneidad**, en las relaciones internacionales (25). Repetía la misma tesis al tratar de la política exterior estadounidense en los llamados conflictos regionales (26).

Los límites al uso de la fuerza a los que Estados Unidos se enfrenta en la crisis actual pueden (perdón por la pedantería académica) clasificarse en aquellos que devienen del sistema internacional y aquellos que son consecuencia del sistema norteamericano, de su economía y de su historia reciente.

Entre los primeros merecería la pena recordar las tendencias profundas que siguen actuando en la sociedad internacional. Con la crisis actual parece que al mundo le ha pasado lo que a aquella ciudad, Castroforte, protagonista de la novela de Torrente Ballester (27): cuando todos sus ciudadanos pensaban en el mismo tema, la ciudad levitaba.

La reestructuración del orden europeo sigue en marcha, la URSS empieza a adaptarse a una economía de mercado, Alemania se unifica, el Pacto de Varsovia se disuelve y la OTAN no cumple ya papel alguno; la redistribución del poder económico en el mundo sigue adelante a pesar de la crisis y Estados Unidos pierde posiciones día a día; la desaparición del corsé de los bloques da nuevas alas a las políticas exteriores de los países y potencia su independencia; se agrava la contradicción Norte-Sur, etc. El mundo es mucho más complejo y la acción exterior de una potencia como Estados Unidos debe tener en cuenta muchos más factores, siendo el margen para la acción unilateral menor. Estas tendencias no se han paralizado porque todos los gobiernos y comentaristas de prensa piensen únicamente en la crisis del Golfo.

Pero algunas voces de alarma no tardaron en hacerse oír. Joseph Nye, famoso académico y consejero de Dukakis cuando éste era aspirante a la presidencia, escribía en el *NEW YORK TIMES*: "La crisis del Golfo que ha puesto en evidencia la unidimensionalidad del poder de Japón y Alemania, demuestra que aquellos que hablan del declive americano exageran el ascenso de estos países e infravaloran los recursos de Estados Unidos en el aspecto militar y en el de la construcción de alianzas. Pero si los líderes estadounidenses no abordan la reforma interior necesaria... pueden hacer que el punto de vista de aquellos que hablan de declive sea cierto" (28).

Martin Walker, corresponsal en Washington del periódico británico *THE GUARDIAN*, escribía: "La pregunta silenciada en Washington, formulada hasta ahora sólo a

puerta cerrada, es si sirve a los intereses a largo plazo de los Estados Unidos empujar a Japón y a Alemania hacia un papel más prominente y protagonista en los asuntos mundiales" (29).

Por su parte el famoso Paul Kennedy, que protagonizó la comidilla del mundo político de Washington con su libro sobre el declive de las grandes potencias, escribía: "El verdadero problema (de los imperios), parece, no era la capacidad para realizar una demostración de fuerza por parte del último número uno, sino su fracaso en reconocer que a largo plazo la salud, la riqueza y el poderío de la nación dependen del alcance no militar del poder de la nación y de tomar decisiones políticas difíciles en el frente interno" (30).

El segundo límite internacional a la acción de Estados Unidos proviene del doble carácter de la alianza antiraquí que ha forjado en torno suyo. Como ya hemos mencionado más arriba esta alianza fortalece y coarta la acción norteamericana. El 90% de los países apoyan el envío de tropas, ciertos países árabes llegan incluso a moderar las críticas de la Liga Árabe a la política proisraelí de Estados Unidos (31), el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aparece respaldando el despliegue militar estadounidense, etc.

Pero este apoyo que Estados Unidos logra de la *comunidad internacional* y de las Naciones Unidas, propicia la glorificación de la acción colectiva, del multilateralismo, y cierra cada vez más la posibilidad de una acción unilateral estadounidense, y subordinando la acción de EE.UU. al consenso de los aliados. Cuando EE.UU. era el todopoderoso *Llanero Solitario*, no tenía que consultar ni a su caballo para ejercer su acción vengadora y restauradora del orden; cuando uno es el *líder de la banda* tiene ciertas prerrogativas, pero necesita a la banda si quiere seguir siendo líder.

El tercer límite viene de lo que en la jerga se conoce como el problema de las "alliances on issues" (alianzas sobre temas). Es decir, no nos encontramos ante dos bloques que defienden modelos distintos de sociedad, intereses estratégicos contrapuestos, divididos por una línea clara, delimitada y única. Nos encontramos ante una crisis donde las contradicciones, así como las líneas de división, son múltiples y los países ahora aliados son, de hecho, adversarios cuando el tema es otro.

En estos días los ejemplos se han multiplicado: la prensa estadounidense informaba hace días que Kuwait rechazó la ayuda militar norteamericana antes de la invasión por miedo a provocar a sus vecinos árabes (32); la administración estadounidense tiene problemas para transferir a Arabia Saudí el armamento solicitado por presiones de Israel y del lobby judío en el Congreso; Estados Unidos y sus aliados se ven obligados a condenar a Israel por la matanza en Jerusalén debilitando así una alianza que ha sido la piedra de toque de la política norteamericana en Oriente Medio; por el contrario, Egipto y Kuwait vetaron una resolución de la Liga Árabe, presentada por la OLP, que condenaba la política de Estados Unidos en Oriente Medio, y el consenso se logró sustituyendo la palabra condena por desaprobación (33); los ministros de Asuntos Exteriores de los enemigos centrales en esta crisis, Irak y Arabia Saudí, se sentaron en la misma mesa en la reunión celebrada en Rabat el pasado 15 de octubre, del Comité Al Qods establecido por la Conferencia Islámica para recuperar Jerusalén; las presiones a las que Estados Unidos somete a sus ricos aliados, Japón y Alemania, son vistas con disgusto y preocupación por los vecinos de estos países. Ni Corea, ni Filipinas, firmes aliados de los Estados Unidos, quieren ver tropas japonesas fuera del archipiélago nipón. Los europeos, y como hemos mencionado antes ciertos círculos estadounidenses, temen un papel militar activo por parte de Alemania. Ambos grupos de países temen que la crisis actual fomente el desarrollo militar de los que hasta ahora han sido gigantes económicos pero enanos en lo político y militar.

Límites domésticos

George Bush tiene que responder ante su electorado. Esta evidencia tiene gran importancia a la hora de decidir el curso a seguir. No quiere decir que una victoria del partido demócrata supusiera un giro radical en la política exterior de los Estados Unidos, pero lo que para la Historia resulta banal puede ser bastante importante para alguien cuyo cargo depende de la reelección. Bush, Baker, etc. tienen muy en cuenta la popularidad o impopularidad de una determinada política.

En un artículo aparecido en el INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE, se comentaba que "El presidente Bush y sus consejeros políticos creen que una guerra incluso de corta duración sería muy costosa en términos de bajas americanas, y que el apoyo político en casa podría rápidamente desvanecerse" (34). Las encuestas realizadas en Estados Unidos indican que la mala situación de la economía y el punto muerto en que se encuentra la crisis del Golfo están minando la popularidad del presidente Bush (35).

El déficit presupuestario es otro de los límites que coartan la libertad de movimientos internacionales de la administración Bush. Se calcula que en los once primeros meses del año fiscal de 1990, el déficit presupuestario de los Estados Unidos es de 241.000 millones de dólares (el de 1986, el más alto hasta ahora, fue de 221.000 millones) (36). Los expertos vaticinan que la economía estadounidense está al borde de la recesión de la que hablan los informes del FMI. Se pone seriamente en duda la viabilidad de una economía financiada con ahorro extranjero y "que cuadra sus cuentas del tesoro con una deuda externa ya jamás amortizable y cuyos vencimientos empezarán a ser asfixiantes" (37). El mismo comentarista continúa: "La huida hacia adelante se ha convertido en la carrera hacia el superdéficit. La premura en la reacción de Washington hace pensar que las dimensiones del problema presupuestario estadounidense son mucho mayores que lo que las cifras oficiales dejan entender" (38).

Un tercer límite doméstico a la acción exterior de los Estados Unidos es lo que algunos científicos sociales conocen como la *entropía* del sistema de gobierno norteamericano: "El sistema de gobierno norteamericano se caracteriza por la gran cantidad de energía que se absorbe o disipa en el funcionamiento interno del sistema y que no está disponible para las tareas políticas que un estado moderno debe acometer" (39). El sistema de federalismo estricto, de radical separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, una constitución basada en "checks and balances" (controles y equilibrios) entre los poderes, unos congresistas y senadores que no responden a disciplina de partido sino a su electorado —o a las élites locales que propician su elección— potencian esa pérdida de *energía*. La actual batalla por el presupuesto es un buen ejemplo.

En los años de la guerra fría la presidencia, amparada en un clima de fuerte paranoia, logró poderes especiales del Congreso en lo que se refiere a política exterior y de defensa. Son los años de lo que se conoce como la *presidencia imperial* (40). La guerra de Vietnam, la invasión *secreta* de Camboya y el escándalo Watergate acabaron con las prerrogativas presidenciales.

En los años setenta el Congreso aprobó la llamada *Ley de Poderes de Guerra*, por la que el presidente está obligado a retirar las tropas enviadas, sin previa aprobación del Congreso, a zonas de combate en un plazo de noventa días, en el caso de que en el transcurso de ese tiempo no se hubiera dado una aprobación formal (41). De esta manera, la política estadounidense en el Golfo tendrá que ser negociada en un complicado proceso entre cámaras y presidencia.

Las luchas de intereses entre los diferentes grupos de presión y de poder se reflejan en las diferentes posiciones en la negociación. La popularidad o impopularidad de una política tiene reflejo inmediato en las posturas de congresistas y senadores

que dependen para su reelección de sus bases. Si la crisis económica se agrava y empiezan a caer los primeros soldados americanos, Bush y Baker tendrán que realizar ímprobos esfuerzos para lograr la aquiescencia del Congreso y del Senado estadounidenses.

El 19 de septiembre un alto cargo del departamento de Estado fue abroncado en el subcomité de relaciones exteriores del Congreso por la política seguida con Irak hasta la invasión. El 2 de octubre, también en el Congreso se aprobó una resolución apoyando la política seguida por Bush en el Golfo, pero que contenía lo que un comentarista señalaba como "una señal a la Casa Blanca de que no estaban (los congresistas) necesariamente preparados para aceptar que Estados Unidos entrara en una guerra en el Golfo" (42).

¿Habrá guerra?

Aun a riesgo de que se nos diga que para este viaje no necesitábamos tan largas, prolijas y pesadas alforjas, diremos que no nos atrevemos a realizar predicciones.

Hemos señalado la incompatibilidad de objetivos entre Irak, por un lado, y Estados Unidos y sus aliados, por otro. Esto apunta a una resolución violenta del conflicto. Pero también hemos apuntado los límites de Estados Unidos, y no digamos de Irak, para desencadenar una acción militar.

¿Se mantendrá la alianza antiiraquí tal y como está ahora configurada? ¿Qué supondría el hecho de que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, a través de su Comité Militar tomara el mando de las operaciones militares? ¿Logrará Irak poner el conflicto de Palestina en primer término? ¿Cuánto aguantará el pueblo de Irak? ¿Hay élites y fuerzas en Irak contrarias a la actual política de Saddam Husein? Son muchas las incógnitas.

Algo sí tenemos claro: el mundo después de la crisis del Golfo no volverá a ser como antes. Ni Estados Unidos ocupará el mismo papel en las relaciones internacionales —sobre todo si no es capaz de vencer en el desafío—, ni el mundo árabe soportará sin más las secuelas del conflicto. El orden mundial tal y como hoy lo conocemos —jerárquico, explotador e injusto— está en juego en el Golfo Pérsico.

Líneas de reflexión

Para acabar este ya largo artículo, cuando las espadas están aún en alto, puede ser conveniente proponer algunas líneas de reflexión sobre el mundo y sus miserias, para desarrollar en un futuro.

En primer lugar, constatar la vigencia del uso de la fuerza en las relaciones internacionales. En un mundo profundamente contradictorio, la fuerza sigue siendo el recurso en última instancia. Ni el derecho internacional tantas veces evocado estos días, ni la llamada comunidad internacional, ni la justicia de una causa, parecen ser nada sin una fuerza que las respalde.

Pudiera ser también interesante reflexionar sobre la consolidación del modelo de estado-nación en el Tercer Mundo. La construcción del estado y la modernización parecen ser los objetivos universales de los estados. En relación con esto, parece que la misma idea de Tercer Mundo como bloque de los pobres enfrentado a los ricos, es algo del pasado. Más bien parece que lo que ahora predomina es el "sálvese quien pueda", por encima de solidaridades retóricas. Puede ser que en el futuro proliferen estados del *Tercer Mundo* poderosamente armados, que intenten conseguir ventajas o dirimir conflictos mediante la fuerza.

Por último, constatar el fin de la bipolaridad y lo incierto del orden mundial futuro.

NOTAS

- (1) HALLIDAY, Fred. *The Arc of the Crisis*. Cambridge: Polity Press, 1985.
- (2) GIDDENS, Anthony. *The Nation-State and Violence*. Cambridge: Polity Press, 1985 y *The Consequences of Modernity*. Cambridge: Polity Press, 1990.
- (3) Sobre los problemas del ajuste estadounidense a la nueva situación. Lawrance Eagleburger, subsecretario de Estado de EE.UU., realizó dos reveladores discursos. El primero fue ampliamente recogido en la prensa. Ver, por ejemplo, MENDO, Carlos, TEMOR EN WASHINGTON ANTE LAS REFORMAS EN EL ESTE, en *El País*, 21 de septiembre de 1989 y TARNOFF, Peter, WHY ALL THIS SUDDEN NOSTALGIA FOR THE COLD WAR, en el *International Herald Tribune*, 20 de septiembre de 1989. El segundo titulado UNCHARTED WATERS fue publicado en *Foreign Service*, la revista del cuerpo diplomático estadounidense, en diciembre de 1989.
- (4) GIDDENS, Anthony, libros citados.
- (5) PEÑAS ESTEMAN, Francisco Javier. POLÍTICA DE BLOQUES Y RESOLUCION DE CONFLICTOS REGIONALES, en *Papeles para la paz*, 37, 1990.
- (6) Hay una abundante literatura sobre el proceso de descolonización, pero también ver HIRST, David. AL LION AMONG THE FRIGHTENED GAZELLES, *The Guardian Weekly*, 12 de agosto de 1990.
- (7) Citado por WILL, George F. SADDAM IS LAYING BARE THE ARAB'S STATES ROOTS, en el *International Herald Tribune*, 10 de agosto de 1990.
- (8) Ver por ejemplo, DIEZ DE VELASCO, Manuel. *Instituciones de Derecho Internacional Público*, tomo II. Madrid: Tecnos 1988, sexta edición. Para un análisis completo del problema, ver JACKSON, Robert H. y ROSBERG, Carl G. WHY AFRICA'S WEAK STATES PERSIST: THE EMPIRICAL AND THE JURIDICAL IN STATEHOOD. *World Politics*, 35, October 1982.
- (9) *International Herald Tribune*, 28 de agosto de 1990.
- (10) Ver, por ejemplo, MANDELBAUM, Michael. *The Fate of Nations*, Cambridge: Cambridge University Press, 1988.
- (11) Informaciones a este respecto han salido habitualmente en la prensa norteamericana.
- (12) Cuando aquí se habla de conflictos regionales nos referimos a aquellos conflictos donde estén involucrados dos o más estados, ya sean de la región o no. No entran por tanto aquellos conflictos donde un movimiento revolucionario se enfrenta al poder establecido en un marco exclusivamente local. Para más detalle ver PEÑAS, Francisco Javier, artículo citado, POLÍTICA DE BLOQUES...
- (13) Citado por APPLE, R. W., A LONE SUPOWER: DEFINING THE LIMITS, en el *International Herald Tribune*, 21 de agosto de 1990.
- (14) Ver, BRZEZINSKY, Zbigniew. THE GOAL IS ASSURIGN WORLD SUPPLY, en el *International Herald Tribune*, 17 de agosto de 1990; KISSINGER, Henry. BUSH HAS CROSSED A RUBICON IN THE SAUDI SANDS, en el *International Herald Tribune*, 20 de agosto de 1990; y BRZEZINSKY, Zbigniew. WHY TO FIGHT AND WHY NOT TO, en *Newsweek*, del 27 de agosto de 1990.
- (15) REMIRO BROTONS, Antonio. LA CRISIS DEL GOLFO Y EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL, en *Política Exterior*, Vol. 4, Num. 17, otoño, 1990.
- (16) KISSINGER, Henry. *A World Restored*, New York: Grosset y Dunlap, 1964 (publicado por primera vez en 1957).
- (17) Potencia revolucionaria es para Kissinger aquélla que no sólo quiere cambiar el status quo, sino romper las mismas "reglas de juego" que lo conforman. Por ejemplo, la Francia revolucionaria y Napoleón.
- (18) Más si tiene en cuenta la conversación que días antes de la invasión mantuvo con la embajadora estadounidense en Bagdad, April Glaspie, recogida meses después por la prensa. Ver *El País*, 25 de septiembre de 1990.
- (19) Entrevista realizada por Judith Miller. IN JORDAN, AN EDGY KING HUSSEIN REVIEWS THE CRISIS. Publicada en el *International Herald Tribune*, 18 de octubre de 1990.
- (20) Esta experiencia histórica plantea un interesante tema teórico: el de la relación entre la política interior y la coyuntura internacional. La presión internacional como origen de las revoluciones tanto sociales como burocráticas están tratadas en los trabajos de Skocpol y Trimberger. Ver SKOCPOL, Theda. *Los estados y las Revoluciones Sociales*, México: F.C.E., 1984; TRIMBERGER, Ellen Kay. *Revolutions from Above*, New Brunswick: Transaction Books, 1978; y SKOCPOL T. Y TRIMBERGER, E. K. REVOLUCIONES Y DESARROLLO DEL CAPITALISMO A ESCALA MUNDIAL, en *Teoría*, 6, abril-junio, 1981.
- (21) Ver PFAFF, William, MISTAKES IN WAR-MAKING, en *International Herald Tribune*, 20 y 21 de octubre de 1990.
- (22) Ib. PFAF, William.
- (23) Citado en FREIDMAN, Thomas L. GULF TALKS: WHY U.S. SAYS NO, en el *International Herald Tribune*, 23 de agosto de 1990.
- (24) Ver *The Economist*, 15 de septiembre de 1990.
- (25) HOFFMANN, Stanley, *Orden Mundial o Primacía*. Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano, 1988. (Primera edición en inglés, 1980).
- (26) HOFFMANN, Stanley. ON THE OUTBREAK OF PEACE AND THE LIMITS OF FORCE, en el *International Herald Tribune*, 5 de septiembre de 1988.

- (27) TORRENTE BALLESTER, Gonzalo. *La Saga/Fuga de J.B.*, Barcelona: Destino, 1972.
- (28) NYR JR. Joseph S., AMERICA HASN'T BEEN DECLINING, en el *International Herald Tribune*, 4 de octubre de 1990.
- (29) WALKER, Martin. BUSH WHIPS GERMANS AND JAPANESE INTO LINE, en *The Guardian Weekly*, 23 de septiembre de 1990.
- (30) KENNEDY, Paul. LA FRAGILIDAD DE LA PRIMERA POTENCIA, en *El País*, 1 de septiembre de 1990.
- (31) Ver las informaciones sobre la cumbre de la Liga en Túnez, el pasado día 19 de octubre. Por ejemplo, LA LIGA ARABE PIDE A ESTADOS UNIDOS QUE MODIFIQUE SU POLITICA CON ISRAEL Y DEFIENDA A PALESTINA, en *El País*, 19 de octubre de 1990.
- (32) Ver KUWAIT REPORTEDLY REJECTED U.S. MILITARY AID BEFORE IRAQUI INVASION, en el *International Herald Tribune*, 5 de octubre de 1990.
- (33) Ver artículo citado LA LIGA ARABE PIDE A ESTADOS UNIDOS..., en *El País*, 19 de octubre de 1990.
- (34) Ver U.S. SHIES AWAY FROM A DECISION ON WAR IN THE GULF, en el *International Herald Tribune*, 15 de octubre de 1990.
- (35) Ver, SAGGING ECONOMY SAPS PUBLIC SUPPORT FOR BUSH GULF POLICY, en el *International Herald Tribune*, 15 de octubre de 1990.
- (36) ONTIVEROS, Emilio, LA RUPTURA DEL PACTO PRESUPUESTARIO EN EE.UU., en *El País Negocios*, 7 de octubre de 1990.
- (37) BENITO CARDENAL, Luis Carlos. UNA MALA NOTICIA. En *El País*, 22 de septiembre de 1990.
- (38) ib. BENITO CARDENAL, Luis Carlos.
- (39) CERNY, Philip G. POLITICAL ENTROPY AND AMERICAN DECLINE, en *Millenium Journal of International Studies*, Vol. 18, No. 1, primavera de 1988.
- (40) Hay dos libros importantes dedicados al mismo tema: ARON, Raymond. *The Imperial Republic*. New Jersey: Prentice hall, 1974 (primera edición en francés, 1973) y SCHLESINGER, Arthur M. *The Imperial Presidency*, Boston: Houghton Mifflin Company, 1989 (primera edición de 1973).
- (41) Ver GARCIA COTARELO, Juan EL REGIMEN POLITICO DE LOS ESTADOS UNIDOS en FERRANDO BADIA, Juan (coordinador). *Regímenes Políticos Actuales*, Madrid: Tecnos, 1987.
- (42) Ver BUSH GETS HOUSE'S BLESSING ON POLICY SO FAR IN THE GULF, en el *International Herald Tribune*, 3 de octubre de 1990.

Ecuador: aspectos de la evolución sociopolítica.

Características estructurales y problemas pendientes

Omar de León Naveiro *

Introducción

El objetivo de este trabajo es presentar una visión sinóptica de las principales características estructurales en la evolución sociopolítica de Ecuador y su vinculación con algunos de los problemas por los que atraviesa actualmente.

Ecuador presenta hoy una serie de complejos problemas cuya comprensión trasciende un enfoque meramente sincrónico. Por ello creemos necesario comenzar por un análisis histórico que, sin ser exhaustivo, recoja algunas claves para la comprensión de su formación social y política. Trataremos también de rescatar e hilvanar lógicamente aquellos fenómenos que, como el caudillismo, el personalismo, el populismo, etc, constituyen piezas fundamentales para el acercamiento a la sociedad ecuatoriana de hoy. En esta parte, el trabajo recogerá además de los aspectos políticos y sociales, aquellos factores económicos que tuvieran especial relevancia para la comprensión de los hechos históricos.

En la exposición de los principales temas que ocupan la actualidad sociopolítica, comenzaremos por un acercamiento a obstáculos que encuentra el sistema político instaurado en 1978 como marco para consolidar en el país un régimen democrático de gobierno. Finalmente señalaremos algunos aspectos sociales que parece necesario considerar como prioritarios para llenar de contenido las formas políticas vigentes.

Antecedentes históricos

El desenlace de la Guerra de Independencia supuso pocos cambios en las relaciones de poder entre los grupos dominantes de la sociedad colonial. Los terratenientes serranos y los comerciantes porteños consolidaron su hegemonía abocándose enteramente a la estructuración de un Estado acorde con sus intereses.

Sin embargo, sus antagonismos económicos e ideológicos dificultaron enormemente esta tarea. El ejército apareció entonces como sector emergente después de la

* Profesor del Departamento de Economía Aplicada-V de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

guerra, capaz de mediar o resolver en algún sentido este conflicto de poder. Casi inmediatamente esta institución se convirtió en el factor decisivo para el desenlace político del conflicto ideológico y de intereses en el seno del grupo social dominante, función que devendría una constante en la historia política del país.

Durante las primeras décadas de vida independiente el sistema de producción de la hacienda se consolida y expande. En la Costa los terratenientes incrementan su patrimonio a expensas de los pequeños labradores, especialmente durante los momentos de auge de las exportaciones de cacao. En la Sierra muchas comunidades indígenas pierden sus tierras por carecer de títulos de propiedad en una dudosa aplicación de la ley y la justicia. También las antiguas tierras reales van a poder de los latifundistas criollos.

Se incrementa en ese momento la lucha por la propiedad agraria, requisito insoslayable para aspirar al ascenso social y a la participación política. Médicos, abogados, militares y comerciantes pugnan por el incremento de sus bienes raíces.

La concentración de la propiedad agraria en pocas manos llevó a los trabajadores agrícolas a una situación de absoluta dependencia. Al antiguo sistema de concertaje se sumaron entonces otras formas precarias de explotación como la sembraduría y la aparcería (1).

Con semejantes relaciones de producción, fácil es percibir el enorme poder del terrateniente. Casi siempre era la personificación misma del poder, ejercido paternal y despóticamente en el municipio rural, en el pueblo, cuando no en el Congreso Nacional (2). La gran masa de gente que dependía de sus favores lo convertía en un aliado político necesario para cualquier partido que pretendiera llegar al poder. Así, la institución del cacicazgo es inseparable del universo social de la hacienda y una pieza clave en la articulación política de la sociedad tradicional. Por otra parte, una economía nacional totalmente dependiente de la producción agrícola reforzaba aún más el protagonismo de este grupo en la vida política.

Dentro de este panorama general, es importante hacer notar que se produjeron en Ecuador dos dinámicas regionales distintas:

a) La Costa experimentó una notable prosperidad, impulsada por el crecimiento de la demanda externa, especialmente de cacao, producto con el que el país consiguió una inserción relativamente estable en el Sistema Económico Mundial. Esta vinculación favoreció los intereses de los grupos agro-productores costeros y exportadores de Guayaquil dando lugar a la hegemonía de la que se llamó oligarquía agro-exportadora. La expansión de las exportaciones de cacao coincidió con la construcción de un aparato institucional que dio mayor entidad al Estado. Esta tarea comenzó en el período de García Moreno (1895-75) y continuó, con distintos matices, en el período liberal (1895-1925). Después del asesinato de Alfaro (1912) la oligarquía agro-exportadora alcanzó el mayor nivel de hegemonía favorecida por la excepcional coyuntura externa. Es el período llamado "plutocrático".

b) La Sierra, y en especial la región nor-central, sufrió una profunda crisis, debida en parte al escaso desarrollo del mercado interno, al que estaba destinada su producción, y en parte porque los obrajes, en que se basaba especialmente su economía, fueron desmontados debido a la apertura indiscriminada de las importaciones textiles. Los terratenientes serranos fueron incapaces de organizar la producción textil adecuándola a las novedades tecnológicas de la época para hacer competitivos sus productos. La "mentalidad empresarial" era no sólo ajena al universo social de la Sierra, sino que pervivían valores que denostaban el trabajo manual y la actividad de los negocios.

Este modelo de crecimiento económico y de configuración del Estado encontraría sus límites estructurales en la aparición de nuevos sectores sociales. Comenzaron a cobrar cierta importancia la pequeña burguesía comercial, el funcionariado estatal, los profesionales, los empleados de servicios en general y aun el proletariado agrícola de la Costa, donde el sistema de jornal empezaba a desplazar las tradicionales for-

mas precarias de producción. Estos grupos y especialmente los primeros, que llamaríamos clases medias, fueron el soporte social de la Revolución Juliana de 1925. Entonces un sector de la oficialidad del ejército tomó el poder para implementar reformas que apuntaron esencialmente a la extensión y modernización de la estructura del Estado, al mejoramiento de la recaudación fiscal y la regulación de las relaciones capital-trabajo. Se crearon instituciones bancarias controladoras, un sistema de seguridad social y se expidieron numerosas leyes laborales que conducirían más tarde a la elaboración del Código de Trabajo.

La experiencia de la Revolución Juliana y la crisis de 1929 que consolidó la quiebra del modelo de crecimiento basado en las exportaciones de cacao, marcaron el inicio de una etapa caracterizada por una mayor movilización de los nuevos actores sociales, la reaparición del ejército como defensor de los intereses de la oligarquía en la mediación del conflicto político y la emergencia de nuevas formas de organización social.

Sin lugar a dudas la dinámica socio-económica de los últimos años había operado modificaciones en la relación de fuerzas entre los actores sociales y en la resolución del conflicto que tales actores planteaban. Guayaquil era ya, indiscutiblemente, el polo dinámico de la economía del país y estaba llamado a cobrar mayor protagonismo político. A su entorno no cesaban de llegar campesinos desde las distintas regiones serranas configurando un escenario original con amplios sectores social, económica y políticamente marginados. Sin embargo, la vigencia de un sistema formalmente democrático implicaba necesariamente contar, al menos desde la perspectiva electoral, con estos grupos. Surge así la práctica política que conocemos como populismo y que encontró en José María Velasco Ibarra un paradigmático representante. Populismo o dictadura parecía en esta coyuntura un dilema que sólo fue atemperado en parte por las consecuencias del espectacular crecimiento del sub-sector bananero en la década de 1950.

La expansión de las exportaciones de este producto trajo aparejadas, además de las inmediatas consecuencias en términos de excedentes, profundas repercusiones sociales para el país. El banano no se cultiva en sistema de plantación latifundista, como el arroz o el cacao, sino en plantaciones de pequeña y mediana superficie que usan mano de obra libre y son más intensivas en capital. Rápidamente desarrollada en la Costa, la actividad bananera produjo una fuerte expansión de la frontera agrícola y dio origen a una clase media rural configurada por pequeños y medianos propietarios, transportistas, intermediarios y gestores de servicios. Asimismo creció la burguesía financiera local, que participaba en la comercialización del producto. A pesar de todo ello, los grupos comerciales guayaquileños seguían siendo los más poderosos del país, al mantener el control de los canales de comercialización de las exportaciones.

En cierto sentido, el banano fue soporte de un crecimiento económico sostenido y de 13 años de gobiernos democráticos. La crisis del sector en 1960-63 vino asociada con una crisis política que culminó con un golpe de Estado y el establecimiento de una Junta Militar de Gobierno. Con los vientos desarrollistas de la época el gobierno militar pretendió encauzar el desarrollo nacional a través de dos mecanismos: la modernización del agro y la industrialización. En el primer aspecto se promulgó una Ley de Reforma Agraria (1964) que tenía como principal objetivo eliminar las relaciones de producción precapitalistas en el campo y crear un sector de medianos propietarios rurales. En el segundo se puso énfasis en el proyecto de industrialización por sustitución de importaciones.

En el plano social, estas políticas tuvieron las siguientes consecuencias:

- Salarización del campesinado y creación de las condiciones estructurales favorables para la intensificación de la marcha hacia las ciudades.
- Aparición de un grupo empresarial relativamente dinámico asociado generalmente al capital y a la tecnología extranjera.

— Los grupos obreros fueron adquiriendo importancia numérica y capacidad de organización.

— Diferenciación de una clase media configurada por trabajadores del sector terciario, técnicos y obreros especializados.

Los procesos de urbanización e industrialización, unidos al desarrollo del transporte y las comunicaciones trajeron cambios en las relaciones de poder. Se produjeron entonces desplazamientos y nuevas alianzas con un cierto debilitamiento de los grupos agro-exportadores. Los cuatro sectores dominantes: latifundista, agro-exportador, financiero-importador e industrial pasaron a vincularse estrechamente, hecho que dificultó la diferenciación de intereses y valores. Esto conspiró con el diseño e implantación de un modelo económico y político capaz de impulsar un sector hegemónico que sirviera de soporte social al modo de producción capitalista, en proceso de consolidación.

Esta situación social, considerablemente más compleja que la de los años 40, daba lugar, en términos políticos, a un resultado similar en virtud del peso cuantitativo de los grupos subintegrados de Guayaquil y la zona costera que aseguraban al líder populista el triunfo en cualquier comicio no fraudulento.

El ejército sería, una vez más, el encargado de impedir o abortar un gobierno de Velasco Ibarra. Sin embargo, el golpe de Estado que le derrocó en 1972 tendría características particulares. El gobierno de las Fuerzas Armadas, presidido por el general Rodríguez Lara se autoproclamó "nacionalista y revolucionario, popular, antifeudal, antiloligárquico, programador y de desarrollo autónomo", siguiendo la línea ideológica del velasquismo peruano.

Este gobierno militar coincidió con la aparición del petróleo como principal producto de exportación, multiplicando los excedentes que permitirían dinamizar la economía y dedicar recursos a la solución de problemas sociales. La buena coyuntura permitió al gobierno Rodríguez Lara la instrumentación de reformas estructurales, como la profundización de la Reforma Agraria (1973) y la construcción de infraestructura para el desarrollo industrial, políticas articuladas en el Plan Quinquenal 1973-77. Esta política de desarrollo contó con la presencia activa del Estado que se había convertido en el principal agente económico del país, controlando el 80 por ciento del negocio petrolero.

Sin embargo, el enfrentamiento con los intereses de la burguesía exportadora terminaron con la caída de Rodríguez (1975) y el giro del gobierno militar, controlado ahora por un sector "institucionalista" del ejército (3).

La coyuntura política en la transición y el problema de la legitimidad

Con el "Programa de reestructuración jurídica" anunciado en julio de 1976 por la Junta Militar que reemplazó al general Rodríguez Lara, comenzó en Ecuador el tránsito hacia la implantación de un régimen democrático.

Estas situaciones de cambio de régimen siempre plantean el problema inicial de la legitimidad. ¿Hasta qué punto un sistema político construido desde las premisas impartidas por quienes usurparon el poder y careciendo por ello de representatividad, puede considerarse legítimo? La propia relación de fuerzas sociales y políticas determina que, en estas coyunturas, las democracias sean necesariamente hijas en distintos grados de las dictaduras. Sobre la legitimidad de este proceso en el caso ecuatoriano es posible encontrar opiniones encontradas (4).

En el plan de retorno al régimen de derecho se establecía la formación de tres comisiones encargadas de elaborar:

- Un proyecto de Constitución.
- Un plan de reformas a la Constitución de 1946.
- Los proyectos de Ley de Partidos Políticos y Ley Electoral.

Los proyectos elaborados por la tercera comisión fueron sancionados directamente por el gobierno militar. En lo que concierne a la Constitución se convocó un referéndum, celebrado en enero de 1978, en el que salió elegido el proyecto de la primera comisión (5).

Estas tres instituciones (Constitución, Ley de Partidos Políticos y Ley Electoral) son el marco jurídico estructural en el que se cimenta la vida política durante estos años. Mal o bien representan el consenso alcanzado en un momento histórico determinado y sobre el que se fijaron los perfiles de la evolución política, económica y social del país. En este sentido, no es aventurado decir que estas normas alcanzaron entonces la legitimidad necesaria y suficiente para hacerlas funcionales. En ese momento (y en éste) del desarrollo político del país no parece que los problemas más graves surjan del horizonte que establece la Carta Política. Frecuentemente, (y en América Latina podemos encontrar muchos ejemplos) la vida política discurre de espaldas a los vínculos establecidos entre las instituciones básicas y la sociedad que pretenden regular. Muchas veces las Constituciones son letra muerta.

A más de diez años de distancia se nos ofrece la posibilidad de escapar de esta discusión para plantear la legitimidad en otros términos. Parece ahora más relevante preguntarnos hasta qué punto el sistema político erigido en aquel momento fue capaz de encauzar el conflicto político y de dar respuesta a los profundos problemas que secularmente sufre la sociedad ecuatoriana.

En esta línea, abordaremos la evolución política de los últimos años desde una doble perspectiva. Por un lado, de los problemas institucionales surgidos de la legalidad vigente, especialmente aquellos que parecen manifestación de las tendencias históricas características de la práctica política en Ecuador. Por otro lado, insinuaremos los retos que el sistema enfrenta a nivel social si se pretende desarrollar en forma integral un sistema democrático.

Problemas institucionales en el desarrollo democrático

Los problemas institucionales que minaron la transición política ecuatoriana pueden clasificarse, según su origen, en:

- los nacidos de las imperfecciones y aun contradicciones que puede presentar el sistema jurídico.
- aquellos debidos mayormente a las características y prácticas de los actores políticos del país.

Efectivamente, las tradiciones políticas (algunas de las cuales quedaron reseñadas en el capítulo histórico) ofrecen una adecuada perspectiva de análisis para interpretar los procesos acaecidos en sociedades inmersas en situaciones de cambio, donde se superponen modos de producción, culturas y prácticas políticas.

El primer ejemplo significativo está constituido por el conflicto surgido durante el período de Febres Cordero entre el presidente y la Cámara de Representantes. El Poder Ejecutivo y el Legislativo se enfrentaron con motivo de la elección por este último de los miembros de la Corte Suprema de Justicia, la Ley de Salarios y la reforma de la Ley Electoral (6). Aunque pueda descargarse parte de la responsabilidad en una cuestión de delimitación de competencias, es evidente que el autoritarismo presente en la actitud del Ejecutivo y en la tutela de las Fuerzas Armadas que siguieron atentamente el proceso, juega un importante papel en la realidad política ecuatoriana. Yendo más en profundidad, es posible que la misma concepción de las relaciones

entre ambos poderes que refleja la Constitución encierre una propensión a crear estas situaciones.

Esta última afirmación, sin embargo, no puede ser categórica. En la teoría clásica de la democracia el fundamento de la existencia de los poderes del Estado es el control y el equilibrio del sistema. Sin embargo, en el caso ecuatoriano la práctica política parece apuntar a que el control se transforme fácilmente en obstrucción. La composición de la Cámara de Representantes, que se renueva en su mayor parte cada dos años, da frecuentemente por resultado una relación de fuerzas adversa al Ejecutivo, que se elige en dos vueltas y por tanto es muchas veces fruto de alianzas coyunturales. Esta modificación sustancial del Congreso cada dos años, si bien aumenta la representatividad de los diputados, da cierta inestabilidad al sistema impidiendo que consiga la inercia necesaria para encarar una acción política de medio y largo plazo.

Esta dinámica se ve reforzada por las características del sistema de partidos ecuatoriano. Uno de los objetivos perseguidos por la Ley de 1978 era reducir el número de partidos en la certeza de que se aumentaría por esa vía la estabilidad del sistema. En la práctica el efecto fue el contrario y aumentaron hasta sumar 18 en las elecciones de 1988. Esta segmentación se hace aún más grave al examinar los planteamientos ideológicos de los partidos, que revelan frecuentemente importantes ambigüedades. Esta inconsistencia ideológica origina casi siempre compromisos débiles y cambiantes que acentúan la precariedad de la acción política (7).

El *caudillismo* y el *populismo* son también rasgos característicos del universo político ecuatoriano. El populismo surge en la década de 1930 como consecuencia de la exclusión de la población por los partidos tradicionales y en parte por el fracaso de la alternativa representada por la Revolución Juliana de 1925. Su base electoral eran los sectores subintegrados de Guayaquil y sectores de las clases medias. Posteriormente extendió su influencia a toda la región costera (8). Como en otros países de América Latina, el populismo es un movimiento de masas con escasa organicidad y nucleado en torno al líder que aparece como una figura carismática, con una ideología imprecisa y un programa político difuso. Ecuador presenta en su historia verdaderos arquetipos del líder populista como son José María Velasco Ibarra, cinco veces presidente de la República, y Assad y Abdalá Bucaram. Sin embargo, dos aspectos diferencian al populismo ecuatoriano de otros fenómenos similares de la región. Cuando llegó al poder no fue reformista, experimentando un marcado divorcio de las masas que lo apoyaron. Además los líderes populistas experimentaron siempre un profundo antagonismo con el ejército.

Es importante para tener una idea adecuada de la realidad política ecuatoriana, tomar en cuenta que los movimientos populistas, representados institucionalmente por sus partidos (Concentración de Fuerzas Populares y Partido Roldosista Ecuatoriano) aumentaron en los últimos años su importancia, llegando a obtener en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de junio de 1988 el 47 por ciento de los votos. Algunas de las razones de este fortalecimiento han de buscarse, por un lado, en la situación social y económica de las masas urbanas subintegradas del cinturón metropolitano de Guayaquil y otras zonas costeras, y por otra parte, en la sintonía de las prácticas electorales populistas con el universo político-cultural de estas poblaciones originadas en la migración Sierra-Costa.

La presencia de *las Fuerzas Armadas* en la vida política es otro de los problemas institucionales que se presenta recurrentemente en la historia de Ecuador. Los últimos años no fueron la excepción. Esta presencia tuvo, eso sí, características particulares. En primer lugar es necesario destacar que las Fuerzas Armadas de Ecuador no presentan un carácter monolítico en el plano ideológico. Por el contrario, están marcadas por un acusado faccionalismo comprendiendo tendencias que abarcan gran parte del espectro político. Mientras el gobierno civil no proporcione un motivo de unificación es probable que el intervencionismo militar sea fragmentado y no llegue a desarticular el sistema democrático.

Durante el gobierno Febres Cordero este faccionalismo se hizo evidente. Uno de los pilares de la política gubernamental, ante la desventaja que sufría en la Cámara de Representantes, era el apoyo recibido desde un sector del ejército. Prueba de este acercamiento son la designación del polémico general Piñeros como ministro de Defensa y del general Albuja como jefe del Estado Mayor, alterando la jerarquía y las regulaciones tradicionales del escalafón militar. Estas designaciones fueron la piedra inicial de una serie de interferencias que desembocaron en la crisis de marzo de 1986, en la que el general de la Fuerza Aérea Frank Vargas Pazos pidió la renuncia del ministro de Defensa. La erosión de la autoridad presidencial que se derivó de esta crisis (marzo de 1986-febrero de 1987) hizo posible que el Congreso solicitara la renuncia del presidente y la celebración de un juicio político, tal como permite la Constitución. Sin embargo, voceros militares amenazaron públicamente con el cierre del Congreso en caso de que el juicio se llevara a cabo. De esta manera las Fuerzas Armadas recobran su papel tutelar (9). Del resultado de la relación de sus fuerzas internas depende en buena medida el mantenimiento del orden institucional democrático. Cabe al poder civil potenciar, de acuerdo con sus posibilidades, a los grupos más progresistas, asegurando la estabilidad política necesaria para el adecuado desarrollo del sistema.

Problemas sociales y desarrollo del sistema político

Hay quienes acusan a los legisladores de 1978 de plasmar declaraciones impracticables y crear instituciones ajenas a la historia ecuatoriana inspirándose, una vez más, en las instituciones políticas de las democracias europeas (10). Si esto es así hemos de aceptar que las bases para el divorcio entre política y sociedad están puestas. Pero también es cierto que la heterogeneidad social y las relaciones de dominación que caracterizaron la historia de Ecuador llevaron a fundar la estructura política y jurídica del país en determinados actores sociales (el segmento urbano-moderno donde el ascenso del modo de producción capitalista se une a valores culturales occidentales). En una sociedad caracterizada por la heterogeneidad, el marco político y jurídico ha de servir, ante todo, para regular y limitar el poder de estos grupos frente a otros más fragmentados y débiles, al tiempo de crear las condiciones de una verdadera integración de la población. Mientras esta circunstancia no ocurra no podremos hablar de nación ecuatoriana, y el estado seguirá siendo una tosca herramienta de dominación. Una acción política en este sentido es indispensable si se quiere transitar definitivamente el largo y tortuoso camino que va desde el "gobierno democrático" al "sistema democrático"; sendero casi inexplorado en estas latitudes.

Evidentemente la recuperación de las libertades públicas no llegó al país (ni a otros de la región) en una coyuntura óptima para su desarrollo. Ecuador está viviendo desde 1980-82 una grave situación económica en la que confluyen varios factores. Por un lado, la coyuntura externa que ha llevado a la caída los precios de algunos productos de exportación ecuatorianos, reforzando la dependencia de la economía respecto del petróleo. Además es grave la situación financiera que por un lado disparó las transferencias de capital hacia el exterior por la vía de intereses y amortizaciones de una deuda externa cada vez más asfixiante y por otro ha cortado el flujo de créditos con que enfrentar la situación a corto plazo.

Sin embargo, los problemas más graves por los que atraviesa el país en este aspecto corresponden a su estructura económica y social interna. El agotamiento del modelo industrializador iniciado durante el ciclo bananero, que derivó en un aumento de la dependencia de insumos y bienes de capital importados se suma al fracaso de las reformas agrarias que apenas pasaron de un esfuerzo por modernizar, aumentando la productividad de las grandes explotaciones. A la heterogeneidad étnico-cultural

y regional del país se agregan, como resultado de esta dinámica, una profunda heterogeneidad social y económica en la que coexisten altas productividades con economías de subsistencia, modernos centros comerciales con humildes ferias locales, suntuosos barrios residenciales con el hacinamiento insalubre de los suburbios metropolitanos, el consumo y el despilfarro suntuuario con la extrema pobreza.

Vamos a centrar el análisis en aquellas manifestaciones de la estructura social que constituyen un reto para el pleno desarrollo de la democracia. Primeramente nos ocuparemos de la marginación urbana que deriva frecuentemente en fenómenos políticos tales como el populismo o los movimientos sociales surgidos al margen de la estructura institucional del Estado. Es necesario comenzar por una referencia a la tendencia histórica que lleva a importantes contingentes de campesinos a emigrar a las ciudades, especialmente las costeras, debido a la estructura excluyente de la propiedad y las relaciones sociales en el campo. El carácter incompleto de la reforma agraria no mitigó la grave situación de la mayoría del campesinado minifundista. El cultivo de sus reducidas parcelas no garantiza la supervivencia del grupo familiar, por lo que, en la mayoría de los casos, algunos miembros se emplean asalariadamente en la gran propiedad para cubrir sus necesidades. En el mundo rural ecuatoriano subsisten fuertes vínculos que ligan al campesinado a la familia y a la comunidad tanto como a la hacienda. La complementariedad del trabajo campesino sirve, dicho sea de paso, al mantenimiento de unos costes salariales muy bajos, funcionando la constelación latifundio-minifundio como reproductor estable de mano de obra semiproletaria (11).

En muchas ocasiones el campesino emigra temporal y cíclicamente a las ciudades para conseguir trabajo asalariado, eligiendo como destino preferente las ciudades regionales que generalmente configuran su horizonte cultural y donde le es más fácil conseguir empleo en tareas agrícolas. El proceso de urbanización, registrado tanto en las ciudades regionales como en las metrópolis, no alivia las condiciones de vida del emigrante. Los empleos disponibles para él son generalmente como cargador en los mercados y en la construcción, prevaleciendo formas de contratación verbal y realizadas de acuerdo a vínculos como el compadrazgo o el origen geográfico. El trabajo industrial queda casi siempre fuera de su alcance, por lo menos en primera instancia. Sin embargo estos desplazamientos masivos a la ciudad crean las condiciones objetivas para la caída del salario (12). Las grandes ciudades se convierten así en motores de la vida económica, social y política del país, al tiempo que se producen en su seno vigorosos procesos de heterogeneización a distintos niveles (13).

Desde la perspectiva que nos ocupa es suficiente considerar que en la periferia de las grandes ciudades emergen vastos sectores sociales subintegrados en el sistema económico y político. La subintegración económica, como quedó expresado, se manifiesta en los medios de subsistencia de estos grupos empujados masivamente a ganarse la vida mediante la realización de servicios precarios como el acarreo, los servicios personales o el comercio ambulante (14). La subintegración política nace del proceso de aculturación originado por el choque del universo cultural de la sociedad tradicional, rural, con los valores y modos de vida del medio urbano dominante. Además, la debilidad de las instituciones estatales crea un vacío que es ocupado con la pervivencia y trasplante de instituciones ancestrales, como el compadrazgo y el caudillismo. El populismo es, en el terreno político, la manifestación última de la tendencia a personalizar los intereses y valores grupales en un líder carismático, originando así peculiares modalidades asociativas.

Otras veces esta situación anómica es enfrentada con nuevas formas de organización que el grupo se da, siempre de espaldas (o por lo menos al margen) a las instituciones oficiales. Es el caso de los movimientos sociales que, como vemos, nacen de las contradicciones inherentes al proceso de urbanización en presencia de una organización estatal débil y un desarrollo económico escaso. Estructurándose a partir de la identidad de intereses respecto de ciertos bienes, están integrados por miembros

de diversos segmentos sociales. Los más importantes son el movimiento vecinal, el feminista, el juvenil y el cooperativo. Este último es el más trascendente por su peso económico, habiéndose desarrollado en diversas actividades: agrícolas, industriales, artesanales, de ahorro y de vivienda.

La profundización de la democracia en Ecuador conlleva necesariamente la integración de estos sectores sociales. Integración política más allá de la mera consideración como masa electoral e integración económica, permitiéndoles una más justa participación en el ingreso nacional, además de la percepción de los correspondientes servicios asistenciales, educativos y ambientales.

Un segundo aspecto, no exento de conexiones con el anterior, es el del campesinado. Debemos apuntar que cuando hablamos de campesinos, estamos aludiendo a una población indígena formada por diversas etnias, que constituyen una parte importante de la población del país (aproximadamente el 30 por ciento). El aumento del nivel de organización tanto de las etnias de la Sierra como las de Oriente, durante los años 70 y en el inicio del período de transición a la democracia, llevó al gobierno Roldós-Hurtado a propiciar encuentros gobierno-etnias. Las múltiples organizaciones que representaban a los indígenas en las reuniones de trabajo tenían las características de movimientos sociales, no obedeciendo a las estructuras centralizadas como los sindicatos campesinos. Es más, las organizaciones nacieron en el seno de las comunidades y rechazan las estructuras venidas de fuera, desconfiando de las instituciones. Así se mantienen convenientemente alejados de partidos políticos, agencias oficiales y sindicatos, ya sean éstos de izquierda o cristianos (15).

Esta situación plantea el problema de la participación o representación de las poblaciones indígenas en las instancias decisorias del país, ya que la estructura social de estos grupos hace pensar que el juego político multipartidista es irreproducible en el interior de las comunidades a menos que pensemos en una aculturación rápida y profunda. Una de las opciones que se aluden como viables es la creación de autonomías que permitan la superación de la actual Ley de Comunas, que consolidó jurídicamente la disgregación de los grupos étnicos en comunidades desarticuladas (16). Ello nos lleva a considerar los problemas del replanteamiento de la forma del Estado y de la inconveniencia de dejar libradas a sus recursos a regiones con un atraso considerable en el desarrollo de sus fuerzas productivas.

Por todo lo dicho podemos ver que Ecuador arrastra problemas económicos, sociales y políticos extremadamente complejos. Procesos de diferenciación social y económica están teniendo lugar simultáneamente en esta coyuntura, cuando se puso en marcha un intento de integración política. Por ello es necesario, antes de terminar nuestro somero relevamiento, hacer una referencia al tema de la cultura política. El sistema democrático en cuanto realidad objetiva, cristalizada en la normativa constitucional, no es el único referente político para el conjunto de la sociedad, como puede ocurrir en países europeos. El concepto "democracia" no tiene aquí un significado unívoco. El ámbito de "lo político" tiene para los distintos segmentos sociales distintas representaciones. Para muchos grupos étnicos tiene una dimensión esencialmente local y unas normas propias, para las masas suburbanas es la esfera de acción del líder carismático, para los grupos dominantes es el ámbito en el que se juega la conservación y desarrollo de sus privilegios, etc. Los que en Occidente se consideran valores fundamentales de la democracia, se entienden aquí como positivos en la medida en que resulten funcionales dentro de las respectivas representaciones de lo política. La democracia no se percibe como un bien en sí.

A pesar de todo este momento histórico, después de muchos años de gobierno dictatorial, con el papel del Estado acentuado como motor y direccionador del crecimiento económico y del cambio social y con las no pocas posibilidades de continuidad institucional, presenta interesantes perspectivas. Efectivamente, parece pensable hoy llenar de contenido las formas democráticas a través de la creación de instancias participativas a nivel político y económico, desarrollando las líneas nacidas de la pro-

pia sociedad a través de los movimientos sociales, tanto urbanos como rurales e induciendo determinados procesos de acumulación que favorezcan a los grupos más identificados con el proyecto democrático, para generar una escala singular de crecimiento. Sin embargo, cualquier proyecto alternativo, aun dentro de la racionalidad del sistema económico, traerá obstáculos a la hora de requerir transformaciones en la estructura de poder. El cambio de la misma es, probablemente, la asignatura más difícil para cualquier gobierno con vocación democrática.

NOTAS

(1) El sistema de concertaje consistía, en términos generales, en el otorgamiento de un trozo de tierra al campesino de entre 20 y 30 varas cuadradas (huasipungo), granos, una muda de ropa y una paga anual a cambio de las cuales el indígena y su familia estaban obligados a trabajar en diversas tareas como labranza, servicio doméstico, acarreo, etc. La sembraduría era el otorgamiento al campesino de un sitio en la hacienda o plantación para hacer un huerto, y un predio para plantar cacao, café, arroz o algodón con la obligación de vender la cosecha al propietario. La aparcería era un vínculo según el cual el campesino aportaba trabajo y semilla y el propietario la tierra, dividiéndose la cosecha en proporciones variables. El señor solía hacer adelantos en dinero o préstamos para compensar los exiguos salarios o las malas cosechas, contrayendo el campesino deudas difícilmente saldables, que de hecho le ataban a la propiedad de por vida y eran hereditarias.

(2) HURTADO, Osvaldo. *El poder político en Ecuador*. Ariel. Barcelona, 1981. p 66.

(3) Ver CUEVA, Agustín. "Ecuador: cincuenta años de historia" en *América Latina. Historia de Medio Siglo*. Siglo XXI. México, 1979.

(4) Representan un ejemplo los textos de HURTADO, Osvaldo. ob.cit. y MENA, Camilo. "Legislación electoral ecuatoriana", en *Sistemas Electorales y Representación Política en Latinoamérica*. Fund. Ebert. Madrid, 1986. p 86 ss.

(5) El resultado de la votación fue: Nuevo proyecto, 45%; Constitución de 1946 reformada, 32%; Nulos, 23%. Cabe apuntar que hubo gran abstención y que algunos partidos y grupos pedían el voto nulo.

(6) El problema más grave surgió cuando la Cámara Nacional de Representantes eligió a los miembros de la Corte Suprema sin contar con la aprobación del presidente. Este desconoció a la nueva Corte y envió unidades del ejército a rodear el edificio en que funciona este órgano del Estado para evitar el acceso de los miembros elegidos. La nueva Corte Suprema se instaló provisoriamente en el Congreso, creando una insólita situación jurídica. Finalmente, aunque el derecho constitucional parecía dar la razón al Congreso, éste saldó el problema nombrando nuevos magistrados que sí contaban con el beneplácito del Ejecutivo.

(7) En las elecciones legislativas de enero de 1988 existían en Ecuador dieciocho partidos políticos que se pueden agrupar así:

I. Frente Progresista Democrático. Coalición de partidos de izquierda y de centro-izquierda creada en 1984. La integran los siguientes partidos:

- Izquierda Democrática (ID - 29 escaños).
- Partido Socialista Ecuatoriano (PSE - 4 escaños).
- Frente Amplio de Izquierda (FADI - 2 escaños).
- Movimiento Popular Democrático (MPD - 3 escaños).
- Partido Demócrata (PD - sin escaños).
- Pueblo, Cambio y Democracia-Partido Roldosista Popular (PCD - sin escaños).
- Unión Democrática Popular (UDP - sin escaños).

II. Frente de Reconstrucción Nacional. Formado como alianza electoral de partidos de derecha y centro-derecha. Está integrado por los siguientes partidos:

- Partido Social Cristiano (PSC - 8 escaños).
- Partido Conservador (PC - 1 escaño).
- Partido Liberal Radical (PLR - 1 escaño).
- Coalición Institucionalista Democrática (CID - sin escaños).
- Partido Nacionalista Revolucionario (PNR - sin escaños).
- Partido Nacional Velasquista (PNV - no se presentó).

III. Partidos no agrupados:

- Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE - 8 escaños).
- Democracia Popular-Unión Demócrata Cristiana (DP-UDC - 7 escaños).
- Concentración de Fuerzas Populares (CFP - 6 escaños).
- Frente Radical Alfarista (FRA - 2 escaños).
- Acción Popular Revolucionaria (APRE - sin escaños).

(8) SAINT-GEOURS, Yves. "L'Equateur de León Febres Cordero a Rodrigo Borja", en *Problemes d'Amerique Latine*. París. N.º 89, 3er. trimestre 1988. p. 19 ss.

(9) Después de sus polémicas declaraciones el general Vargas fue destituido por insubordinación. Decidido a resistir y con el apoyo de dos bases aéreas, llegó a protagonizar enfrentamientos armados con fuerzas leales al presidente. Finalmente fue arrestado pero antes de que se constituyera el Consejo de Guerra fue amnistiado por el Congreso. El presidente se negó a acatar la resolución y en una visita a la base aérea de Taura fue tomado como rehén junto con su comitiva llegando a prometer, a cambio de su liberación, que Vargas sería amnistiado. Durante todo ese año los rumores de golpe de Estado se hicieron más recurrentes, llegando al punto más alto en el mes de septiembre cuando el Congreso votó una resolución pidiendo la destitución del ministro del Interior Robles por presuntas violaciones de los derechos humanos.

(10) MENA, Camilo. ob. cit. p 91.

(11) BAUTZ, Wolfgang. "Clases sociales en Ecuador", en *Lateinamerika*. Rostok. n.º 1, 1987. p. 105 ss.

(12) WATERS, W. *La reforma agraria ecuatoriana 1984-1986*. Ponencia ante el IV Congreso Nacional de Sociología. Quito. 1986. p. 14.

(13) A comienzos de la década de 1980 el 70 por cien de la producción industrial del país estaba localizada en Quito y Guayaquil. Ver VILLALOBOS, Fabio. *Ecuador; Industrialización, empleo y distribución del ingreso*. Centro Editor Nacional. Quito. 1985. p.

(14) Pudo comprobarse, según un estudio hecho entre 1984 y 1986, que el 60 por cien de las personas que emigran a Quito para trabajar percibe menos del salario mínimo vital y que el 29 por cien percibe menos de la mitad de dicho salario. Ver WATERS, W. ob. cit. p 14.

(15) En las reuniones con representantes del gobierno se debatieron principalmente dos temas:

a) La creación de una institucionalidad específica para atender los problemas de los indios.

b) La realización de un plan de alfabetización bilingüe.

Respecto del primer tema, el gobierno propuso la creación de una Dirección en el interior del Ministerio de Educación para canalizar las reivindicaciones del colectivo. Las organizaciones étnicas proponían a su vez, la creación de un Instituto autónomo y descentralizado, controlado por ellas. Finalmente no hubo acuerdo y el tema quedó paralizado.

El gobierno encaró la propuesta del plan de alfabetización desde una visión estrictamente culturalista, mientras que las organizaciones, habiéndose cerrado la instancia anterior, dejaron de lado el mero problema educacional para abordar cuestiones de fondo: reforma agraria, denuncia de la imposición del cooperativismo agrario, pérdida de tierras y la imposición de patrones culturales extraños.

"Todo lo anterior indica claramente que los indígenas rechazan la idea de ser tratados exclusivamente por medio de la cultura tal cual lo entendía el gobierno reivindicando, por el contrario, una visión en que la cultura fuera la expresión misma de la sociedad étnica, en cierto modo, la manera misma en que los grupos sociales se reproducen, crean y evolucionan". SANTANA, Roberto. "La cuestión étnica y la democracia en Ecuador", en *Revista Mexicana de Sociología*. México. N.º 2/87 (abril-junio). p 127.

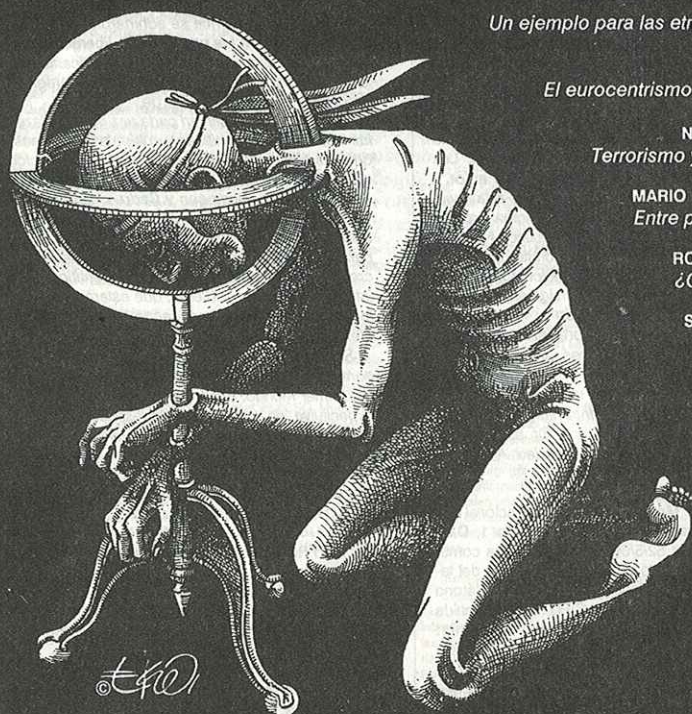
(16) Ibidm. p 137-138.

América

LA PATRIA GRANDE

Número 8

Julio-septiembre de 1990



TOMAS BORGE

Un ejemplo para las etnias de América

ARNO PETERS

El eurocentrismo en la geografía

NOAM CHOMSKY

Terrorismo y Tercer Mundo

MARIO VARGAS LLOSA

Entre palabras e ideas

ROBERTO GARCIA

¿Qué es el indio?

STELLA CALLONI

El día del lobo

Órgano Informativo del Foro y Concurso Internacional Independiente

EMANCIPACION E IDENTIDAD DE AMERICA LATINA: 1492-1992



Luces y sombras del “milagro boliviano”

Enrique Ibáñez y Alberto San Ginés

Si consideramos la democracia como materialidad, es decir, el grado de igualdad que tienen los hombres pero no en el cielo de la ley ni en su autorrepresentación sino en su carnalidad, su consumo social y su ser cotidiano, es una petición de principio que ni ahora ni nunca Bolivia ha sido un país democrático. Por el contrario, aquí sí que unos hombres mueren como perros para que otros hombres coman como cerdos. Esta es la patria de la injusticia social, y, si no fuera por sus masas, sería mejor que no existiera Bolivia.

RENE ZAVALETA

Las luces: estabilidad económica y consolidación democrática

En 1982, el acceso al poder en Bolivia de una coalición de partidos de izquierda tras 18 años marcados por la sucesión de regímenes militares, promovió expectativas muy favorables sobre el desarrollo futuro del país. Apoyado en un activo movimiento popular, el gobierno de la UDP parecía en principio capaz de superar la contradictoria herencia de 1952, aportando una salida progresiva a la crisis crónica del modelo de acumulación boliviano. Sin embargo, carente de apoyo en el Parlamento, amenazado por divisiones internas, enfrentado a un movimiento sindical radicalizado y a un contexto internacional hostil, no pudo controlar los datos de una crisis que convirtió el término “bolivianización” en sinónimo de situación política límite y descomposición económica.

La magnitud de la crisis obligó a un acuerdo político por el cual se adelantaron las elecciones generales en un año, y así el 6 de agosto de 1985 fue investido presidente de la República Víctor Paz Estenssoro. Tal vez todo un ciclo de la historia del país se cerraba entonces, cuando el mismo político que había unido indisolublemente su nombre al del gran acontecimiento revolucionario de 1952 inauguraba su tercera presidencia con la promulgación del Decreto Supremo 21.060, un paquete de medidas económicas que contenía en realidad un proyecto de reorganización de la sociedad.

En la lectura gubernamental la crisis que atravesaba el país revelaba la quiebra de un patrón de desarrollo definido por el papel central del Estado en la economía, de modo que cualquier reactivación a largo plazo sólo podría estar ya a cargo de la iniciativa privada. Por otro lado, el fracaso del gobierno izquierdista probaba suficiente-

mente la imposibilidad de compatibilizar, cuando menos en el corto plazo, el desarrollo capitalista y la redistribución de la renta, de modo que para retomar el crecimiento era necesaria una política de "austeridad" que privilegiara la acumulación de capital limitando el consumo popular.

La liberalización del sector externo, con la eliminación de los controles a la exportación e importación de bienes y capitales, y la drástica "racionalización" fiscal de las empresas públicas, con el congelamiento de salarios y la reducción de plantillas, entre otras medidas, conforman un marco que va a transformar la dinámica social, económica y política heredada de 1952.

La instrumentación de la Nueva Política Económica produjo una reacción popular atemperada por el temor al retorno a la caótica situación del gobierno anterior y por el descrédito a que habían llegado las dirigencias sindicales. De todas maneras, fue utilizado el recurso de la represión policial y confinamiento de los líderes de la protesta.

Lo cierto es que la Nueva Política Económica ha cosechado importantes éxitos en el escaparate de cifras macroeconómicas: una reducción radical de la inflación, que a mediados del 85 se movía en torno a una tasa interanual del 28.000% y hoy ronda el 17%, y un PIB que en 1987 comenzó a crecer por primera vez en varios años. Ello ha facilitado sin duda el que entre los partidos mayoritarios surgidos de las elecciones generales de julio de 1985 se creara pronto un consenso explícito en torno a los lineamientos fundamentales de la política económica que debía implementarse en el país. La necesidad de proceder a una reestructuración, a un fuerte ajuste económico dentro del marco fijado por el D.S. 21.060 actuó como aglutinante de las fuerzas del nuevo "establishment" político. Este consenso básico es uno de los fundamentos de la nueva estabilidad democrática y la base tanto del "pacto por la democracia" entre Acción Democrática Nacionalista (ADN) y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) que abarcó la anterior legislatura, como del actual "acuerdo patriótico" entre la coalición liderada por el ex-dictador Hugo Bánzer y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR), que ha llevado a Jaime Paz Zamora a la presidencia del país.

Este consenso ha contribuido sin duda a que en los últimos años se haya asistido a un aparente fortalecimiento del sistema de partidos en Bolivia, país en el que los partidos políticos han sido tradicionalmente muy débiles, limitándose a desempeñar el papel de comparsas en una lucha política siempre protagonizada por las Fuerzas Armadas y la Central Obrera Boliviana (COB). En la nueva situación, donde el acceso al poder se produce a través de elecciones que definen la alternancia en las tareas de gobierno, los partidos tienden a reservarse el nivel de la acción política nacional, dada su calidad de mediadores de la voluntad popular expresada en las urnas. Adquieran así un papel protagónico en la escena política, desplazando a los tradicionales organismos corporativos, que actuaron históricamente como "actores mixtos", a la vez representantes de grupos de interés y canalizadores de proyectos políticos globales.

El sistema democrático parece gozar hoy de una amplia legitimidad en Bolivia. El proceso de institucionalización del sistema político, con la aceptación, resignación o adhesión de las fuerzas sociales y políticas a su funcionamiento, ha producido a su vez una alteración drástica del "tiempo" de la política, que ha adquirido una continuidad inusitada: hoy se habla de las próximas elecciones, y aun de las que vendrán después, como de algo que ocurrirá seguro, lo que sin duda era impensable para este país hace tan sólo una década. Se ha ido consolidando una forma "lenta" de solucionar los conflictos y han ido adquiriendo progresiva importancia las negociaciones entre los grupos en pugna.

Este cuadro parece configurar una situación envidiable, especialmente si se tienen en cuenta los problemas que atraviesan actualmente casi todos los países del área. La progresiva consolidación de la institucionalidad democrática y la prolongada estabilidad económica han convertido en lugar común en los discursos de los últimos años

las referencias al "milagro boliviano". Sin embargo, no hace falta leer muy a fondo la realidad boliviana actual para descubrir las enormes sombras que oscurecen el presente del país y amenazan su inmediato futuro.

Las sombras: recesión crónica y desorganización social

Ya hemos comentado que a partir de 1987 la evolución del PIB boliviano comenzó a arrojar saldos positivos; sin embargo, el producto por habitante ha seguido estancado, registrando una caída del 26,6% para el conjunto del período democrático (1982-1989). Si la política de ajuste concertada con el FMI consiguió sanear las cifras macroeconómicas del Estado boliviano, la esperada "reactivación" del crecimiento no aparece por ningún sitio.

Los empresarios bolivianos apenas invierten nada desde el inicio de la Nueva Política Económica, pensada en realidad para ellos. Primero alegaron que la situación política no era suficientemente estable; después, que Víctor Paz, viejo caudillo populista, no les merecía ninguna confianza; y hoy... parece que siguen prefiriendo la especulación a la inversión productiva, a pesar de que el propio Bánzer se ha encargado de recordarles en varios foros las bondades del "clima" reinante en el país para los inversionistas. Este es el problema fundamental del programa neoliberal en Bolivia y lo que le otorga un carácter especialmente "sui géneris": es un proyecto sin sujeto. No existe un grupo social con mentalidad productiva y capacidad para encarnar la "iniciativa privada" preconizada por la teoría. Por ello el Estado se ve obligado a adoptar un rol muy activo en el proceso económico, al tiempo que, mediatizado por la nueva ideología hoy en boga, se niega la posibilidad de diseñar un proyecto de desarrollo capaz de manejar los datos de la nueva realidad emergente, superar las limitaciones impuestas por el modelo minero-exportador y enfrentar de un modo creativo los desafíos del entorno.

En los análisis críticos del período inaugurado en 1985 suele destacarse antes que nada el elevado costo social de la Nueva Política Económica, denunciado en numerosas ocasiones por la misma Iglesia Católica. Si en Bolivia hoy no existe esa violencia evidente que atormenta a otros países andinos, no cabe duda de que se ha recrudecido esa otra violencia "silenciosa" que se viene padeciendo desde siempre, aquella que reflejaba intensamente la cita con que encabezábamos este artículo.

El paro se ha disparado, y alcanza hoy al 20% de los trabajadores del sector formal. Sin duda lo más espectacular han sido los despidos masivos de las empresas públicas, que han afectado especialmente a los mineros: de los 27.566 empleados que tenía en junio de 1985 la empresa minera estatal —COMIBOL— tan sólo quedaban 9.000 un año más tarde. Pero los obreros del sector privado también han sido víctimas del desempleo, debido al cierre de innumerables empresas que no han podido hacer frente a la competencia externa irrestricta impuesta por el modelo neoliberal. Los salarios se han mantenido estancados desde 1985 —momento más profundo de la depresión— y han ido perdiendo progresivamente poder adquisitivo. Lo cierto es que todos los indicadores de bienestar social han sufrido un grave deterioro. En realidad, la supervivencia del gran número de trabajadores urbanos golpeados por la política de ajuste sólo puede explicarse por la existencia de una frontera agrícola siempre próxima, que ha ido acercándose más a las ciudades a medida que se extendía el circuito coca-cocaína. El dinero generado por el narcotráfico ha sido a la vez el colchón que ha suavizado la caída de los sectores más afectados por la medicina neoliberal, y el lubricante que ha mantenido en funcionamiento los engranajes de la maquinaria económica del país en medio de una recesión sin precedentes en el segmento "formal" de la economía. El volumen de recursos que mueve hoy el tráfico de cocaína supera casi con seguridad al PIB legal, mientras que la población dependien-

te del mismo no ha dejado de crecer en los últimos años. El impacto negativo de la política de ajuste neoliberal sobre la economía campesina, al comprimir el mercado para los productos agrarios debido al desempleo y al congelamiento de los salarios, impulsó a muchos minifundistas del Altiplano a transitar hacia la producción de coca. Pero también muchos desempleados y subempleados urbanos han emigrado hacia las áreas coqueras.

Este último proceso, el flujo de población desde la ciudad o la mina hacia el campo, ha dado pie para afirmar que Bolivia, perdida irremediablemente la utopía industrial y moderna, se encamina hacia una progresiva "recampesinización". Sin embargo, más allá de la efectiva importancia del flujo migratorio, conviene tener bien presente la enorme distancia que media entre la sociedad agraria tradicional del país andino y la que actualmente está emergiendo a impulsos del negocio de la cocaína. Lo que estamos presenciando es más bien un incierto proceso de "informalización" de la economía y la sociedad bolivianas, que parece ir delineando en el horizonte un cuerpo social progresivamente "lumpenizado" y amorfo, y no el universo comunitario y agrarista de la vieja "utopía andina".

Como tantas otras veces en su historia reciente, Bolivia es hoy nuevamente la variación extrema de un tema común a toda América Latina. En todos los países del subcontinente la crisis de los años ochenta, unida a las acciones neoliberales del ajuste "impuesto", ha provocado una grave desorganización social, dejando un desolador panorama de desorden y atomización. La reciente evolución conceptual y temática de las ciencias sociales latinoamericanas registra con claridad meridiana la quiebra de los proyectos industrializadores y la fragmentación de los sujetos sociales clásicos. Y es sin duda en Bolivia donde se aprecia mejor la dimensión del cambio: el país latinoamericano que más acarició la "utopía proletaria" (recuérdese el poder obrero de 1952 o las jornadas de la Asamblea Popular en 1970), que mejor ejemplificó la "centralidad obrera" en la construcción de lo "nacional popular", se encuentra hoy casi totalmente "desproletarizado", casi sin mineros y con un contingente de asalariados fabriles drásticamente mermado.

Este profundo desgarró del tejido social, la desorganización radical de los actores sociales que definían la sociedad civil boliviana, es en realidad la razón última de la "consolidación" de la institucionalidad democrática en Bolivia, de la llamativa ausencia de conflictos en los últimos cinco años de la historia del país. Bolivia tuvo a lo largo de toda su historia contemporánea a la vez una sociedad civil muy fuerte y un agudo déficit hegemónico, configurándose como una clásica sociedad de "empate": los grupos dominantes nunca pudieron imponer su hegemonía a unas masas populares sólidamente organizadas en torno a la Central Obrera Boliviana y su centro minero, de ahí el continuo recurso a los militares como garantes del orden, y su crónica inestabilidad política. Hoy la nueva estabilidad no es el resultado de ninguna hegemonía efectiva sobre la sociedad civil, sino la consecuencia de su profunda desorganización. Agotados sus actores tradicionales, debilitadas sus formas tradicionales de organización y lucha, alteradas drásticamente las bases materiales de su acción, el movimiento popular está atravesando una larga crisis a la que aún no se ve el final.

Después del neoliberalismo... ¿el "neopopulismo"?

En las elecciones generales de mayo de 1989 triunfaron nuevamente los partidos mayoritarios de la derecha. La ausencia efectiva de una oposición de izquierda —Izquierda Unida, que agrupaba a los principales partidos de la izquierda tradicional, obtuvo un 7% de los votos— y el consenso de los tres mayores partidos —MNR, ADN y MIR, que recibieron el 65% de los sufragios— sobre la validez de los parámetros básicos que definen el modelo neoliberal, podría hacer pensar que éste tiene casi ase-

gurado un desarrollo tranquilo. Sin embargo, en aquellas elecciones arrancó espectacularmente un llamativo fenómeno cuya importancia sería corroborada en las elecciones municipales de diciembre del mismo año: el "neopopulismo". La abrumadora victoria en las generales en el departamento de La Paz, el más poblado del país, de Conciencia de Patria (CONDEPA), liderado por el "compadre" Palenque, conocido locutor de radio de la capital, y la explosiva irrupción en las elecciones municipales de la Unión Cívica Solidaridad patrocinada por el "dadivoso" empresario Max Fernández (ambos partidos obtuvieron en conjunto casi un 40% de los votos en las elecciones municipales), dan la medida de la importancia del nuevo movimiento.

Su base social es heterogénea, pero en general puede identificarse con los que se conoce como trabajadores por "cuenta propia", una masa de excluidos que recuerda bastante a la "multitud" preindustrial europea descrita por G. Rudé. Estos sectores no son nuevos en Bolivia aunque hayan aumentado enormemente en los últimos años, pero han sido catapultados al primer plano del escenario nacional por la enorme crisis económica, política y simbólico-ideológica que dibujamos antes brevemente. La drástica alteración de la estructura económica, el déficit de representación popular de los aparatos partidarios, y la quiebra de las viejas identidades colectivas por efecto de la descomposición de la matriz clasista tradicional del país, han precipitado la irrupción de los marginales en la escena política nacional.

Debilitadas las organizaciones intermedias —y especialmente el sindicato, que fue siempre escuela de política y civismo para las clases populares— se resquebrajan las solidaridades horizontales y se entra en un proceso de individuación anómica. Aparece así por todas partes "lo popular", representado efectivamente en los nuevos movimientos políticos que hemos calificado de "neopopulistas", pero no se puede constatar la emergencia de una auténtica identidad de los excluidos: habría emergencia de lo popular sin sujeto popular. El individuo atomizado y anómico que sobrevive en el sector informal tiende entonces a recurrir a la interpelación directa a un caudillo, a un individuo con poder, que le entiende, sabe sus problemas y quiere solucionarlos, a la vez padre y compadre, protector, abogado y justiciero. Nace así el nuevo líder populista, creado por la crisis y apoyado en los modernos medios de comunicación de masas, del que el "compadre" Palenque es sin duda la expresión más acabada.

De esta manera se expresa en Bolivia hoy el descontento popular, en una avalancha de la multitud urbana que amenaza con truncar el imperturbable camino de la "modernización" neoliberal. Para integrar en el sistema a los nuevos tribunos de la plebe los partidos del "establishment" tienen que negociar con ellos, y eso supone hacer concesiones a su base, que ya no quiere oír hablar de "ajuste estructural" y reclama "obras" como las que les ofrecen Palenque y Max Fernández. Atender a estas demandas supondría sin duda quebrar la lógica del modelo neoliberal; relegarlas, la posibilidad cierta de ver al "compadre" Palenque —o al "dadivoso" Max Fernández— como próximo presidente del país. Pero mientras retoran los viejos demonios de la perenne contradicción entre distribución y acumulación, entre la necesaria "racionalidad económica" (cada vez más supeditada a la lógica transnacional) y la no menos necesaria legitimación del sistema político (que sigue siendo un problema nacional) Bolivia sigue siendo un país estancado, de "difícil viabilidad" (Nuñez de Prado), carente de un proyecto de futuro. Y sigue pendiente la pregunta de cuál puede ser hoy el sujeto popular capaz de dinamizar posiciones progresistas en el maltratado techo de América. En un país con tan alto grado de dependencia externa mucho dependerá de los movimientos en el contexto mundial, pero también sin duda de la inteligencia política de los grupos de la izquierda nacional y de la otrora todopoderosa central sindical, de su capacidad para convertirse en el eje articulador de una acción colectiva popular reconstruida sobre nuevas bases.

Tejido social, pautas asociativas y división socioespacial de la ciudad. Estudio comparativo de Caracas y Bogotá

Marisa Ramos, Antonia Santos, Javier Garrido,
Javier Conde y Andrés Gutiérrez *

Presentación

Estas líneas tienen como objetivo dar a conocer el trabajo que estamos realizando sobre Bogotá y Caracas. La investigación responde al interés que hay en España por este tipo de estudios, interés tanto por parte de diferentes instituciones y organismos como por parte de investigadores y estudiosos de distintas ramas de la sociología.

El presente documento es una síntesis de la metodología y del trabajo realizado hasta el momento. Empezamos por hacer una breve reseña del conjunto de la investigación, de sus criterios y objetivos. A continuación, nos centramos en la metodología y finalizamos haciendo un avance de unas primeras conclusiones que se desprenden del trabajo desarrollado hasta el momento.

Introducción

El fenómeno de una urbanización concentrada y explosiva ha tenido profundos efectos en la transformación social de los países de América Latina. En la actualidad se observan profundos contrastes entre inmensos territorios despoblados y una ciudad-capital superpoblada que presenta elevados porcentajes de la población total del país.

La consecuencia más inmediata de este fenómeno de urbanización se manifiesta en la hegemonía e hipertrofia metropolitana, que no va acompañada de una adecuada planificación urbana desde el Estado o desde la Administración Local. Al mismo tiempo, la ausencia de estructuras de mediación en la sociedad civil y de canales de participación en el poder público, dentro del marco político y económico característico de cada país, ha generado modificaciones en la situación y relación de los grupos sociales, y entre éstos y el Estado, constituyéndose la ciudad en el escenario principal donde se dirigen tales relaciones. La manifestación de los conflictos en la

* Integrantes del equipo de investigación del Departamento de Ecología Humana y Población. Facultad de C.C. Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid.

ciudad tienen su causa tanto en los problemas que la ciudad misma produce, como forma de convivencia y de relación con el poder, como en los enfrentamientos con el poder político, representado físicamente en la capital.

La configuración de distintos barrios es a la vez reflejo y motor de dichas relaciones. La estructura social, la constitución de los bloques sociales y las formas de organización se ven afectados por el desarrollo urbano. Nuevas subculturas, nuevos actores y nuevas formas de asociacionismo interactúan con el proceso de urbanización. La formación y transmisión de valores, estereotipos, ideas, etc... varían y requieren de nuevas vías de análisis que tomen en cuenta las transformaciones socioespaciales de la ciudad en el contexto nacional e internacional.

Desde el convencimiento de que la ciudad es el espacio donde se visualizan los problemas que sufre tanto el sistema político como el económico y donde las relaciones entre la sociedad civil y el Estado muestran toda su complejidad, consideramos necesario la realización de estudios que trasciendan la cuestión del crecimiento urbano que, aunque imprescindible para cualquier análisis, no tratan el fenómeno del surgimiento de nuevos actores sociales y nuevas formas de actuación social. Este hecho afecta fundamentalmente a las grandes ciudades y tiene repercusiones en todo el sistema económico y político del país, por cuanto puede transformar la concepción global de lo político imbricándolo en un ámbito accesible al ciudadano y porque puede ser una vía de superación de los tradicionales mecanismos de mediación entre el Estado y la sociedad civil.

En definitiva, se nos presenta el interrogante de si no estará emergiendo un universo urbano que no se adapta a los parámetros establecidos, por cuanto conjuga elementos heterogéneos, diferentes a los que ha ido formando nuestra imagen tradicional de la ciudad. Si la historia, economía y sociedad latinoamericana son distintas a los modelos de los países desarrollados también debemos suponer que lo serán su organización territorial y social y la misma vida urbana.

Parece, pues, necesario realizar análisis de la estructura socioespacial urbana y de las relaciones sociales que en ella se crean. En esta perspectiva se enmarca la investigación que estamos llevando a cabo bajo el título *"Tejido social, pautas asociativas y división socioespacial de la ciudad. Estudio comparativo de Bogotá y Caracas"*.

La elección de estas dos ciudades se debe a que ofrecen una serie de semejanzas y diferencias que hacen posible e interesante un estudio comparativo. Ambas pertenecen a países que tienen una historia similar, cuentan con una población semejante y comparten una misma cultura y una misma área geográfica. En los últimos años, se observa en ambas ciudades una fuerte movilidad social y un importante movimiento migratorio (no comparable en sus causas al existente en décadas anteriores). No por ello dejan de ofrecer diferencias en cuanto a su particular desarrollo y en lo referente a los temas que abordamos en la investigación.

El núcleo de la investigación lo constituye el tejido social en relación a la estructura socioespacial de la ciudad, considerando la acción del Estado y de la sociedad civil. Es un estudio comparativo que da mayor importancia al proceso que al análisis estático. La comparación se establece en tres niveles: histórico-social, histórico-espacial y socio-espacial.

Pretendemos analizar las similitudes y diferencias existentes en la configuración del tejido social, los elementos que actúan en su formación y los factores que inciden sobre las pautas asociativas y la participación ciudadana.

De igual modo, estudiaremos la relación existente entre la actuación de la Administración pública y la estructura socioespacial en la formación de redes y movimientos sociales urbanos, que intervienen en la formación y redefinición de los bloques sociales.

Para alcanzar los objetivos planteados, la investigación se ha estructurado en tres niveles y en un período de tiempo que va de 1965 a la actualidad:

1. Estudio de los antecedentes históricos de cada país y formación-evolución de las ciudades.

2. Exploración de la ciudad, según su conformación social (estructura social). En base a ello se elaborará una tipología de barrios para cada ciudad, lo que permitirá la obtención de un "mapa social urbano".

3. Tras la selección en cada ciudad de tres barrios representativos de la tipología elaborada, se procederá en cada uno de ellos al estudio de:

- Las características espaciales y el consumo colectivo, junto con la gestión de la Administración Local y su plasmación en dichos barrios.

- El tejido social existente en tales espacios, a través de sus asociaciones y de la participación ciudadana.

Desarrollo metodológico: propuestas y disyuntivas

Adentrarnos en este tipo de estudios ofrece una serie de dificultades y retos que nos obliga a avanzar con extremo rigor, a la vez que requiere grandes dosis de imaginación.

Entre las dificultades, hay que destacar que se está trabajando con una metodología todavía inédita en América Latina. Si bien un estudio similar se ha realizado ya en Madrid, ésta será la primera vez que se aplique al contexto latinoamericano. Puesto que esta metodología no es estática ni rígida, implica readaptarla de forma significativa a una realidad diferente a la madrileña.

Por supuesto, consideramos totalmente imposible la realización de estudios de este tipo sin ningún contacto con la realidad. Es así que nosotros realizamos viajes periódicos no sólo para conseguir información, sino también para impregnarnos de aquellas vivencias y comprender las peculiaridades propias y la idiosincrasia de la cultura de aquellos países, de tal forma que estemos en mejores condiciones, primero, para analizar y, segundo, para explicar esa realidad. Aun así, somos conscientes de que el investigador a distancia siempre corre el riesgo de analizar una realidad concreta con esquemas teóricos que no encajan en ella o con ideas preconcebidas que distorsionan la percepción de la realidad a estudiar.

El reto más importante que debemos enfrentar está en el mismo objeto de estudio, el Tejido Social y el Comportamiento Asociativo, que surgen en las ciudades y sobre el que no existen demasiados referentes teóricos, por cuanto, aunque se basa en la categoría de clase social, la trasciende. Las pautas asociativas vienen marcadas por la plasmación y la *interrelación de determinadas fracciones de clase en un espacio concreto*. Por tanto, topamos con la dificultad de que, además de no disponer de una base teórica consolidada, tenemos como objeto de estudio unos actores sociales relativamente nuevos.

Señalamos también que una de las especificidades que debemos enfrentar es la cierta inestabilidad política que atraviesan Colombia y Venezuela. La crisis de los 80 y otros muchos factores internos (manifestados, entre otros, en la violencia), han hecho que, en especial en Colombia, la situación política haya llegado a provocar un alto grado de crispación e incertidumbre. Además y, común para ambos países, la situación económica, social y psicológica de la población se ha ido deteriorando progresivamente, con lo cual, el Tejido Social se resiente y la acción de los investigadores se ve afectada. No obstante, estos problemas estimulan nuestra iniciativa y nos alertan en la aplicación de la metodología prevista, que tendrá que ser modificada paulatinamente.

El estudio de los *antecedentes históricos y del entorno político-económico* se cla-

bora a partir de fuentes secundarias producidas básicamente por especialistas. A este respecto, hemos encontrado abundantes y rigurosos estudios, realizados por analistas de aquellos países, que nos han permitido conocer las características del contexto global donde se articula el tejido social, a la vez que nos servirá de base para interpretar algunas singularidades de éste.

En la siguiente unidad de análisis, centramos nuestro trabajo en la *estructura demográfica y la estructura social* de las ciudades. Las fuentes de información en este área lo constituyen los Censos nacionales respectivos —de 1981 en Caracas y de 1985 en Bogotá—. La limitación que en este tema supone la utilización de la división administrativa seguida por los Censos es, con nuestros medios y presupuesto, insalvable, pues requeriría de una base de datos diferente y/o de un estudio específico que, por otro lado, no es imprescindible en nuestra investigación.

En la elaboración del proyecto, la selección de los indicadores se realizó de forma sistemática y sin fijar definitivamente las variables, pensando adaptarlas a las fuentes existentes en cada país. Su elección y tratamiento ha sido más dificultosa de lo esperado y ha venido condicionada por la disponibilidad de datos en los Censos y por el escaso nivel de desagregación por áreas administrativas homogeneizables.

El área metropolitana —que delimita espacialmente nuestro objeto de estudio—, en el caso de Caracas se halla repartida en dos Estados: el Distrito Federal y el Estado Miranda; la división político-administrativa denomina Municipios a las unidades espaciales del Estado Miranda y Parroquias a las del Distrito Federal. En ambos casos, las diferencias poblacionales entre las 25 unidades espaciales son considerables, oscilando entre las 10.000 y 400.000 personas. Para Bogotá, los datos censales vienen referidos al Distrito Especial y la ciudad se divide en sectores censales que se agrupan en comunas. Existe, además, otra división administrativa en Alcaldías Menores, que no se forman por la agregación de comunas completas. Por todo ello, ha sido necesario acudir a otras fuentes de información provenientes de la Oficina Metropolitana de Planeamiento Urbano y del Departamento Administrativo de Planeación Distrital, respectivamente.

Por todo lo expuesto, el análisis demográfico se basa principalmente en el estudio del crecimiento intercensal y de la estructura por edades de la población, viéndonos obligados a prescindir de datos de mortalidad y de natalidad por no venir reflejados en los Censos o no tener la desagregación adecuada para su utilización.

Para la *estructura social*, hemos seleccionado aquellas *variables* que mayor incidencia pudieran tener en la estructura socioeconómica y en el tejido social de las diferentes unidades espaciales, para lo cual hemos elegido *tres indicadores: educación, actividad económica y vivienda*.

La educación viene medida por el índice de analfabetismo y de estudios universitarios sobre la población de cada unidad espacial. *El indicador de actividad económica se compone de las siguientes variables: población económicamente activa, desempleo, ocupación y dependencia económica*. Por su parte, el indicador de vivienda recoge las variables de hacinamiento, características de la vivienda y tenencia de la misma.

Se trata de clasificar a las unidades territoriales por su distribución jerárquica según las puntuaciones alcanzadas en los tres indicadores básicos de diferenciación social por división de cada unidad administrativa. Del cruce de estos indicadores resulta una diferenciación socioespacial que agrupamos en cuatro niveles: bajo, medio, alto y polarizado.

Esta tipificación del espacio cumple varias funciones:

— Sirve para confeccionar un mapa social-urbano y para seleccionar áreas donde efectuar el trabajo de campo.

— Ofrece un marco de referencia en cuanto a las características de sus habitantes, integrador para estos estudios de campo.

— Permite el análisis de la incidencia de variables individuales sobre el tejido social y el comportamiento asociativo.

Para sintetizar los datos sobre los indicadores de homogeneidad de la población de las áreas administrativas urbanas, se utiliza el “análisis factorial de correspondencia”.

La falta de homogeneidad entre las variables recogidas por los Censos de cada país, repercute en las posibilidades del análisis comparativo. Ahora bien, puesto que la comparación se establece más a nivel de resultados que de metodología empleada, en esta primera parte, se ha tratado de combinar la información de distintas fuentes, obtenidas directamente en las ciudades de estudio por una parte del equipo de trabajo.

Antes de continuar el resto de la metodología queremos dejar constancia de que nos cuestionamos la validez e importancia que posee esta primera parte dentro del conjunto de la investigación y con los condicionantes indicados. La importancia concedida en la fase del diseño del proyecto a esta primera parte se ha visto disminuida debido a la antigüedad de los datos y a la escasa desagregación de los obtenidos, por lo que nos interesa especialmente conocer las diferencias y similitudes que se originan entre las distintas zonas de la ciudad y no tanto las medias para el total, que, simplemente, nos ayudan a establecer un punto de referencia.

El estudio de la demografía y de la estructura social junto a la existencia del tejido social y de conjuntos de acción de tipo “ciudadanista”, servirá de base para la selección de las comunidades sociales (barrios) donde se realizará el desarrollo del trabajo cualitativo.

Las unidades de análisis anteriormente desarrolladas tendrán un tratamiento cualitativo, con las técnicas afines al tipo de fuentes requeridas y en relación con los objetivos para las que están seleccionadas. Posiblemente, la parte principal de la investigación que nos ocupa, sea el estudio concreto de cada zona.

Para cada ciudad, se seleccionarán tres barrios con una población no superior a 50.000 habitantes y representativa de una clase social. Con anterioridad, habremos construido un “mapa social urbano”, a partir del cruce de las variables ya consideradas. Ahora bien elegir los barrios con estos criterios nos parece insuficiente, máxime después de haber considerado las dificultades documentales que nos hemos encontrado. Por ello, consideramos de fundamental importancia establecer debates con especialistas de estos temas en cada unidad. El objetivo es seleccionar zonas que tengan el máximo de población apuntado, que cuenten con organizaciones activas, que a su vez dispongan de un número de participantes suficiente para tener significación dentro de nuestra investigación.

A partir de la selección de los espacios objeto de estudio, en cada uno de ellos se aplicarán los siguientes pasos secuenciales:

1.—*Estudio de la producción del espacio en relación con la clase predominante en el mismo.* Supone un análisis micro y más pormenorizado del abordado con anterioridad para el conjunto de la ciudad. Se estudiarán las categorías profesionales, el nivel de estudios y las características y tenencia de la vivienda.

La realización de este estudio supone detectar el espacio en relación a sus características sociales y su reflejo espacial, así como tomar un contacto más profundo con el continente de nuestro objeto de estudio. Nos permitirá ver la incidencia del mismo en las organizaciones existentes. Las fuentes utilizadas para conseguir estos fines serán primarias (observación) y secundarias (estadísticas existentes).

2.—*Redes Sociales*. Se trata de observar el tipo de organizaciones y las características de los contactos vecinales de la zona. Para ello partimos estudiando los focos asociativos desde su interior, comprobando las conexiones que mantienen: con el poder, con otras organizaciones-colectivos, internas en el grupo y con la base social.

Se estudiará la participación ciudadana según los distintos sectores (mujeres, jóvenes, ancianos, etc.), así como el tipo de relación que mantienen con las "instituciones" a nivel barrial, local y nacional (fiestas, actividades, subvenciones). Por último, se abordará el tipo de discurso-contenido que poseen (publicaciones, información y canales de difusión, uso del espacio, etc.), a través de sus Conjuntos de Acción (estrategias, motivaciones, ideología y camino que proponen para la consecución de sus fines).

Este apartado es de gran importancia para el estudio y supone un trabajo diario y conjunto con las organizaciones. Se trabajará *con entrevistas y grupos de discusión*; serán los propios vecinos los sujetos-participantes de la investigación. Ellos nos introducirán en la vida cotidiana de la zona, así como en su lenguaje y sus formas de expresión (estereotipos).

En las entrevistas, se considerarán distintos representantes, activistas y vecinos de la zona. Los grupos de discusión nos ofrecerán una información y una visión más general y fundamentada en el debate.

3.—*Análisis de los contenidos*. A partir de los dos puntos anteriores, se trata de estudiar los contenidos de las organizaciones. Los criterios a seguir en esta unidad están ligados al planteamiento general de estas organizaciones, desde la reproducción de estructuras hasta la construcción de alternativas; se trata, asimismo, de ver el plano en el que se producen estos planteamientos.

Este estudio pretende relacionar adecuadamente una trilogía de unidades de análisis que se están influyendo de forma continua y poder hacer una comparación exhaustiva por clases sociales para cada ciudad y entre ambas ciudades. Pondrá de manifiesto similitudes y diferencias que se deberán explicar y que servirán para poner de relieve ejemplos organizativos donde el protagonista sea el propio individuo.

Conclusiones generales

En el diseño de la investigación se partió de la idea de la necesidad e importancia de estudiar la ciudad dentro de su contexto histórico-político, máxime cuando se trataba de estudiar dos ciudades que poseen la condición de capital del Estado donde se encuentran. Para ello abordamos un estudio histórico del conjunto del país en relación a la evolución de la ciudad. Después pasamos a centrarnos en la ciudad como objeto de estudio. Hasta el momento se han estudiado sus características demográficas y su estructura social en relación con el espacio, según la división administrativa de cada centro urbano. Las conclusiones que a continuación exponemos están relacionadas con estos apartados.

Pensamos que la realidad urbana siempre se tiene que enmarcar dentro de un contexto general que es el que le imprime su propia dinámica. La ciudad es un pequeño reducto de una realidad más amplia, que la condiciona o de la que es producto, por lo que es imposible abordar su estudio sin considerar las características que la determinan. Por tanto, pensamos en la ciudad como una concreción socioespacial, producto de unas condiciones políticas y económicas particulares, pero también generales; particulares, en cuanto a su especificidad dentro de un ámbito nacional y generales en cuanto a que la ciudad es un hecho universal que no se puede aislar de los factores señalados, independientemente del espacio y del tiempo. El estudio histórico sobre las ciudades y su contexto

nos ha revelado una serie de claves necesarias para entenderla y poder leer sus tendencias.

Caracas. La segregación socioespacial es el hecho más singular que presenta la ciudad. Al margen de las zonas periféricas y marginales que han surgido en los últimos años e íntimamente relacionada con la profunda crisis que atraviesa el país y consiguientemente su capital, encontramos una peculiar ocupación del espacio. Distintas clases sociales comparten un mismo espacio con múltiples usos y sin ningún tipo de relación y convivencia. Generalmente encontramos una parte llana ocupada por una clase media-alta, con su correspondiente cerro ocupado por un sector de la población de estrato socioeconómico bajo y marginal. La separación entre ambas es más que un accidente geográfico, es principalmente un accidente social. Compartir una proximidad espacial no significa una convivencia.

Esta característica de la ciudad es el resultado de un largo proceso histórico que comenzó con esta tendencia y que a lo largo del siglo XX se ha consolidado. En el presente siglo la ciudad ha crecido a un ritmo vertiginoso, debido tanto a la inmigración campo-ciudad como a la entrada de población extranjera (de origen europeo, al principio, y fundamentalmente colombiana en la actualidad). La expansión de la ciudad se vio favorecida por la existencia de un Estado-gerente que puso los ingresos procedentes de la explotación petrolífera a disposición de las inversiones en la industria, tanto directa como indirectamente, sin que ello supusiese una planificación económica. Así Caracas se convirtió en un enclave económico con fuerte poder de atracción.

Es a partir de la dictadura de Pérez Jiménez y de la instauración de la democracia cuando la ciudad vive su momento de mayor expansión. La recuperación de la democracia supone la entrada en un Estado moderno, donde se reforman sus instituciones a la vez que se desarrolla un nuevo modelo económico basado en el mismo recurso, el petróleo, y donde los distintos sectores sociales confluyen a un mismo objetivo. Tanto la nueva etapa económica como el nuevo derrotero político se asientan en un pacto consensuado. La ciudad es el mejor exponente de este proceso al ser el lugar de mayor atracción demográfica a la vez que es el mejor representante económico del país. Se puede hablar casi de la inexistencia de conflicto social generalizado. Esta situación perdura y se va afianzando hasta los años 80.

Esta situación se va deteriorando al variar las relaciones económicas internacionales y por su mismo agotamiento interno. El techo de la permisividad económica y también política, y consiguientemente la crisis urbana, se expresa de forma abrupta y explosiva. Es el levantamiento popular y contestario de febrero del 89, "Caracazo", producto de la relación de factores políticos (los canales de participación están cerrados, cuyo ejemplo más claro es la inexistencia hasta entonces de representación local) y factores económicos (aplicación de fuertes medidas restrictivas encuadradas en un marco de crisis económica de la mano del fuerte endeudamiento externo, lo que lleva a que sea la población económicamente más débil la que se vea más afectada).

En Caracas más de un tercio de la población vive en condiciones de pobreza, en una ciudad densamente poblada y de tremendos contrastes de desigualdad social. La aplicación de duras medidas económicas hizo que la población saliese a las calles y saquease lo que encontraba a su paso. Es el retrato del pobre que desciende de los cerros y que supone una amenaza a las clases más privilegiadas que por primera vez se sienten sorprendidas por sus propios vecinos, que ahora en lugar de ser tales se han convertido en enemigos. La configuración de la ciudad, la ocupación del espacio y la desigualdad social favorecieron este levantamiento, el cual no se puede explicar solamente por factores externos a la ciudad o por situaciones de pobreza.

Bogotá. Desde comienzos del presente siglo, la ciudad continúa presentando una

acusada segregación socioespacial. El norte está poblado por una clase alta y a medida que descendemos al sur va bajando el nivel económico. Se puede hablar de una consolidada polarización social, excepto en la parte antigua de la ciudad donde se da más la convivencia entre distintos sectores sociales. En los últimos años esta tendencia se ha agudizado, mostrándose un fuerte crecimiento del sur lo que ha conllevado una rápida metropolización de la ciudad.

La capital colombiana se ha consolidado como la principal ciudad del país, más por cuestiones políticas que económicas. Las fuertes luchas existentes tras la Independencia en el país se apaciguaron con el centralismo político por lo que se necesitaba un centro que sirviese de escenario a las pugnas políticas. Es esta condición de centro político y decisivo del país la que le ha imprimido una peculiar dinámica. Primero fue centro político y a raíz de ello centro económico de relativa importancia. Precisamente la existencia de otros centros económicos en pugna siempre por guardar su independencia, le restó importancia como tal y favoreció la configuración de una red urbana equilibrada alrededor del eje andino, debido a que los productos de exportación se extraían y comercializaban en otras regiones, como ocurre con el café en Antioquia.

El café será el principal producto de exportación desde finales de siglo pasado y por tanto el que más recursos generó al país y en especial a la ciudad. Estos capitales se reinvierten en la industria que se instala fundamentalmente en Bogotá debido a que la burguesía relacionada con el comercio fijará su residencia en el centro político del país. Esta será la causa de la importante expansión que vive la ciudad a partir de los años 30, siendo sus principales protagonistas las clases altas. La población inmigrante que llega a la ciudad ocupa lugares centrales fuertemente densificados.

La inmigración que recibe Bogotá procede mayoritariamente del campo. El campesinado se ve atraído por las nuevas posibilidades que ofrece la industria, así como por los cambios que se dan en las relaciones de producción agraria que muchas veces va unido a una intensificación de la violencia en el campo. El momento álgido de esta situación se vive en la década de los 60, después de un cambio en el sistema político que instaura una democracia restringida, potencia el desarrollo económico en una situación favorable internacionalmente y que tiene una respuesta política: el surgimiento de grupos guerrilleros que actúan en áreas rurales y el detrimento de la participación ciudadana.

El cambio de modelo económico que se produce en la década de los 30 supuso la emergencia de nuevas clases sociales que no encuentran canales de expresión política. Esta carencia será una constante durante toda la historia política, desde entonces hasta la actualidad. Este hecho tiene un reflejo en el ámbito urbano al ser éste el lugar de asiento de la industria y al mismo tiempo ser el escenario de las distintas pugnas de expresión política. La ciudad sufre fuertes transformaciones para readaptarse a esta nueva situación. El hecho más importante y significativo lo constituye el "bogotazo" (1948), estallido de violencia que manifiesta las reivindicaciones de las nuevas clases y la escasa respuesta del poder político. Supuso la destrucción del centro urbano de Bogotá y posibilitará la remodelación del mismo.

El contexto económico internacional entre la década de los 60 y 70, resulta favorable para Colombia, lo que se plasma en una rápida modernización de la ciudad que en muchos casos no va en consonancia con un adecuado planeamiento. La ciudad crece de forma desordenada principalmente en los nuevos asentamientos del sur. Esto permite el encauzamiento de la protesta urbana en unos límites establecidos y en algunos casos permitidos, siempre y cuando no cuestionen el poder establecido. También son años en que el proceso de violencia se mantiene latente y con un impacto relativo en las ciudades.

El sistema político colombiano durante los 80 es insuficiente para canalizar tanto la expresión política como la protesta social, tras la acumulación de grandes áreas de carencia. La violencia comienza a ser el cauce de expresión en todos sus sentidos,

afectando tanto al campo como a las ciudades. Bogotá como centro neurálgico del país concentra gran parte de las manifestaciones de violencia, a la vez que atraviesa una profunda crisis urbana debido a su expansión, su situación económica y de forma muy profunda la situación política reinante en el país.

Más del 50% de la población residente en Bogotá vive en el sur de la ciudad y está afectada por situaciones de pobreza y marginación. En los últimos años la vida en los barrios se ha visto afectada tanto por el deterioro económico como por el deterioro político-social (violencia). Los niveles de convivencia y de relación en el interior de estos barrios se han visto mermados a la vez que transformados por un incremento de la actividad clientelística que reduce la convivencia a mero tráfico de favores. La convivencia vecinal venía siendo muy rica y estrecha entre la población, por lo que los efectos de este deterioro les afecta más profundamente.

El norte se mantiene aislado y protegido, siendo las relaciones convivenciales en guetos clasistas; en cambio en el sur la desprotección y el miedo hacen que el tipo de organizaciones se mantenga en niveles casi de clandestinidad. Aún es pronto para saber cómo el fenómeno de la violencia está afectando a la vida cotidiana y a las organizaciones barriales y ciudadanas. Analizarlo es uno de los retos que tenemos planteados.

Desarrollo y cambios en la situación de las mujeres latinoamericanas. (Siglo XX)

Lola G. Luna*

Este trabajo pretende presentar un esbozo del tema que se enuncia, a manera de estado de la cuestión por varias razones, la más definitiva es la dificultad aun hoy día de poder hacer una interpretación histórica en profundidad de cuál ha sido el significado del desarrollo para la situación de subordinación de las mujeres y cuáles han sido sus efectos en la historia del siglo XX de las sociedades latinoamericanas.

Es posible en cambio establecer algunas consideraciones sobre el tema, partiendo de la coyuntura que supone la crisis actual del modelo de desarrollo, entendiendo el concepto de desarrollo desde una perspectiva amplia de modernización capitalista de las estructuras de la América Latina.

Hay tres ángulos desde los que hoy día podemos observar la situación de las mujeres latinoamericanas en relación al desarrollo y el cambio, y establecer algunas consideraciones:

1. La acumulación de conocimiento acerca de la realidad de las mujeres de los últimos veinte años y la recuperación del significado de la participación de las mujeres en la historia.

2. La política institucional que se ha desarrollado en las últimas décadas encaminada al desarrollo y el cambio para las mujeres y sus resultados, y

3. La formación de las mujeres como sujetos políticos a través de una diversidad de luchas.

1. Después de casi dos décadas de haberse comenzado a investigar el tema de las mujeres en las ciencias sociales, se puede decir que ya hay una acumulación de conocimiento y una historiografía sobre las mujeres latinoamericanas y además se puede añadir que esa historiografía está en la línea de interpretar la especificidad regional y continental que supone tener un pasado colonial y pertenecer a la periferia capitalista.

Los estudios históricos sobre las mujeres se han iniciado hace pocos años y han sido precedidos de más de una década de investigaciones de carácter sociológico, antropológico y económico. La investigación sobre la mujer en América Latina, no surge como en EE.UU. o Europa del impulso del feminismo sino en los proyectos de investigación para el desarrollo y en centros de investigación no institucionales. Du-

* Antropóloga. Profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona. Trabajo presentado por la autora en las III Jornadas de Historiadores Americanistas, Santa Fe, Granada. 12-18 de octubre de 1989.

rante el desenvolvimiento de estos proyectos se produjo un impacto del feminismo en las propias investigadoras. Esto hizo que necesitaran replantearse el enfoque de la investigación para poder explicar la posición subordinada en la que encontraban situadas a las mujeres objeto de su estudio. Esto las llevó a una búsqueda personal e intelectual que desembocará en estos últimos años en la consolidación de un corpus teórico con el que abordar la problemática de las mujeres con el que se busca articular problemáticas de clase, género, raza, etc, que afectan a las mujeres (1).

La penetración en los medios académicos latinoamericanos de la investigación sobre las mujeres apenas se está iniciando. Como señalaba antes, los focos iniciales fueron Centros apoyados por Fundaciones y ONG de países centrales, muy abundantes en la mayoría de los países latinoamericanos desde los setenta, que iniciaron la investigación sobre la mujer priorizando los temas relacionados con el control de población y la "integración" de la mujer al desarrollo. Los objetivos eran, dichos hoy con la ironía que permite el paso del tiempo, que las mujeres produjeran más y mejor y que se reprodujeran mucho menos (2). Con la evolución política y conceptual de muchas investigadoras comenzaron a armarse proyectos en los Centros de Mujeres que iban surgiendo, pudiéndose contabilizar ya en este momento un buen número con una sólida trayectoria, dentro de la línea metodológica de la investigación-acción o investigación participativa, como por ejemplo CIPAF en R. Dominicana, GRECMU en el Uruguay, FLORA TRISTAN en Perú, CEM en Chile, CEM en Argentina, etc (3).

En lo que se refiere a los enfoques teóricos se fue evolucionando desde el desarrollismo, la dependencia y la teoría del imperialismo y de posiciones ortodoxas, hacia la búsqueda de otros enfoques más operativos para explicar la posición de las mujeres en las sociedades dependientes y periféricas. Se contaba con los avances realizados por las teóricas feministas de los países centrales sobre el patriarcado, y el sistema de sexogénero, pero prevalecía una conciencia de la propia especificidad en la situación de las mujeres de la periferia y se huyó de un traslado mecanicista de conceptos teóricos. Había una opción mayoritaria de no desarticular la problemática de las mujeres de la problemática de clase y de articular a su vez el problema multirracial, en un continente donde la mayoría de las mujeres no son blancas.

La línea teórica ha ido decantándose hacia el enfoque de ubicar la problemática específica de las mujeres en las relaciones sociales de género que se dan en la sociedad, articuladas al resto de las relaciones de clase, raza, edad, etc (4). Este enfoque globalizador de la realidad, es el resultado de los avances que se han ido haciendo en el análisis de carácter teórico feminista, siendo especialmente enriquecedor porque supera la polémica que se dio en los comienzos sobre la dualidad capitalismo-patriarcado. Por otro lado, este enfoque encierra un carácter multidisciplinar desde sus orígenes, en tanto que el concepto de género no es nuevo pues procede de la antropología y al aplicarlo desde la perspectiva de las relaciones sociales se le da una dimensión histórica, así como la formación de los géneros tiene ya una explicación en el campo de la sicología (5).

Volviendo al punto de la historiografía latinoamericana sobre las mujeres, se puede decir que los primeros trabajos aparecen en la década de los setenta (6) y que en los últimos años han iniciado su despegue, desde los Centros de Investigación Feminista, al tiempo que en los medios académicos comienzan a plantearse con mayor naturalidad (7). En el caso de la historia, ésta sí va a desplegarse desde el feminismo en América Latina como había sucedido en Europa y EE.UU. Desde que en el II Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe que se realizó en Lima en 1983, en el Taller de Historia, se comenzara a explicar "Así hacemos nuestra historia" (8), han comenzado a aparecer los primeros resultados y el anuncio de investigaciones en curso (9). No es el objetivo de este trabajo un análisis historiográfico que por otro lado es necesario hacer, pero sí quisiera recoger las líneas de investigación iniciadas y

algunos de sus resultados, porque tienen un significado de cambio dentro del conocimiento existente masculino, al haber sido generado por el colectivo mujeres, tradicionalmente al margen también de este campo.

Las tendencias han sido: la recuperación de la memoria sobre las luchas políticas de las mujeres (10) y los nombres y las obras de las líderes sufragistas, como es el caso de Ofelia Uribe de Acosta de Colombia (11) o de María Alvarado de Perú (12), rescatándolas de esa gran parte de la historia que aún permanece en la opacidad. Por otro lado se inician los estudios de la historia precolonial (13) y colonial (14), los primeros años de la *historia nacional* y la historia inmediata (15). En relación a las fuentes hay que decir que la recogida de la memoria oral ha sido una constante desde los inicios (16), siguiendo la tradición de la historia popular, pero que está marchando pareja a una relectura de las fuentes clásicas.

Por otro lado, para iniciar el estudio histórico del movimiento feminista latinoamericano, ya existen abundantes fuentes a través de las memorias impresas de los encuentros continentales, regionales y nacionales, así como un gran número de revistas que han ido en aumento en los últimos años (17), al mismo tiempo que bastante material teórico y de análisis (18).

Los centros documentales sobre la mujer ya están consolidándose en casi cada país, algunos de ellos bien informatizados y con publicaciones propias como Cendoc de Perú o Isis de Chile.

2. En este segundo apartado se trata de abordar el tema mujeres, desarrollo y cambios desde otra perspectiva, la de las políticas institucionales y sus efectos en las mujeres.

En 1975 se da una institucionalización a nivel de las organizaciones internacionales de carácter gubernamental de la problemática de desigualdad que afecta a las mujeres, fundamentalmente Naciones Unidas, que va a prestar atención a lo que movimientos de mujeres feministas de Europa, América y otras partes del mundo estaban reivindicando. Es conocida la celebración en México en 1975 de la Conferencia Internacional del Año dedicado a los Derechos de las Mujeres. Mil novecientos setenta y cinco fue también el primer año del Decenio de las Naciones Unidas orientado a mejorar la situación de las mujeres en base a tres objetivos: igualdad, desarrollo y paz por lo que se comienza a relacionar a la mujer y el desarrollo y se celebran reuniones internacionales sobre el tema (Wellesley College, Colegio de México-UNAM, etc).

El Programa de Naciones Unidas para la Mujer partía en el año 1975 de que la mujer era marginal al desarrollo y de la necesidad de incorporarla a través de la educación. Esta tesis más tarde se ha visto que no era acertada (19). Como señalan Lourdes Benería y Gita Sen, las mujeres nunca han estado fuera de las estructuras de la producción ya sea en niveles de desarrollo, como de subdesarrollo, pero situadas en sus escalones inferiores muchos de ellos invisibles.

Las políticas que se aplicaron desde las instituciones internacionales para el logro de los objetivos del Decenio fueron:

- campañas de publicidad sobre el Año Internacional de la Mujer.
- recomendaciones a los gobiernos para que asumieran la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación en razón de sexo.
- incorporación del tema de la mujer al terreno de la cooperación al desarrollo.

Los objetivos del 75 se revisaron en la Conferencia Mundial de Copenhague en 1980. La conclusión fue negativa, la mujer parecía estar ausente de las preocupaciones del desarrollo. Las mujeres asistentes insistieron en el objetivo de la igualdad y en su interpretación en el sentido de que también quería decir igualdad de las mujeres con el hombre para su participación como beneficiarias y agentes activas en el de-

sarrollo. Pero en Copenhague discurrieron paralelas la Conferencia Oficial y la NG (no gubernamental). Una de las conclusiones de Benería (20) fue la falta de poder de intervención de las mujeres junto a grandes avances en el conocimiento. Esto se constató en el hecho mismo de que fuera imposible incidir en la Conferencia desde el Foro NG.

En 1985 se celebró en Nairobi la Conferencia Mundial para el Examen y la Evaluación de los Logros del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer iniciado en el año 75. El documento final de la Conferencia es clarificador (21): muy poco se ha avanzado en la Década de las Naciones Unidas para la Mujer, se han identificado más bien, los obstáculos que existen para el logro de los objetivos. Uno de estos obstáculos, la nula participación política de las mujeres en las grandes áreas de influencia donde se dictan las políticas para su igualdad, ya había sido detectado en Copenhague. Por otro lado, en Nairobi se siguió insistiendo en las recomendaciones sobre empleo, salud y educación para las mujeres como el fundamento concreto de la igualdad, el desarrollo y la paz.

El informe elaborado a fines del 85 por Magdalena León para el nuevo Programa de Participación Acción para América Latina y el Caribe de UNIFEM (Fondo de Desarrollo para la Mujer), realizado en base al perfil de Costa Rica, Colombia, Bolivia, Nicaragua y Ecuador, corroboraba las conclusiones críticas de la Década realizadas por las ONG en Nairobi y recomendaba interrelacionar las diversas problemáticas que por el género, la clase, la raza, la etnia y la edad afectan a las mujeres y a tenerlas en cuenta a la hora de elaborar planes de acción, así como dar poder a las mujeres involucradas en los proyectos, como estrategia central (22).

Se ha barajado la crisis profunda que arrastra América Latina desde los sesenta como uno de los obstáculos al desarrollo para las mujeres. Desde luego la crisis es donde han cristalizado los aspectos negativos que para las mujeres ha supuesto el mismo desarrollo. Con anterioridad a la Conferencia de Nairobi, se realizó en México una reunión sobre "El impacto de la Crisis sobre la Situación de las Mujeres y las Políticas de Desarrollo en América Latina y el Caribe" convocada por la Sociedad Internacional para el Desarrollo con participación de investigadoras latinoamericanas con más de una década de experiencia en el tema. El documento resultante (23) dio un diagnóstico que se vio confirmado en Nairobi: las proposiciones de México no se estaban cumpliendo e incluso se estaba retrocediendo.

El análisis que se hizo en México sobre la mujer y la crisis sigue vigente por lo que me detendré en él. La situación de *impasse* y deterioro de las condiciones de vida y de trabajo de la mayoría de las mujeres está relacionada con la situación económica y política que se ha dado en América Latina: crisis del modelo de desarrollo desigual y militarización social y política con efectos que pesan especialmente en los sectores populares a través de la violencia y las políticas de ajuste por la deuda del FMI. Las mujeres se ven afectadas de manera específica a través de sus deberes como género, viéndose obligadas a mayores trabajos para la subsistencia que han derivado en mayor empleo en el servicio doméstico y dedicación al comercio informal al tiempo que realizan las tareas de su casa.

También se detectó que la nueva división internacional del trabajo estaba dando lugar a una especial proletarización de las mujeres incorporándolas a algunos sectores como la electrónica, la confección textil, el cultivo de flores o la industria conservera, en las empresas transnacionales maquiladoras en condiciones de trabajo de superexplotación (24). En cambio las mujeres estaban siendo expulsadas del trabajo en el sector de servicios estatales por las políticas de ajuste al tiempo que por otras vías estaban asumiendo tareas asistenciales sustituyendo al Estado en áreas como la salud, la educación, la vivienda y el cuidado de los niños.

Otros documentos elaborados para Nairobi por expertas coincidieron en estas apreciaciones. La crisis del modelo de desarrollo dependiente produce un impacto

en las mujeres diferente al que produce en la fuerza de trabajo masculina. Para las mujeres supone la continuidad de la discriminación y aumento de la jornada de trabajo en sectores productivos ligados a la reproducción de la fuerza de trabajo, es decir servicios (25). El caso de Chile dentro de su especificidad, podría tener también cierto carácter paradigmático, por estar procesado dentro del modelo económico-neoliberal dependiente que se ha aplicado a otros países latinoamericanos salidos con anterioridad de situaciones dictatoriales semejantes y que puede seguir siendo aplicado en otros, dados los "buenos resultados obtenidos" en lo que se refiere a la productividad de las mujeres. En este sentido, la investigación llevada a cabo por Adriana Muñoz, es una voz de alarma ante las engañosas cifras que consideran como resultados positivos del desarrollo el aumento de la fuerza de trabajo femenina pagada. Al incorporar al análisis de los efectos del desarrollo en las mujeres, las determinaciones de género, o como dice la autora, al relacionar el desarrollo con el patriarcado, los resultados nos dicen que las mujeres de la periferia con el "nuevo orden internacional" han aumentado sus jornadas de trabajo (26).

Desde 1975 se dio también una incorporación del componente mujer en las políticas de cooperación y en los proyectos de las ONG de manera lenta y casi marginal. Desde el lado del feminismo se crearon ONG de mujeres para la cooperación, capacitación y concienciación de mujeres populares.

La historia de la cooperación internacional a través de ONG del Norte y el Sur arranca en la década de los sesenta y va unida al desarrollismo de la época. El papel de las ONG será de aplicación de proyectos económicos para el aumento de la producción dentro de una concepción del desarrollo como crecimiento económico también y de asistencialismo por parte de las ligadas a la Iglesia. La crítica de los años setenta al desarrollo como desencadenante de una situación de subdesarrollo, hace que las ONG se planteen la cooperación de manera diferente introduciéndose otros elementos en sus proyectos como la educación y la concienciación de los sectores populares politizándose sus acciones como resultado de la influencia de Freire y el análisis marxista. Las ONG del Sur que influirán en este sentido en las del Norte, iniciándose un cambio en la relación entre las ONG del Norte y Sur tendiente a la igualdad.

En los ochenta la evaluación de los resultados de la cooperación para el desarrollo no es satisfactoria, las estrategias de la concienciación y educación popular no han dado los niveles de participación política esperada y por otro lado la crisis también ha afectado a los modelos de cooperación. Se vuelve al viejo papel de las ONG de responsabilizarse de las necesidades básicas de los sectores pobres. Es la sustitución de aparatos del estado en un nivel de asistencialismo. Esto va a llevar a una reflexión dentro de las redes de ONG sobre el impacto que tiene la cooperación en términos de desarrollo y la necesidad de reenfocar las estrategias hacia una política de intercambio superando el modelo de "donante-receptor" con toda la carga de dependencia y subordinación que conlleva para las ONG del Sur (27).

La oscilación del papel de las ONG entre agentes asistenciales o de educación y concienciación ha dependido de la situación política de los países receptores y las relaciones internacionales entre gobiernos, utilizándose las Organizaciones No Gubernamentales para canalizar no sólo los fondos sino también la oposición en casos dictatoriales, como por ej. en Chile y Paraguay. Es por esto que se ha dado una cierta relación perversa entre las políticas gubernamentales de cooperación y las organizaciones sociales formadas con ese fin, que nacen con voluntad de autonomía y solidaridad, pero su vida forzosamente está ligada a la institucionalidad, ya que son en realidad sus agentes, y además imprescindibles.

La evaluación hecha desde las ONG de mujeres del Sur en estos últimos años, de la cooperación para el desarrollo de las mujeres ha sido igualmente insatisfactoria: se ha trabajado con microproyectos puntuales que no han cambiado las condiciones de

vida de éstas y que desde el punto de vista económico han supuesto "las migajas de la cooperación" (28).

No se ha cumplido el objetivo del desarrollo. La política aplicada ha favorecido en casos la organización de las mujeres y la investigación, pero por otro lado la tendencia desarrollista de los llamados "proyectos productivos" (29) no ha supuesto un desarrollo real para las mujeres que se haya plasmado en una mejora de su situación.

La crítica a la política de cooperación para las mujeres hecha por Megaly Pineda recientemente está basada en la falta de repercusión de los proyectos que se han venido realizando en la Década. Han sido pequeños proyectos referidos al mundo doméstico que han jugado un papel puntual solamente y que en casos refuerzan el rol tradicional de las mujeres. No se han establecido programas de largo alcance como los que se han aplicado para los hombres, no se ha dado atención a la organización de las mujeres y fortalecimiento de su posición en el mundo del trabajo rural y urbano, a su formación y participación política. La propuesta que se lanza para el futuro es educar al Norte en la cooperación para el desarrollo incluyendo la perspectiva de género en programas y acciones específicas para las mujeres, "para garantizar nuestro acceso a los mecanismos de poder político, a la planificación de la economía, a ser tomadas en cuenta, prioritariamente en aquellas áreas que nos competen directamente, como la esfera reproductiva..." (30).

3. Por último, desde una perspectiva de cambios relacionados con la identidad de género se puede decir que las mujeres en el siglo XX han desarrollado el proceso de constituirse como sujetos de transformaciones sociales a través de una serie de luchas que vistas desde una perspectiva histórica se pueden periodizar de la manera siguiente en América Latina:

— 1920-60 SUFRAGISMO O LUCHA POR LOS DERECHOS DE CIUDADANIA, articuladas estas luchas con los procesos de modernización, algunos de ellos desarrollados por gobiernos populistas y otros por dictaduras.

— Años 70FEMINISMO, LUCHAS DE SOBREVIVENCIA Y DERECHOS HUMANOS, insertas en procesos de crisis de desarrollo, gobiernos dictatoriales y luchas por la democracia.

El punto de partida de este proceso es la expansión de las ideas feministas que habían ido formándose cercanas al liberalismo desde la segunda mitad del XIX y que se centraban en la reivindicación de derechos ciudadanos para las mujeres: el voto, acceso a la educación superior, administración de los bienes propios y a igual trabajo igual salario. Pequeños grupos de mujeres fueron formando movimientos que lucharon por una identidad de ciudadanas en igualdad con los hombres. Estas reivindicaciones se canalizaron en América Latina a través de los procesos de modernización que se dieron en algunos países latinoamericanos desde los años 20 (México, Colombia, Chile, Argentina, Uruguay, Brasil, etc) llegando también a aquéllos que tuvieron otros procesos más tardíos (Perú, Ecuador, Bolivia, y los centroamericanos).

Los movimientos sufragistas produjeron contradicciones que aún están poco analizadas a la luz de la historia política y social global, como por ej. el que los diputados liberales en muchos casos no apoyaran la petición del voto y que lo hicieran los conservadores, o que el voto fuera concedido por gobiernos dictatoriales, que aspiraban a perpetuarse ampliando su base con el apoyo de las mujeres. En otros casos el voto fue incluido en el paquete de reformas modernizantes de carácter populista. Existió la creencia generalizada de que el voto de la mujer era conservador.

El tópico del conservadurismo femenino tuvo otra consecuencia y fue que las mujeres conservadoras hicieron suya la lucha sin temor a ser consideradas radicales y extremistas. Hay abundante literatura sobre la mujer moderna que aporta una redefinición de la feminidad conforme a la interpretación de sus nuevos derechos que fue la

mejor medida para que las mujeres no se plantearan ejercerlos de hecho. Se reconocía públicamente que la mujer era la reina de la casa y para ese papel había de recibir una educación especial. Pero el consenso del momento sobre el voto, entre las diferentes tendencias políticas que se daban entre las mujeres que lucharon por los derechos de ciudadanía y el apoyo que tuvo esta lucha desde las mujeres socialistas y comunistas, hace pensar que había algo por encima de las ideas y conflictos de clase, con lo que las mujeres se sentían identificadas más allá de otras diferencias. Ya entonces algunas voces aisladas intuyeron una problemática de género común.

Hay varias interpretaciones desde las sociedades occidentales para explicar el hecho de que surgiera un movimiento de mujeres por los derechos ciudadanos: los cambios en la estructura demográfica o los cambios en la estructura social con la aparición de las clases medias (31). En América Latina se ha comenzado a estudiar el tema, a recuperar líderes, pero falta definir la especificidad que tuvieron estos procesos, y en cualquier caso no se ha dedicado apenas atención a la memoria de las propias mujeres: cómo vivieron la lucha, el impacto de ésta en las otras mujeres, el nivel de participación política o la relación dependiente con el Estado. Por ejemplo, se sabe que en el caso de Uruguay se dio una política paternalista hacia las mujeres (32).

Hay que analizar también el grado de institucionalización que se dio de las reivindicaciones sufragistas. En este sentido hay datos sobre las relaciones internacionales que se dieron con otras organizaciones de mujeres y el tratamiento que se le dio al tema del voto dentro de las Conferencias Panamericanas y la OEA pero no se ha hecho un análisis de éstas. Queda también por investigar las masas de mujeres populares que se vinculan a los líderes populistas y su relación con las sufragistas, y la relación entre sufragistas, socialistas, obreras y campesinas (33), así como la relación histórica clase-género. Es una investigación que está por abordar en la memoria oral que todavía vive.

El sufragismo fue un movimiento de emancipación de una situación en que la identidad mujer era naturalmente considerada inferior a la identidad hombre, de ahí el símil de la esclavitud que se encuentra a menudo en la literatura feminista de la época (34). No son movimientos de masas, son más bien élites medias de mujeres profesionales que reclaman el reconocimiento social como sujetos de derechos.

La lucha por los derechos de ciudadanía supuso solo un inicio, una primera etapa en la constitución de las mujeres como sujetos políticos con capacidad de cambio. Los logros no fueron grandes, se les reconoció como ciudadanas de derecho pero no significó una participación relevante en la política ni una mejora en su situación. Posiblemente lo más importante fue que las mujeres se llegaron a visualizar en ese momento como sujetos de derechos.

La segunda etapa de la lucha de las mujeres por constituirse en sujetos políticos se inicia en los setenta y aún está en plena eclosión en América Latina. Se caracteriza por la diversidad de organizaciones de mujeres y por la capacidad de éstas para reaccionar ante dos situaciones críticas del continente: la crisis y la violencia.

El proceso de constitución de las mujeres como sujetos políticos se puede decir que cristaliza en la coyuntura de la crisis, los regímenes autoritarios de la década de los setenta y las luchas por la democracia de los ochenta, a través de movimientos de respuesta como los generados en torno a la sobrevivencia y por los derechos humanos que a su vez se van a ir articulando con las reivindicaciones planteadas por las nuevas feministas. Estas se han ido extendiendo a las organizaciones de mujeres campesinas e indígenas y a las mujeres obreras sindicalizadas.

Las nuevas ideas feministas que fueron arraigando en el continente desde los setenta han sido un elemento clave que poco a poco han ido estructurando en esta segunda etapa la acción actual de las mujeres latinoamericanas. Esta acción ha estado dirigida hacia las mismas mujeres y hacia el Estado.

La relación mujeres-Estado es un tema en general poco analizado. En el caso de América Latina por un lado se da una relación de dependencia y paternalismo y por otro la sustitución del Estado por las mujeres en sectores como salud, educación y urbanización. El proceso de constitución de las mujeres como sujetos políticos pasa por el cambio de esa relación.

Las organizaciones de mujeres que habían surgido en la década de los sesenta impulsadas por el Estado para el reparto de víveres y la urbanización de los barrios, con una estructura organizativa vertical y dependiente, en los ochenta han dado un salto cualitativo en su organización interna democratizándose e incorporando poco a poco la conciencia de género. Esto como ha sucedido con los clubes de madres en los pueblos jóvenes de Lima, en las poblaciones de Santiago, en los barrios de ocupación de Bogotá, La Paz, etc. Estas organizaciones forman parte de los movimientos barriales que son mayoritariamente femeninos, aunque los líderes en muchos casos sean masculinos.

Hasta estas organizaciones han llegado las redes de mujeres de educación popular, de salud y de comunicación alternativa, que realizan trabajo de formación en varios campos: liderazgo, asistencia social, educación, concienciación... Esta estrategia está llevando a un resquebrajamiento de la relación dependiente con el Estado establecida en las décadas anteriores. Las mujeres están reclamando poder y participación política para intervenir en los programas a ellas dedicados desde las instancias nacionales e internacionales.

La crisis ha creado una situación de sobrevivencia que las mujeres han encarado desde sus "deberes de género". Según Barbieri y Oliveira (35) la crisis ha llevado a una intensificación de la mano de obra femenina que sustituye el desempleo masculino y realiza tareas que el Estado deja de prestar por la contracción económica. La movilización de las mujeres la entienden estas autoras como una crítica al "modelo de desarrollo" y la resolución de la crisis como "la posibilidad de transformación radical en las relaciones sociales en este continente".

La violencia que se desarrolla en América Latina por las dictaduras y las guerras ha movilizó también a las mujeres, y además ha puesto de manifiesto la existencia de una violencia de género (doméstica, laboral, etc).

El movimiento de las Madres de Plaza de Mayo es un ejemplo de movimiento de mujeres por los derechos humanos, siendo la reivindicación de la vida como derecho, lo que genera su identidad. Es un movimiento que tiene carácter femenino porque en los inicios se pensó así, como estrategia ante la represión. Las "cualidades" de género, como ser madre, se consideraron un escudo frente a la represión de la dictadura argentina; luego se vio como este acuerdo patriarcal del respeto a la madre también se violó cuando las Madres comenzaron a ser detenidas y desaparecidas. Ellas interpelaron al Estado por la vida de sus hijos, entraron en la política como madres y en su lucha politizaron el rol doméstico (36).

La llamada de atención hacia la violencia específica contra las mujeres, la han realizado los grupos feministas. En este sentido, en el I Encuentro Latinoamericano y del Caribe, realizado en Bogotá en 1981 se tomó el acuerdo de considerar el día 25 de noviembre como jornada de lucha contra la violencia sexista.

Los movimientos feministas fueron articulándose durante la década de los setenta y en la década de los ochenta se han institucionalizado a través de Centros privados subvencionados (Perú, Colombia, Bolivia) o Centros públicos (Brasil, Nicaragua). La estrategia política de trabajo con mujeres de sectores populares ha llevado a una articulación de la problemática de clase y de género, introduciendo el elemento de la subordinación de la mujer en los movimientos barriales, al tiempo que se intervenía en los proyectos de desarrollo para las mujeres y se entraba en el campo de la cooperación internacional (37).

Los movimientos de mujeres que se desarrollan en América Latina en las dos últimas décadas son uno de los múltiples nuevos sujetos políticos con posibilidades de transformación social que están formándose a través de sus luchas y forman parte, como dice Ana Sojo (38), del "sujeto popular". Esta afirmación representa toda una etapa cumplida por sectores de mujeres organizadas desde los setenta. Ahora, según la misma autora (39) "se trata de cómo el desarrollo global de la sociedad puede beneficiar a la mujer y de cómo la ciudadanía femenina plena acarrea beneficios a la sociedad". El reto es "construir intereses generalizables a partir de lo femenino".

NOTAS

(1) Teresita de Barbieri, se preguntaba en 1982: ¿Y si el núcleo es más complejo y profundo?, intuyendo que es el poder el que estructura las múltiples opresiones que se encuentran articuladas en la realidad, y no la lucha de clases. El impacto del feminismo en las investigadoras, está recogido oralmente en el videodocumento "Investigación y Acción" 35', Bogotá, Montevideo, Managua 1985-87. Realización Lola G. Luna.

(2) Sobre esta primera etapa, ver Marysa Navarro. Investigación sobre la mujer en Latinoamérica. En *Escritos en Movimiento*. Bogotá, s/f.

(3) Entre los Centros que iniciaron el tema por los años setenta, estuvieron ACEP en Colombia, FLACSO en Chile; posteriormente, el COLEGIO DE MEXICO. Algunos de ellos han tenido un papel importante como ACEP que llevó a cabo un trabajo de recopilación y edición de trabajos de muchas investigadoras a primeros de esta década, muy útiles para la investigación posterior. Magdalena León, editora. *Debate sobre la mujer en América Latina y El Caribe*. 3 v. Bogotá 1982.

(4) Un caso de articulación de la clase con el género es el trabajo de Adriana Muñoz D'Albora, Fuerza de Trabajo Femenina: Evolución y Tendencias, en *Mundo de mujer, Continuidad y Cambio*. Ediciones CEM, Santiago de Chile. 1988.

(5) Sobre este aspecto ver Nancy Chodorow: El ejercicio de la Maternidad, Gedisa, Barcelona, 1984.

(6) En 1973 aparecían en inglés unos primeros trabajos históricos de carácter contemporáneo en la II parte de la compilación de Ann Pescatello, *Hembra y Macho en Latinoamérica*, traducida por Diana, México en 1977. En 1978, Asunción Lavrin compilaba también en inglés una docena más, en donde ya se iniciaba una revisión y rescate de historias de mujeres en la época colonial, junto a otros del XIX. Ella mismo hacía un primer esbozo de tendencias historiográficas, señalando pautas de investigación y temas claves (traducido al castellano en 1985 por FCE). Estos trabajos eran el resultado del interés y la sensibilidad hacia América Latina de mujeres de habla inglesa.

(7) Es el caso del Colegio de México, que tiene un programa interdisciplinar sobre la mujer y publicaciones, así como el espacio que comienzan a dar al tema algunas revistas como *Nueva Sociedad*, *Historias* y alguna otra.

(8) Maritza Villavicencio, FEM num. 32, México, 1983.

(9) *Mujer/Fempress* es una fuente excelente para hacer un seguimiento de las publicaciones y de los proyectos de investigación en general que se adelantan sobre las mujeres en América Latina.

(10) Graciela Sapriza: *Memorias de rebeldía. Siete historias de vida*, GRECMU, Montevideo, 1988. Varias Autoras, comp. de Mari Carmen Feijoó: *Nuestra Memoria, nuestro futuro*. Isis Internacional y Clasco. Santiago de Chile, 1988. E. Gaviola, X. Jiles, L. Lopresti, C. Rojas. *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del Movimiento Femenino Chileno 1913-52*. Coedición La Morada, Fempress, Isis, Librería Lila, Pemci y CEM. Santiago de Chile, 1986.

(11) Ofelia Uribe de Acosta, creó la primera revista feminista en Colombia, *Agitación Femenina* (Tunja 1944), el periódico Verdad (Bogotá 1955) y publicó en 1963, *Una Voz insurgente*. Su obra y su figura fue recuperada por las feministas colombianas en 1983. Murió en 1988 manteniendo su lucidez de siempre.

Sobre la primera época del sufragismo en Colombia, Lola G. Luna, Los Movimientos de mujeres: Feminismo y Femenidad en Colombia (1930-43) *Boletín Americanista* n. 35 Universidad de Barcelona 1986.

(12) Elsa M. Chancy, *Significado de la Obra de María Jesús Alvarado Rivera*. Cendoc-Mujer, Lima 1988. Otro nombre precursor recogido por Ana María Portugal es *Mercedes Cabello o el riesgo de ser mujer*. Cendoc-Mujer, Lima 1987.

(13) María Rostworwki, *La mujer en la época prehispánica*. IEP Lima 1986.

(14) María Emma Manarelli, *Inquisición y Mujeres: Las hechiceras en el Perú durante el siglo XVII*. Cendoc-Mujer, Lima 1987.

(15) N. Filgueira, J.C. Fortuna, N. Niedworok, S. Prates, S. Rodríguez Villamil, G. Sapriza, *La Mujer en el Uruguay: Ayer y Hoy*. GRECMU Ed. Banda Oriental, Montevideo 1983. S. Rodríguez Villamil y G. Sapriza, *Mujer, estado y política en el Uruguay del Siglo XX*. Ed. Banda oriental, Montevideo 1984. Varias Autoras. *Presencia y Transparencia: La mujer en la historia de México*. Colegio de México 1987. Silvia Marina Arrom: *Las mujeres de la ciudad de México (1790-1857)*. S. XXI. 1988, (la. Edic. en inglés 1985).

(16) El ya citado de G. Sapriza es un ejemplo en este sentido. La memoria de la participación de las mujeres en la revolución cubana y la nicaraguense la había recogido Margaret Randall en *Mujeres en la Revolución*, S. XXI, 1972 y *Todas estamos despiertas*, S. XXI 1983. En esa línea testimonial de historia de vida, de Moema Viezzer: *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia* y el de Elizabeth Burgos: *Me llamo Rigoberta Menchu* y así me nació la conciencia, Argos Vergara, Barcelona 1983.

(17) Desde la ya consolidada FEM (México) *Mujer/Fempress* de carácter continental que se edita en Chile, hasta un buen número de revistas locales, algunas ya con una andadura de varios años como por ej.: *Cuéntame tu vida* y *Brujas* (Colombia), *La Mala Vida* (Venezuela), *Viva* y *Manuela Ramos* (Perú), *La Cacerola* y *Cotidiano Mujer* (Uruguay), *Quehaceres* (Dominicana) *Mulherio* (Brasil). De Fempress existe una guía de esta red de comunicación alternativa que se ha ido desarrollando en América Latina.

(18) Entre otros, Julieta Kirkwood. El feminismo como negación del autoritarismo. *Nueva Sociedad* n. 71. 1984. Ib. *Feministas y Políticas*, n. 78, 1985. S. Prates y S. Rodríguez Villamil, *Los Movimientos Sociales de Mujeres en la transición a la democracia*. GRECMU. Montevideo 1986. A. Sojo, *Mujer y Política. Ensayo sobre el Feminismo y el Sujeto popular*. DEI. Costa Rica 1985. V. Vargas Valente, *Movimiento de Mujeres en América Latina, un reto para el análisis y la acción* en *Mujeres, Crisis y Movimiento*. Isis Internacional n. 9. 1987.

(19) Sobre esta polémica ver Ester Boserup —Christina Liljencrantz—, Integración de la mujer en el desarrollo, *Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo*. 1975 y Lourdes Benería-Gita Sen, Desigualdades de clase y de género y el rol de la mujer en el desarrollo económico: implicaciones teóricas y prácticas. *Mientras Tanto*, n.º15 Barcelona 1983.

(20) Reflexiones sobre la Conferencia de Copenhague, *Mientras Tanto*, n.º 11 Barcelona 1981.

(21) Estrategias de Nairobi orientadas hacia el futuro para el Adelante de la Mujer (extracto) Instituto de la Mujer, Madrid, s/f.

(22) Documento mimeografiado, Bogotá 1986.

(23) Coedición de Sociedad Internacional para el Desarrollo, ACER, Colombia y Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) del Colegio de México. México 1985.

(24) Sobre el trabajo en las maquiladoras ya hay una abundante literatura. H. I. Safa, Las maquiladoras y el empleo femenino: la búsqueda del trabajo barato. P. Fernández, Las maquiladoras y las mujeres en Ciudad Juárez, ambos en *Debate sobre la Mujer en América Latina y el Caribe*, v. III ACER, Bogotá 1982. L. Guzmán Stein, La industria de la maquila y la explotación de la fuerza de trabajo de la mujer: El caso de Costa Rica, *Desarrollo y Sociedad* n.º13 CEDE U. de los Andes Bogotá 1984. L. Benería-M. Roldán, *The Crossroads of Class & Gender* The University of Chicago Press 1987.

(25) Teresita de Barbieri-Orlandina de Oliveira, *La presencia de las mujeres en América Latina en una década de crisis*. CIPAF 1987.

(26) Adriana Muñoz D'Albora, Fuerza de trabajo femenina: evolución y tendencias. En *Mundo de Mujer, Continuidad y Cambio*, CEM Santiago de Chile 1988.

(27) Rodrigo Egaña, Las Organizaciones no Gubernamentales de Cooperación al Desarrollo en las Relaciones Europa-América Latina, *Síntesis* n. 4 Madrid 1988.

(28) La Cooperación Norte-Sur. *Quehaceres*, CIPAF Santo Domingo año 8 no. 10 1988.

(29) Un balance de este punto lo hace Victoria Guzmán Barcos en su ponencia Proyectos Productivos, Empleo y Cooperación, Foro Mujer y Desarrollo en América Latina, Madrid 1989.

(30) Cambiando los términos: educar para la cooperación desde una perspectiva de género. Ponencia Foro Mujer y Desarrollo, América Latina. Madrid junio 1989.

(31) Ver Richard J. Evans, *Las Feministas* S. XXI, 1979.

(32) Ver S. Rodríguez Villamil y Graciela Spriza, *Mujer, Estado y Política en el Uruguay del siglo XX*, op. cit.

(33) Graciela Sapriza, Obreras y sufragistas, un diálogo imposible? *Documentos ocasionales* n.º GRECMU 1985.

- (34) Lola G. Luna, *Feminismo y Feminidad en Colombia (1930-43)* op. cit.
- (35) Opus cit.
- (36) Jean Pierre Busquet, Las Locas de la Plaza de Mayo, *El Cid* ed. Buenos Aires 1982. L. B. Gingold y I. Vazquez, Madres de Plaza de Mayo: Madres de una nueva práctica política? *Nueva Sociedad* n.º 93 1988.
- (37) Sobre el tema concreto de los movimientos de mujeres actuales hay bastante literatura que hasta el momento está planteando una caracterización y tipologías de los mismos. Suzana Prates y Silvia Rodríguez Villamil, Los movimientos sociales de mujeres en la transición a la democracia. *Documentos Ocasionales* 9 GRECMU Montevideo 1986. Virginia Vargas Valente, opus cit. Varias Autoras, Movimiento Feminista, Balance y Perspectivas. América Latina y el Caribe, *Ediciones de las Mujeres* n.º 5 Isis Internacional 1986. Varias Autoras, Mujeres, Crisis y Movimiento, *Ediciones de las Mujeres* n.º 9 Isis Internacional 1988.
- (38) *Mujer y Política. Ensayo sobre el feminismo y el sujeto popular*, op. cit.
- (39) Mujer e Intereses generalizables: la participación política en América Latina. Ponencia al Foro Mujer y Desarrollo en América Latina, Madrid 1989.

Cuadernos

Africa América Latina

SUSCRIPCION POR UN AÑO

- España: Suscripción normal 2.000 ptas.
- España: Suscripción de apoyo..... 3.000 ptas.
- Extranjero 30 dólares.



Deseo suscribirme a la revista cuatrimestral
"Africa - A. Latina. Cuadernos".

Nombre:

Dirección:

Ciudad:

País:

FORMA DE PAGO:

☐ Giro Postal a SODEPAZ

☐ Talón número.....

Recortar y enviar a:
SODEPAZ. C/ Pizarro, 5 - 28004 MADRID